

MAY
MCGOLDRICK

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR JAN COFFEY

ERASE ME



Edición en
Español

Bórrame

Erase Me

Bórrame

May McGoldrick
Jan Coffey

Book Duo Creative

Gracias por elegir *Bórrame*. Si disfrutas con este libro, por favor, comparte las buenas palabras dejando una reseña o ponte en contacto con los autores.

BÓRRAME (ERASE ME). COPYRIGHT © 2024 POR NIKOO Y JAMES A. MCGOLDRICK

TRADUCCIÓN AL ESPAÑOL © 2024 POR NIKOO Y JAMES A. MCGOLDRICK

Todos los derechos reservados. Excepto para su uso en cualquier reseña, la reproducción o utilización de esta obra en su totalidad o en parte en cualquier forma por cualquier medio electrónico, mecánico u otro medio, ahora conocido o inventado en el futuro, incluyendo xerografía, fotocopia y grabación, o en cualquier sistema de almacenamiento o recuperación de información, está prohibida sin el permiso por escrito de la editorial: Book Duo Creative LLC.

Portada de Dar Albert, WickedSmartDesigns.com

Índice

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)

[Nota del autor](#)

[Also by May McGoldrick, Jan Coffey & Nik James](#)

[Acerca del Autor](#)

El amor es eterno...

A Judy Reed, nuestra preciosa amiga

Gracias por prestarnos a Michael

Capítulo Uno

Avalie

San Clemente, CA

EL MALTRECHO ejemplar de *Orgullo y prejuicio* que estaba al final de la estantería de veinticinco centavos me llamó la atención, y una sacudida de excitación me recorrió. Sólo una barandilla metálica a la altura del pecho, unos cuantos escalones y media docena de personas me separaban de mi ganga.

Intenté bordear a una pareja de ancianos. "Discúlpenme. ¿Puedo pasar?"

Frente a la biblioteca de la ciudad costera y el anexo de libros usados, el mercado agrícola dominical se extendía por las aceras de Del Mar, la calle principal del centro de San Clemente. Los compradores se agolpaban entre tiendas y mesas repletas de productos frescos y miel, aceite de oliva y quesos. Y a juzgar por la multitud que rebuscaba entre los estantes de libros, la tienda de los Amigos de la Biblioteca iba igual de bien.

Mientras me acercaba, mis ojos permanecían fijos en el preciado libro. A mis amables peticiones respondía arrastrando los pies. A medida que avanzaba entre los paseantes, parecía que todo el mundo había elegido ese preciso momento para reencontrarse con viejos conocidos o hablar de los últimos acontecimientos de la tranquila ciudad costera.

Por fin, mi premio estaba a sólo unos pasos. Cuando mis dedos se extendieron hacia el ejemplar usado del clásico de Jane Austen, la mano de un hombre se alargó y lo cogió. La decepción me recorrió la espalda.

"¿Querías esto?" Pregunté. "¿Seguro?"

"Sí *que* lo quería", contestó, haciendo una pausa antes de tenderme el libro. "Pero puedes quedártelo".

Sorprendida, le miré a la cara y se me paró el corazón. Medía un larguirucho metro ochenta, y el pelo color arena que le caía por encima del cuello enmarcaba un rostro de mandíbula cuadrada. Sus ojos castaño oscuro brillaban a la luz del sol de junio. Había en ellos una pizca de diversión y parecían invitarme a un mundo de posibilidades y aventuras. Vestía una camiseta azul lisa y unos vaqueros que no ocultaban su pecho y brazos musculosos. Y su postura relajada le daba un aspecto de equilibrio y confianza. Pero no fueron sus atributos físicos los que me hicieron fijarme en él, sino su sonrisa pícara y algo ladeada.

"¿Estás seguro?" pregunté, cogiendo el libro.

"Absolutamente. Todo el mundo necesita varios ejemplares de su libro favorito".

"¿Qué te hace pensar que ya lo tengo?"

"¿No tienen todas las mujeres que leen un ejemplar o dos?", preguntó con seguridad.

Un comprador me chocó y casi se me cae el precioso hallazgo. Me lo acerqué al pecho.

"De hecho, apuesto a que tienes tus páginas favoritas marcadas a fuego".

Pasando los dedos por la resma del libro que tenía en la mano, se lo mostré como prueba.

"Aquí no hay orejas de perro".

"Aún no te lo has llevado a casa".

"No tienes ni idea de lo que le hago a las cosas que me llevo a casa".

"¿Libros o personas?"

La sonrisa ladeada no había abandonado su rostro. Nuestras miradas se cruzaron y reconocí la chispa de interés. "Mantengamos la conversación sobre libros".

"Lo que tú digas". Asintió. "Bueno, ¿tienes otra copia de *Orgullo y Prejuicio*?"

"En realidad tengo otra copia, pero no la traje conmigo en este viaje".

"¿Así que no eres de aquí?"

"No. ¿Tú?"

"Visitando San Clemente por primera vez".

"Yo también", confesé.

Otra compradora con un niño pequeño atado a la espalda se fijó en el libro que tenía en la mano. "¡Dios mío! Mi club de lectura está leyendo *Orgullo y prejuicio*. ¿Me das este ejemplar?"

La apreté contra mi pecho. "Lo siento, yo estaba aquí primero."

"Técnicamente no es tuyo hasta que pagues por él".

El apuesto desconocido me puso una mano en el codo y señaló con la cabeza a una anciana que cobraba en una mesa situada a unos pasos. Metí una mano en el bolsillo de la chaqueta y enseñé la tarjeta de crédito.

La joven madre señaló el cartel que había junto a la caja. "Sólo efectivo".

Efectivo. Palpé la chaqueta y mis bolsillos cortos. No tenía efectivo.

Mi rival por el libro me tendió la mano. "Tomaré eso de ti, muchas gracias,"

Ella no me conocía. Yo no era de los que se retiran de la batalla. "¿Hay un cajero automático cerca de aquí?"

"Por el amor de Dios, son veinticinco céntimos". Ella rebotó a su niño que se quejaba en la espalda. "No tengo todo el día. Dámelo".

"No". Aferré el libro con más fuerza en mi pecho.

"Ya lo tengo", interrumpió el apuesto desconocido, mostrando un billete de diez dólares.

"No tienes que hacer eso".

Sacudió la cabeza y entregó el dinero a la cajera, diciéndole a la mujer de pelo blanco que se quedara con el cambio. Intentó quitarme el libro de la mano, pero yo lo agarraba con fuerza.

"Prometo devolvértelo".

Lo solté y lo miré mientras hacía ademán de meterlo en una bolsa de papel marrón que había cogido de la mesa. Me la dio mientras la madre y el niño se marchaban resoplando.

"¿Estáis juntos?", preguntó divertida la voluntaria de la biblioteca.

"Tal vez", dijo con un guiño. Se volvió hacia mí. "Prometiste darme de comer, ¿no?"

Confiado. Definitivamente seguro. Y encantador.

Nos abrimos paso entre la multitud y nos detuvimos frente a la mesa de un vendedor repleta de pan artesano fresco. El aroma a hierbas, ajo y masa fermentada flotaba en el aire.

"Has pagado demasiado", le dije.

"Sacarte de la cárcel habría costado mucho más".

"No habría llegado tan lejos".

"Sí, lo habría hecho. Vi el destello en tus ojos. Estabas listo para aplastar a esa mujer".

Encogiéndome de hombros, sonreí. "Vale, un dólar habría sido un precio justo". Le tendí la bolsa. "Has pagado de más y el libro es técnicamente tuyo".

"No. Añádelo a tu colección de Austen cuando llegues a casa". Miró un carrito rojo que hacía sonar una campana mientras avanzaba por Del Mar, al otro lado de la fila de tiendas. "Dondequiera que esté tu casa".

Estaba buscando información. Yo tenía mi libro. Podría haberme ido. Pero no lo hice, esperando a ver cuál era su siguiente movimiento.

Del Mar era una bonita calle arbolada de pequeñas tiendas y restaurantes. La abundancia de tejados de tejas rojas y paredes de estuco blanco la convertían en la imagen perfecta del sur de California. El Camino Real, la carretera original española que conectaba misiones y pequeños fuertes, cruzaba Del Mar en la parte superior de la calle, formando una te. Desde donde yo estaba, la carretera bajaba hasta el océano, donde un largo muelle de madera pesada protegía kilómetros de playas de arena blanca. En resumen, San Clemente era precioso.

"¿Tienes hambre?", preguntó.

"Muerto de hambre".

"¿Puedo invitarte a desayunar? ¿O ya es hora de comer?"

Eché un vistazo a la torre del reloj sobre la biblioteca y me sorprendió saber que ya había pasado gran parte del día.

"Yo invito la comida, siempre que acepten tarjetas de crédito", le dije.

Un par de mujeres le sonrieron y él les devolvió la sonrisa. *Un jugador.*

"Cambiarás de opinión sobre pagar en cuanto veas cuánto como".

"Me parece justo".

"Reed".

Me quedé mirando su mano extendida. ¿Hoy en día la gente se da la mano? ¿No desapareció con Covid? "¿Reed...?"

"Eso es todo. Mis amigos me llaman Reed".

"Avalie", puse mi mano más pequeña en la suya. Sus dedos eran callosos, su agarre fuerte.

"¿Avalie...?"

"Eso es todo lo que necesitas saber... hoy".

Sonrió. Al otro lado de Del Mar, donde nos encontrábamos, un encantador edificio de arquitectura española albergaba una cafetería al aire libre que servía comida. Las paredes de estuco blanco estaban adornadas con coloridos azulejos de cerámica, y un cartel de hierro forjado sobre la entrada mostraba el nombre de la cafetería en elegante cursiva.

"¿Qué te parece?" le pregunté.

Me puso una mano en el codo y cruzamos la calle. Al acercarnos a la cafetería, vimos que había una cola de gente esperando para entrar.

"Podemos ir a otro lugar", sugirió Reed.

"Si tú puedes esperar tanto, yo también".

Nos apuntó en la lista de espera y nos acercamos a un muro bajo de piedra que ofrecía una superficie donde apoyarnos. Sus largas piernas se estiraron contra las mías, creando una conexión íntima. Se inclinó un poco más mientras otros intentaban compartir el mismo tramo de pared. A los que esperaban les pasaron un menú. Me quedé mirando la colorida página.

¿"Vegano"? ¿Vegetariano, sin gluten? ¿Qué comes o no comes?"

"Uno de cada cosa de este menú. Todos tienen buena pinta". Le pasé el menú a la persona que estaba a mi lado. "No eres la única persona que puede empaquetarlo".

Su risita fue un cálido susurro en mi oído. "Entonces, ¿dónde está tu casa?"

"San Francisco", le dije. "¿Tú?"

"Ciudad de Nueva York. ¿Qué te trae por aquí?"

"Reunión de amigas".

"¿Eso existe?"

"¿No tienes una reunión con *tus* amigas?"

"¡Ja! Es una buena idea. ¿Cómo funciona?"

"Nos escapamos una vez al año. Un grupo de nosotros, todos buenos amigos de la universidad, alquilamos una casa en algún destino y el que llega, llega".

Sacudió la cabeza. "Eso no funcionará para mí".

"¿Qué parte no funciona? ¿Una vez al año? ¿Con tus amigas?"

"Ni lo uno ni lo otro".

Tres mujeres jóvenes, todas de la misma estatura y con el mismo pelo rubio decolorado hasta los hombros, vestidas con pantalones cortos y la parte de arriba del bikini, hablando en voz alta entre ellas, pasaron por delante del restaurante. Los ojos de Reed las siguieron durante unos segundos antes de volverse hacia mí.

"¿Y el resto de tus amigas? ¿Todos siguen durmiendo?"

"Soy el primero en llegar a San Clemente".

"¿Cuándo llegaste?", preguntó.

"Anoche".

"¿Y el resto?"

"Vendrán siempre que puedan escapar. Si es que pueden escapar". Empujé el móvil más adentro de mi bolsillo.

"¿Estás diciendo que podrían no aparecer?"

"Todos menos yo tienen responsabilidades reales".

"¿Qué es una verdadera responsabilidad hoy en día?"

Había más mujeres embarazadas y múltiples bebés en cochecitos en esta calle de lo que había visto en ninguna otra calle en mi vida. "Maternidad, esposas, serios trabajos de oficina de nueve a cinco, supongo".

"¿Y no tienes ninguna de esas cosas?"

"El alquiler se pagó con mucha antelación. Tengo un trabajo que puedo llevarme de viaje, así que empaqueté el portátil y voilà, ya estoy aquí". El primero en llegar. Sol y surf. Despreocupado y listo para pasarlo bien".

"¿Y el resto?"

Incliné la cabeza y le miré fijamente a los ojos marrones.

"¿Maternidad, cónyuges, parejas?"

"No estoy preparado para ese tipo de compromisos de adulto". Sacudí la cabeza. "Ya basta de hablar de mí. ¿Qué me dices de ti? Cuéntame todo".

"¿Qué pasa si no viene nadie más?"

"Entraré y saldré de las librerías, intentando no meterme en peleas con madres y niños pequeños".

"Puedo ayudarte con eso". Sonrió, su hombro chocó con el mío. "Una semana, quiero decir, manteniéndote fuera de problemas."

"¿Quién mencionó una semana? Podríamos haber reservado el lugar para el fin de semana".

"Ya es domingo, y uno sólo puede esperar".

Tenía treinta y dos años y había estado con suficientes hombres como para reconocer cuando alguien se me insinuaba. *Era* guapísimo y sexy, y sin duda se me estaba insinuando. La perspectiva era interesante.

"Me lo han hecho en el pasado. Cancelarme, quiero decir. Así que, ¿quién sabe? Puede que acabe por mi cuenta".

El sol calentaba, o era el aire, o el delicioso calor que irradiaba el hombre que estaba tan cerca de mí. Me quité la chaqueta y me la colgué del brazo.

Se convocaron dos grupos de cuatro personas. La fila de espera se movió. Reed me puso una mano en la parte baja de la espalda y nos deslizó por la cola hasta acercarnos al restaurante. De lado, sus dedos permanecían en la nueva franja de piel expuesta entre mi camiseta sin mangas y mis pantalones cortos caqui, acariciándola suavemente. Mi hombro desnudo se apoyó en su pecho. Debajo era todo músculo.

Una sacudida de conciencia había recorrido mi cuerpo desde el primer momento en que puse mis ojos en él. Ahora, era aún más fuerte. Lo que estaba pasando aquí era totalmente inesperado.

La pregunta surgió en mi cabeza. *¿Cuándo fue la última vez que tuve sexo?* Tenía que hacer mucho tiempo, porque no me acordaba.

"¿Qué es lo que haces?" le pregunté.

"No quieres saberlo".

"Oh, sí."

"Tengo el trabajo más aburrido del mundo".

"No, ese es mío. Tengo ese título después de mi firma".

"Quizá hagamos lo mismo".

"Lo dudo". Sacudí la cabeza.

"Pero no me has dicho a qué te dedicas". Fue inteligente al desviar las preguntas de sí mismo.

"Soy redactor freelance para revistas técnicas. Le digo a la gente que no sabe escribir dónde poner las comas y los signos de exclamación".

"Eso es aburrido".

"Te lo dije. Ahora tú. ¿Qué haces?"

"Me ocupo de los seguros de propiedad comercial".

"¿Te vas de viaje para eso?" le pregunté.

"Tienes que hacerlo, sobre todo cuando tus clientes están en una zona de alto riesgo de incendio y mi empresa está pensando en cancelar sus pólizas".

"Ouch, eso duele. ¿Saben que por eso estás aquí?"

"Supongo que sí. Otras aseguradoras están haciendo lo mismo".

"Purgar su medio de vida. Cortando la cuerda. Tirando de la alfombra bajo sus sueños. El exterminador".

"Dicho así, suena bastante duro".

"Tu trabajo no es aburrido. Es una mierda".

"De acuerdo. Ambos estamos descontentos con lo que hacemos". Sus ojos se movieron por mi cara. "Veamos las ventajas. Como, ahora mismo. En este momento. Ninguno de los dos está trabajando. ¿Lo estamos?"

Sus dedos se movieron hacia mi espalda desnuda mientras bajábamos de nuevo por la línea.

"¿Cuándo llegaste?" Le pregunté a Reed.

"Anoche".

"¿Cuánto tiempo te vas a quedar?"

"Una semana o dos, quizá más. Todo depende del trabajo".

"¿Con quién te registraste cuando aterrizaste?"

Su cabeza se inclinó y su cara se acercó a la mía. "¿Te refieres a mi jefe?"

"No. Quiero decir esposa, novia, novio, marido". No le entendí, pero aun así tuve que preguntar.

"¿Hay alguna diferencia?"

"Absolutamente. No me acuesto con gente que tiene pareja".

Se acercó más a mí. Sin previo aviso, levantó la mano y me pasó el pulgar por el labio inferior. Respiré hondo.

"Así que vamos a follar, ¿no?"

"Depende. No has respondido a mi pregunta".

"A nadie. No tuve que llamar a nadie".

"¿Nadie a quien tuvieras que llamar? O nadie que se moleste si tú y yo tenemos sexo".

"Sí a ambos. No me van las relaciones".

"¿Por qué no?"

"Me muevo demasiado".

"¿No tienes sexo?"

"Oh, tengo sexo. Y se me da muy bien. Estábamos hablando de relaciones y compromiso".

Hubo un tiempo en mi vida en que una afirmación así me habría suscitado mil y una preguntas más. Pero ya no. No en esta situación. Ya me tenía enganchada.

"Ya está". Me puse de puntillas y le besé, con la suficiente intensidad como para que la parte delantera de sus vaqueros presionara contra mí y me dijera que tenía su atención.

"A la mierda el almuerzo", respiró. "Vámonos."

Estábamos a un grupo de conseguir una mesa. "¿Y la comida?"

"Te daré de comer después". Me cogió de la mano y salimos de la fila.

"¿Adónde vamos?" pregunté.

"¿Dónde te alojas?"

"Alquilo una casa a un par de manzanas, en la Avenida Victoria".

"Ve delante".

"No. Cualquiera de mis amigas podría entrar hoy. Esta mañana, de hecho. No estoy para dar explicaciones. ¿Dónde te alojas?"

"La misma calle, en realidad".

"Tu lugar es, entonces."

Media manzana más arriba, en la abarrotada Delmar, giramos a la derecha y entramos en un aparcamiento abierto que conectaba dos manzanas. El aparcamiento era una mezcla caótica de coches aparcados, tablas de surf atadas a las bacas y familias cargando lo que habían comprado en el mercado.

"Por favor, dime que no tienes a nadie que vaya a aparecer sin avisar", bromeé, intentando acompasar mis pasos a sus largas zancadas.

"Ni compañeros de piso, ni vecinos que haya conocido aún. Eres mi primer y único amigo en San Clemente".

"No recuerdo la última vez que fui el primero en algo".

"Veremos si podemos arreglarlo ahora mismo".

No sé quién de nosotros vio primero al hombre acucillado junto a su montón de pertenencias al final del aparcamiento. Estaba directamente en nuestro camino. Ambos reaccionamos e

intentamos rodearle. Pero el desaliñado desconocido se puso en pie de repente, impidiéndonos el paso. Llevaba ropa gastada y mugrienta que se ceñía a su delgado cuerpo. Llevaba el pelo revuelto y grasiento, que le tapaba parcialmente los ojos, que parpadeaban con intensidad mientras nos miraba.

Los dedos de Reed se apretaron alrededor de mi mano.

El rostro del desconocido tenía cicatrices, un mapa de batallas pasadas, y sus ojos se movían de un lado a otro, observando constantemente el entorno con nerviosismo. Desde donde estábamos, a un par de pasos de distancia, el olor a humedad de la ropa del hombre chocaba fuertemente con el aroma de la hora del almuerzo que flotaba en los restaurantes de los alrededores.

Reed tiró de mi mano e intentamos rodearle, pero el desconocido seguía bloqueándonos el paso.

"Tú". Señaló a Reed con un dedo nudoso y sucio, su voz era una mezcla chirriante de ira y desesperación. "Te he visto antes".

Mi mirada se desvió hacia Reed. Su expresión estaba marcada por una mezcla de cautela y confusión.

"Lo dudo".

"No me mientas". El hombre se erizó.

"Te has equivocado de persona". El tono de Reed era tranquilo, intentando calmar la situación.

Tirando de mí, volvió a intentar esquivar a la figura amenazadora. Sin embargo, el hombre se movió con nosotros, bloqueándonos el paso y mirándonos fijamente.

"Saliste del agua", dijo. "Como un demonio saliendo del océano, saliste caminando".

Una mujer mayor estaba de pie a unos pasos, cargando bolsas de la compra en su coche. "¿Quieres que llame a la policía?"

El hombre no mostró ningún interés por ella.

"No, está bien. Está confundido". Aparté a Reed del desconocido, y la mujer subió a su coche.

Cuando cruzamos el solar, la voz del hombre nos siguió.

"Tengo tu bolso", gritó. "La tengo. Y sabes lo que hay dentro. Ven y cógelo. Sabes dónde encontrarme. Ven y cógelo".

Capítulo Dos

Avalie

APOYÉ LAS PALMAS de las manos en los bordes del lavabo de Reed y miré mi reflejo en el espejo. Mi corta melena oscura de corte pixie se erizaba, dándome un aspecto más de puercoespín que de pixie. Tenía la cara sonrojada. Las pupilas marrones de mis ojos estaban dilatadas. Aún me sudaban las palmas de las manos. Me toqué un punto sensible del pecho derecho.

"Mierda. Mierda. Mierda." Tener sexo el primer día en San Clemente no era parte del plan. Había lugares en los que tenía que estar, cosas que tenía que hacer.

Cerrando los ojos y respirando hondo unas cuantas veces, intenté ordenar mis pensamientos, encontrarle sentido a lo que había hecho y a todo lo que me esperaba. En lugar de eso, pensé en Reed, tumbado desnudo en aquella cama.

Estaba bueno y era bueno en el sexo. No, genial en realidad. Conocía todos los botones que había que pulsar hasta que yo era como masilla en sus manos. No es que necesitara ningún estímulo o que me hubiera opuesto a cualquier cosa que sugiriera. Después de todo, yo inicié todo.

Pero, ¿por qué?

¿Fueron sus ojos? ¿Su confianza? ¿Fue la química inmediata entre nosotros? ¿La erupción espontánea de calor que me recorrió?

Tal vez, pero también era algo más. Desde el momento en que llegué aquí, había estado sintiendo el resplandor de *algo* sensual. Me hormigueaba la piel. Comía más, bebía más. En cierto modo, mi cuerpo aún no se sentía bien. Sin embargo, todo se había vuelto un poco loco desde el momento en que Reed cogió aquel ejemplar de *Orgullo y prejuicio*.

En serio, ¿cómo iba a resistirme a acostarme con un cachas de dos metros que apreciaba la literatura clásica?

No iba a darle largas con su comentario sobre las mujeres y sus ejemplares de Austen "con las orejas de perro", pero a menudo había pensado que no podía ser la única persona cuya mente evocaba imágenes de sexo con Darcy.

Al apartamento de Reed, situado en el tercer piso, se accedía por unas escaleras que se aferraban al exterior del edificio. La sala de estar abierta estaba escasamente amueblada, y lo que había estaba muy gastado. Un televisor de gran tamaño en una pared, un sofá seccional. Una mesa y sillas junto a la puerta abierta de la cocina. Un par de jarrones grandes con arreglos florales secos de aspecto cansado. Un poco de arte popular cursi en las paredes con textos como

"Por aquí a la playa" y "Kowabunga, tío". Una puerta corredera de cristal daba a un balcón que daba a la calle, lo bastante grande para colocar una mesa y un par de sillas.

En cuanto dejé la chaqueta y la bolsa en el sofá, se acabó la visita. Con sus labios sobre los míos, Reed me levantó en brazos como si no pesara nada y me llevó a su cama.

Me eché agua fría en la cara y me obligué a no soñar despierta con lo ocurrido. Si me lo permitía, probablemente volvería a meterme en la cama con él para repetir.

Mirando de nuevo mi reflejo en el espejo con una mirada objetiva, acepté que aquello hacía tiempo que debía haber sucedido. Había disfrutado de las caricias de un hombre que conocía bien el cuerpo de una mujer. Es cierto que últimamente había estado muy ocupada con el trabajo, pero me había olvidado del placer que produce el sexo espontáneo.

Me toqué la cara caliente con las palmas de las manos. Había pasado demasiado tiempo. Abrí la ducha, me enjuagué rápidamente y cerré el grifo.

Reed aún estaba en la cama cuando entré en el cuarto de baño. Cuando corrí la cortina de la ducha, golpearon la puerta y se movió el picaporte.

Había cerrado la puerta. Me pregunté si esperaba que le dejara entrar.

"¿Estás bien ahí dentro?", preguntó.

"Sí. Ya salgo".

"¿Todavía tienes hambre?"

"Muerto de hambre".

"¿Alguna preferencia de comida?"

"No."

"Bien, porque ya he pedido que me traigan unos bocadillos de una lonchería que hay a la vuelta de la esquina", dijo desde el dormitorio mientras se alejaba.

Recojo una toalla doblada de un estante, me seco y me envuelvo en ella.

Llamó desde la cocina. "El café está casi listo. ¿Prefieres beber otra cosa?"

"No, el café es perfecto".

"Vale, yo también tengo..." Silencio por un momento. "La comida está aquí. Están abajo. Vuelvo enseguida".

Abrí la puerta y le oí salir. Atravesando el dormitorio, me deslicé hasta el salón, donde vi que la puerta del apartamento estaba entreabierta. La cerré.

Eché un rápido vistazo al apartamento y vi otra puerta que daba a un segundo cuarto de baño, más pequeño que en el que me había duchado. También había una puerta cerrada que probablemente era otro dormitorio donde los propietarios guardaban sus efectos personales.

Me apresuré a volver al dormitorio y me detuve en la puerta.

Donde una hora antes Reed y yo habíamos aprovechado cada centímetro de la cama king-size, ahora la colcha estaba pulcramente recogida y las almohadas dispuestas junto al cabecero.

Había dejado mi ropa sobre el respaldo de una silla y mi móvil estaba sobre el cojín. Dejé caer la toalla, me puse rápidamente los pantalones cortos y la camiseta de tirantes y me metí el móvil en el bolsillo trasero.

Los hombres con los que solía acostarme eran fáciles de llevar a la cama, pero aún más fáciles de rechazar después. Inevitablemente, había algún rasgo irritante que no tardaba en aflorar. Reed, sin embargo, parecía ser una excepción. Aún no tenía defectos.

"Pero aún hay tiempo", murmuré.

Reed. Ni siquiera sabía el resto de su nombre. Al recorrer la habitación, mis ojos se posaron inmediatamente en una cartera que había sobre la cómoda. Mirando una vez más hacia la puerta cerrada del apartamento, crucé la habitación y cogí la cartera. Era plegable, nueva y

sorprendentemente ligera. La abrí y encontré unos doscientos dólares en efectivo, una tarjeta de crédito y el carné de conducir. Ni carnés de socio, ni identificación de la biblioteca, ni fotos, ni recibos al azar.

¿Normalmente los hombres no llenaban sus carteras con cosas así?

Saqué la licencia de conducir. Reed Michael. La foto debía de ser reciente. El estado emisor era Nueva York, tal como me había dicho.

"¿Eres de fiar, Reed Michael?"

Sacando mi teléfono del bolsillo, envié rápidamente un mensaje de texto, acompañado de una foto de la licencia de Reed.

- *Necesito que investigues a este tipo por mí.*

- *¿Por qué?*

- *Tuve sexo con él.*

- *¡Qué coño!*

Exactamente.

Volví a meterme el teléfono en el bolsillo y dejé la cartera de Reed exactamente donde la había encontrado. Abrí la puerta del armario. No había maletas ni bolsas. Volvieron a mi mente las palabras del hombre del aparcamiento. *Tengo tu bolso. Ya sabes lo que hay dentro.*

Unas cuantas camisas, pantalones, vaqueros y un par de sudaderas y jersey de algodón habían sido colgados cuidadosamente en perchas. Al pasar los dedos por las crujientes texturas, me fijé en la etiqueta del precio de la primera y la segunda prenda. Ninguna de ellas se había puesto antes. Cada prenda conservaba su etiqueta original.

"¿Qué buscas?"

Casi me salgo de la piel. No era propio de mí que me pillaran. Después de esperar un par de segundos a que los latidos de mi corazón recuperaran su ritmo normal, miré por encima del hombro a Reed, que estaba recogiendo mi toalla mojada del suelo.

"¿Tienes una sudadera que me puedas prestar?"

"Claro, coge lo que quieras. Sólo arranca la etiqueta".

"¿Fuiste de compras anoche?"

"Perdieron mi equipaje. Tuve que hacerlo".

"Perdón por la toalla. Me la llevo".

Me lo dio. "Puedes colgarlo detrás de la puerta del baño. La comida está aquí".

Le vi ir hacia la cocina. Cogí una sudadera azul marino de la percha y examiné la etiqueta y la tienda donde la había comprado. Inspeccioné un par de prendas más. Todas habían sido compradas en el mismo lugar. Arranqué la etiqueta y me puse la sudadera por encima de la cabeza.

Volví al cuarto de baño, miré una vez más mi reflejo y me pasé una mano por el pelo mojado. Tenía los ojos claros. Mi mandíbula había recuperado su firmeza. Miré mi teléfono. Aún no hay respuesta de Payam.

Reed estaba en la cocina, colocando la comida en una bandeja cuando llegué.

"Me has dejado fuera". Señaló hacia la puerta del apartamento.

"Hábito. No estoy acostumbrado a andar desnudo con la puerta abierta".

Sus ojos se oscurecieron mientras me echaba un vistazo. "¿Encontraste lo que buscabas?"

"No. Prefiero rosas y morados y colores más vivos que los que tienes ahí".

"Es bueno saberlo. Lo recordaré para la próxima vez".

"¿La próxima vez que vayas de compras?" Le miré. "¿Las aerolíneas pierden mucho el equipaje?"

"Teniendo en cuenta lo a menudo que viajo, sí. Más de lo que me gusta".

"¿No encuentran tus maletas y te las entregan?"

"Con el tiempo". Cogió dos platos de un armario. El plato de la encimera estaba lleno de sándwiches y patatas fritas. "¿Te sorprende que sepa comprar? Creía que a las mujeres les encantaba eso en un hombre".

"No nos pintes a todos con el mismo pincel. ¿Por qué asumes eso?"

"Primero libros. Ahora ir de compras. Vale, son dos cosas, pero no soy de meter a todas las mujeres en el mismo saco".

Crucé los brazos sobre el pecho. "¿Vamos a tener nuestra primera pelea?"

Sonrió. "De ninguna manera. Tengo demasiada hambre para pelear".

Reed recogió los platos, los cubiertos y la fuente de comida e hizo un gesto con la cabeza hacia la cafetera.

"¿Te importaría servir un par de tazas? Las mías las tomo negras".

"¿Podemos comer fuera?"

"Definitivamente".

Al pasar junto a mí, se detuvo, se inclinó hacia mí y rozó sus labios con los míos. "¿Te he dicho lo bien que me lo he pasado esta mañana?"

Apreté mi frente contra la suya. "Técnicamente, puede que fuera mediodía. Y también me divertí".

Como no quería que él tuviera la última palabra, ni el último gesto, volví a besarle, más profundamente, burlándome de él, hasta que percibí que pensaba en mí más que en la comida. Entonces me aparté y le empujé fuera de la cocina.

"Dos cafés negros, enseguida".

Escuché sus pasos por el suelo. Cuando se abrió la puerta del porche, saqué el móvil. Seguía sin contestar.

Escribí rápidamente. - *¿qué estás haciendo?*

- *persiguiendo los antecedentes penales de tu amante*

- *envíame lo que tengas.*

- *aún no está listo*

- *wtf. solías ser bueno en estas cosas*

- *Oh, lo soy. Y lo sabes. Ahora vete a tener otro rapidito y deja de acosarme.*

- *las cosas se están poniendo demasiado acogedoras*

- *para ti eso es malo.*

- *exactamente oh necesito una cosa más.*

- *qué*

- *en unos 15 minutos o media hora llámame y sácame de aquí*

Cogí unas tazas del mismo armario de donde había sacado los platos y serví el café.

- *¿cuánto tiempo?*

- *no más del 30*

"¿Puedes coger algunas servilletas cuando salgas?" Reed gritó.

Me metí el teléfono en el bolsillo, recogí las tazas y cogí las servilletas.

Reed me observó cuando salí al porche. La mesa y las sillas estaban colocadas contra la barandilla.

"Tomaré eso."

Dejé las servilletas, le di un café y me puse a su lado.

En la Avenida Victoria se alineaban casas de diversas formas y tamaños, y a lo lejos se

divisaba un trozo azul del océano Pacífico.

"Hermosa vista. Debes disfrutar de unas vistas de sol impresionantes desde aquí".

"No lo sé. Supongo que lo averiguaré esta noche".

Desvié la vista hacia el este, cuesta arriba, e inmediatamente vi la casa. Situada en el centro de la manzana y ocupando el espacio de tres casas, la estructura de estuco blanco presentaba un tejado de tejas rojas, ventanas arqueadas y alas que se extendían a ambos lados del edificio central. Varios balcones del segundo piso daban a la casa de Reed. Desde donde estábamos sentados, tenía una vista perfecta no sólo de la fachada de la casa, sino también de varias de las ventanas orientadas al oeste.

"Yo también me he fijado en esa casa. Muy bonita. Y son muchos metros cuadrados para esta calle".

"Sí", dije, tratando de ocultar mi sorpresa por lo cerca que me estaba observando.

"No creo que nadie viva allí".

"¿De verdad? ¿Cómo lo sabes?" le pregunté.

"No lo sé. Sólo adivino por la forma en que las cosas están abotonadas".

Era cierto que las persianas de todas las ventanas estaban cerradas. Los muebles de exterior de los patios de la planta baja se habían cubierto con lonas de color verde oscuro, las persianas estaban cerradas y los toldos de los balcones del segundo piso se habían recogido.

"Puede que estén de vacaciones".

"Tal vez". Reed señaló la calle. "¿Así que te quedas por allí?"

Asentí y le di un sorbo a mi café. "Estoy muy arriba".

Me rodeó con un brazo. "A poca distancia."

"¿Hacemos planes más allá de esta mañana?"

"Me gustaría".

Se colocó detrás de mí y me apretó los labios contra el cuello. Fue fácil apretar mi espalda contra su pecho, que sus brazos me rodearan. Me giré de lado para estudiar su rostro. A la luz del sol, su pelo tenía reflejos dorados naturales en el marrón arena. Y aquellas pestañas oscuras. Eran largas y el acento perfecto para los ojos marrones que me miraban con tanta intensidad.

Volví a pensar en nosotros dos en la cama. Definitivamente lo había disfrutado. Quizá demasiado. Me agarré a su muñeca y me aparté de sus brazos. Me senté alrededor de la mesa.

"¿Qué has pedido para nosotros?"

"Si ordené las cosas correctas, ¿significa que haremos esto de nuevo?"

No pude evitar sonreír. "Espero que lo hayas entendido bien".

"Tanta presión". Se burló y se sentó en la silla frente a mí. Señaló cada uno de los sándwiches. "Pavo Avo, Veggie Lovers, Best Reuben Ever."

"¿Cómo sabes que este es el *mejor* Reuben de la historia, si nunca lo has comido antes?"

"Así se llama en el menú".

"¿Te fías de todo lo que lees?" bromeé.

"Al cien por cien. Soy la persona más confiada que hayas conocido".

Tal vez, pero una sombra de duda ya había entrado en escena. Payam era el ayudante más competente y eficiente que había tenido nunca, y seguía sin recibir ningún informe. No era una buena señal. Mi suposición era que la información de Reed estaba resultando algo más complicada que simplemente introducir su número de licencia en los archivos de datos del Departamento de Vehículos a Motor del Estado de Nueva York. Definitivamente, no era una buena señal.

"Empieza". Señaló la comida. "Por favor."

Los bocadillos eran enormes. Afortunadamente, estaban divididos en cuartos. "Deben venir invitados de los que no me has hablado."

"Te advertí sobre lo mucho que como".

Tomando una porción del sándwich Veggie Lovers, saqué mi móvil y lo puse sobre la mesa, junto a mi plato.

"¿Esperas una llamada?"

"Nunca se sabe con la tripulación con la que viajo. Cualquiera de ellos podría estar en la casa ahora mismo, intentando averiguar cómo entrar".

"Y tú tienes la única llave".

"Ese soy yo. Maestro de la llave".

"El que puede abrir todas las puertas".

"Real y metafóricamente".

Golpeó mi taza de café con la suya. "Brindo por eso".

Estiró sus largas piernas y el roce intencionado de sus pies descalzos con los míos me produjo un sutil escalofrío. Había un atractivo inconfundible en la forma en que se mantenía atento a mí.

Absorbí la calidez del momento, pero no podía dejar de ser consciente de que esta conexión no podía durar. Una cosa era una aventura, pero no estaba en casa. Aquí sería estúpido, incluso peligroso, establecer cualquier tipo de vínculo con aquel hombre mientras estaba en una misión. El sexo tendría que bastar. Pero en ese fugaz instante, no pude evitar abrazar la delicada y apasionada danza que se producía entre nosotros.

"Quería preguntarte por Austen", le pregunté.

"¿Qué pasa con Austen?"

"¿Por qué ibas a comprar ese libro?"

"¿Quién dijo que yo lo compraba?"

"Lo agarraste antes que yo".

"Recogí varios libros antes de que llegaras y los devolví".

Tragando el bocado del sándwich, me incliné hacia él. "Espera, ¿te da vergüenza admitir que te interesaba Austen?"

"¿Por qué debería avergonzarme?"

"¿Has leído alguno de sus libros?"

"No."

"¿Sabes lo que son?"

"Romances".

"Más o menos. Pero, ¿realmente lees romances?"

"¿Estás diciendo que los hombres no leen romances?" Intentó parecer sorprendido. "Porque eso me parecería una generalización".

"No, no lo estaba". Le di un buen mordisco al bocadillo y le observé atentamente mientras comía.

Rompió el silencio momentáneo. "Vale, ¿qué quieres saber? Tus ojos son como láseres negros".

"Láseres negros", me burlé. "¡Qué romántico!"

"¿Qué tal esto?" Hizo una pausa dramática. "Tus ojos, como la oscuridad de la más profunda medianoche, bañan las profundidades de mi alma, encendiendo un amor que arde más que mil estrellas. ¿Mejor?"

Se me escapó una carcajada. "Y tú también eres poeta".

La fingida mirada de inocencia, mientras fingía que lo que había dicho iba en serio, era aún más divertida.

"Bien, bien", dijo finalmente, sonriendo. "¿Qué quieres saber?"

"*Orgullo y prejuicio*". Austen. ¿Tu generalización sobre que todas las mujeres tienen una copia con las orejas dobladas? Confiesa. Ibas a comprar ese libro".

Cogió otra porción de bocadillo. "Tenía curiosidad por saber por qué un ejemplar del libro de Austen sería más importante para una mujer que media docena de cajas con sus pertenencias".

Me senté en la silla y lo miré por encima del borde de la taza de café. Odiaba admitirlo, pero Reed podía ser el hombre más perfecto que había conocido nunca. Casi me dio pena hacer la siguiente pregunta lógica. "¿Por qué siento que me estoy perdiendo una historia?"

Reed suspiró. "Esta mañana me preguntaste si tenía que llamar a alguien al llegar aquí".

Me incliné hacia delante en la silla. "Mierda. Así que *estás* casado".

"No. No, no lo estoy", dijo rápidamente. "Y tampoco estoy en ningún tipo de relación permanente".

"¿Novia?"

"No. Ahora no. Pero solía haber una. Había una mujer con la que vivía".

"¿Por cuánto tiempo?"

"¿Importa?"

"En cuanto al contexto, sí".

"Vale. Seis meses. No, fue menos", corrigió. "¿Pero puedo volver a contar la parte Austen de la historia?"

Tomé otro cuarto de bocadillo. "Por favor, hazlo. Llevo esperando todo el día".

Sus ojos brillaron con un destello juguetón, divertido de que me burlara de él. "Durante ese muy, muy, *muy* corto periodo de tiempo que estuvimos juntos, ella había trasladado cajas y cajas de sus cosas a mi apartamento. ¿Y qué es lo raro? Cuando terminamos, después de ese período *excepcionalmente corto de tiempo*, guardé cuidadosamente en cajas todas sus pertenencias, pensando que ella las querría de vuelta. Imagínate mi sorpresa cuando apareció, se llevó sólo una cosa y me sugirió casualmente que donara el resto".

"La única cosa. ¿Era Jane Austen?"

"Una vieja copia de *Orgullo y Prejuicio*". Se encogió de hombros. "Es lo único que quería".

Levanté mi taza de café. "Una mujer con un gusto excelente. Está claro que dejaste escapar a una buena. Ella y yo podríamos haber sido amigos".

Sacudió la cabeza y sonrió, poniéndose en pie. "Tienes un sentido del humor muy extraño. ¿Quieres más café?"

"Sí, por favor". Le entregué mi taza.

Justo cuando Reed reapareció con las tazas de café, sonó mi teléfono. Media hora. Justo a tiempo. Payam era bueno. Me levanté y me moví a lo largo de la barandilla.

Empecé de inmediato. "Ya estoy aquí. Como siempre, el primero".

"¿De verdad esperas que mantenga una conversación aquí?" replicó Payam.

"No, claro que no". Escuché a Reed acomodarse en su silla detrás de mí. "Nuestro apartamento no es nada del otro mundo, pero estamos a un paseo del centro y del muelle".

"Me preguntas mi ubicación, ahora", me recordó Payam.

"Bien. ¿Dónde estás ahora?"

"Perdiendo mi tiempo en el teléfono contigo."

Me di la vuelta, apoyándome en la barandilla, consciente de que Reed observaba y escuchaba atentamente nuestra conversación. "¿Tienes lo que hablamos?"

"Lo haría y lo haré si terminas con esta maldita llamada".

"Bien. Bueno, sin tráfico, deberías estar en el apartamento en quince o veinte minutos".

El maldito Payam terminó la llamada y tuve que seguir como si mi compañero de piso siguiera al teléfono.

"¿Has tenido noticias de alguien más?"

Mirándome los pies descalzos, intenté tejer la historia que pretendía contarle a Reed.

"No te preocupes. Lo resolveremos cuando llegues". Pausa. Sonríe. "Te espero en el apartamento. Adiós".

Terminé la llamada y me metí el teléfono en el bolsillo trasero.

Levantó su taza de café. "Bueno, parece que no fue una cancelación".

Asentí con la cabeza. "Tengo que irme".

Se levantó y caminó hacia mí. "¿Quién es este amigo?"

"Pat".

"¿Casado, hijos, responsabilidades?"

"Comprobado, comprobado, comprobado."

Me rodeó con sus brazos y me atrajo hacia su pecho. Su cuerpo se frotó sugerentemente contra el mío. "No vivimos tan lejos. ¿Se acuesta temprano?"

Ya me sentía mal por la mentira. El sexo fue bueno, él me gustaba, y nada me habría gustado más que volver a la cama y continuar donde lo habíamos dejado. Pero no pude.

Sacudí la cabeza. "Cuando Pat se aleja de su familia, quiere tiempo de chicas de calidad y charlas serias de chicas. Y chico, no creerías cuánto y durante cuánto tiempo puede hablar".

Apreté los labios contra los suyos con la intención de darle un beso en los labios, pero me pilló desprevenida, estrechando el abrazo y dándome el beso más ardiente que habíamos compartido hasta entonces. Me estaba cuestionando mi decisión de irme cuando él rompió el abrazo y se apartó.

Fue entonces cuando vi mi teléfono en su mano.

"Me robaste el bolsillo".

Reed sonrió. "Por una buena causa. No tienes mi número".

Me puso el teléfono delante de la cara, esperando que se desbloqueara. Yo era demasiado listo para confiar en una seguridad tan anticuada como esa.

"Dame el tuyo".

Me dio su teléfono, marqué mi número y, un segundo después, mi teléfono emitió un zumbido de llamada entrante.

"¿Feliz?"

"Por ahora".

"Hoy ha sido muy divertido", comenté, ofreciéndole un fugaz beso, esquivando esta vez hábilmente su agarre. "¿Puedo echarte una mano con estos platos?"

"No, soy un macho domesticado".

"Sí, vale". Hice una pausa, sintiéndome un poco desgarrado. "Bueno, nos vemos."

Retirándome al salón, empecé a quitarle la sudadera cuando Reed llamó desde la puerta del porche.

"Sujétalo", me ordenó. "Viste mi armario. Hay muchos de donde vino ese".

"Gracias. Respondí, cogiendo mi abrigo al salir. Sentí sus ojos clavados en mí, siguiendo mis movimientos hasta que cerré la puerta tras de mí. Bajando las escaleras hacia la calle, me recordé a mí misma que era la decisión correcta. A pesar de las miradas de Reed, el sexo y la interesante conversación, no había venido a San Clemente para tener una relación.

Esta vez juntos era todo.

Salí a la calle y eché un vistazo al balcón, pero no había rastro de él. Desde este punto de vista, no podía ver el interior del apartamento. En lugar de subir la colina hasta el cochambroso lugar que alquilaba, dirigí mis pasos calle abajo hacia el agua. Desde que llegué a San Clemente, aún no había puesto los pies en la arena ni sentido las limpias y frías aguas del océano Pacífico alrededor de los tobillos.

A una manzana del apartamento de Reed, mi teléfono zumbó con un mensaje de Payam.

- *¿Tienes algo sobre él?*

- *oh, tengo mucho sobre él*

Me detuve en una esquina.

- *derramarlo*

- *la licencia es falsa. el reconocimiento facial fue un fracaso*

- *Vamos. ¿Quién es?*

- *déjame ponerlo de esta manera, te acostaste con el enemigo*

Capítulo Tres

Reed

DEJÉ las tazas y la fuente de comida en la encimera de la cocina y me quedé mirando el tejado de tejas rojas de la casa de al lado. ¿Qué demonios estaba haciendo? ¿Y por qué no me molestaba?

Ligar con mujeres locales mientras trabajaba no era la norma para mí. De hecho, casi nunca. Estaba orgulloso de mi profesionalidad. Era un rasgo familiar. Y francamente, las mujeres eran una distracción que no podía permitirme. Había demasiado en juego.

Avalie, sin embargo, no era como la mayoría de las mujeres con las que me cruzaba. *Cualquier* otra mujer, si era honesto.

Cuando cogimos el mismo libro, no pude evitar que mi mirada se detuviera. Su cara y su cuerpo habrían bastado para la mayoría de los hombres. Pero yo no soy como la mayoría. Puedo apreciar la belleza sin verme arrastrado a una situación potencialmente dañina.

Pero en el instante en que nuestras miradas se cruzaron, algo en mí se tensó y se calentó al mismo tiempo. Y sé que ella también lo sintió. En serio, eso no ocurría a menudo, ni aquí ni en casa ni dondequiera que me llevara mi trabajo. Pero esta mañana, consciente de la atracción que sentía, no tenía ningún interés en resistirme.

La provocativa muestra de piel bajo el top que llevaba debajo de la chaqueta resultó ser suave y cálida al tacto, y aquellas piernas fuertes y esbeltas me hicieron desear, casi de inmediato, sentir las envueltas a mi alrededor.

Pero era más que eso. Tenía un encanto superficial que iba acompañado de un irónico sentido del humor. Se sentía cómoda consigo misma, era rápida y combativa por naturaleza. Mi tipo de mujer: inteligente, segura de sí misma y totalmente follable.

Y una vez que ella respondió, mi cerebro y mi cuerpo se alinearon para desearla.

Nadie batió mi récord. Mi compromiso con el trabajo era indiscutible. Era el mejor operativo de nuestra división. Tenía que serlo, dada mi situación. Pero Avalie presentaba algo nuevo para mí, algo que no había encontrado antes. No era sólo el atractivo físico; había una energía innegable a su alrededor que amenazaba con desdibujar la línea que yo había trazado entre el compromiso profesional y el deseo personal. La sensación era casi magnética.

De pie junto al fregadero, no pude evitar reconocer la sorprendente lucha entre mi deber y esta inesperada tentación.

Pasándome una mano por la cara, intenté borrar los recuerdos persistentes del sexo. Fue mejor que genial. Nuestros cuerpos, nuestras almas, parecían estar tan conectados, como dos

bailarines tan compenetrados que apenas necesitaban música.

Vaya, empezaba a sonar como un poeta.

La interrupción de la llamada de su amiga y el abrupto final de nuestro almuerzo resultaron ser una distracción afortunada. La razón por la que había llegado tan temprano a San Clemente era que tenía dos tareas que cumplir aquí. Uno era para esta noche en Dana Point. El puerto deportivo estaba a sólo unos kilómetros por la carretera de la costa, pero tenía que hacer algunos preparativos antes de dirigirme allí.

Después de esta noche, sin embargo, tenía cuatro días libres.

Salí de nuevo al porche y me quedé junto a la barandilla. Debajo de mí, había unas cuantas personas bajando a la zona del embarcadero y la playa. Bonita forma de pasar un domingo por la tarde. Chicos sin camiseta y adolescentes en bicicletas eléctricas pasaban zumbando en ambas direcciones, con tablas de surf atadas a los lados de las bicicletas.

Me asomé y miré calle arriba. Ni rastro de Avalie. Había mencionado que alquilaba un apartamento en algún lugar de allí arriba con sus amigas, y no pude evitar preguntarme a qué distancia estaría.

Volví a comprobar el intercambio de mensajes. Al menos, no se había desvanecido en el aire. No, tenía los medios para localizarla.

Un par de abejas parecían disfrutar de las migas y restos de comida que quedaban en los platos. Con un suave empujón, las ahuyenté, recogí los platos que quedaban y volví a entrar. Fue entonces cuando el libro me llamó la atención. El ejemplar de *Orgullo y prejuicio* de Avalie estaba en el sofá, donde se le había caído la chaqueta al entrar.

En su prisa por irse, había pasado por alto el libro, y no pude evitar sonreír. Ahora tenía la razón perfecta para llamarla mañana.

Apilé los platos en el fregadero y volví a por el libro. Al alcanzarlo, mi mirada captó el destello de algo en la alfombra entre el sofá y la mesita. Un pequeño objeto cilíndrico.

Pintalabios, supuse, imaginándolo caer del bolsillo de Avalie.

Al cogerlo en la mano, el ligero tubo metálico medía unos cinco centímetros de largo y medio de diámetro. No tenía marcas ni costuras visibles. Al examinarlo más de cerca, me di cuenta de que el interior del tubo estaba bloqueado en ambos extremos.

"Mierda".

En un instante, me di cuenta. Sabía exactamente lo que tenía entre manos.

Un arma.

Lo había visto antes. Pequeño como era, el dispositivo era lo suficientemente potente como para aturdir a un hombre de buen tamaño. Y no se podía conseguir uno de estos aquí. Ningún fabricante de armas podría siquiera producir un dispositivo como este durante al menos otras cinco décadas.

"¿Qué coño, Avalie? ¿Cómo coño has conseguido esto?"

Capítulo Cuatro

Avalie

MALDITA SEA. Por décima vez, busqué en los bolsillos de mi chaqueta.

Nada. Y no había ningún agujero por donde pudiera caer el inmovilizador. Tuvo que salir por algún lado. Con suerte, no en el apartamento de Reed.

Era muy posible que hubiera ocurrido allí. Me fui con prisas, y ese pequeño tubo podría haberse deslizado fácilmente de mi bolsillo cuando arrojé casualmente mi abrigo sobre su sofá. Debería haber comprobado el bolsillo antes de salir.

Descuidado. Maldita sea.

Quizá Reed encontró el arma, pero quizá no. Aun así, dado lo que había aprendido de él desde que dejó su apartamento, no dudaba de que reconocería la importancia del objeto que ahora tenía en su poder.

Aun así, descubrir quién soy sería un reto totalmente distinto. Que tenga suerte.

Me puse delante de la ventana de cristal de mi apartamento y me tapé las orejas con el gorro de punto. Mis auriculares estaban bien sujetos bajo la suave lana. Me subí la cremallera de la chaqueta. El elegante tejido se ajustaba a los contornos de mi cuerpo. El reflejo familiar que me devolvía la mirada desde el cristal revelaba a una mujer vestida de negro de los pies a la cabeza, una guerrera preparada para cualquier desafío que se le pusiera por delante.

Guardé el teléfono en el bolsillo, cerré la puerta del apartamento y bajé las escaleras.

La calle estaba silenciosa y vacía a esas horas de la noche. Bajo la tenue luz de las farolas, atravesé un hueco entre algunos coches aparcados y crucé la calle, avanzando rápidamente por la manzana. Al acercarme a mi destino, mis auriculares se encendieron, como era de esperar.

"Detalles: alarma de seguridad, monitorización externa 24/7. Luces con detector de movimiento. Cámaras en todas partes-garaje y ventanas. Los patios y porches de todas las plantas también están equipados y vigilados. Además, aparte de la empresa de seguridad, hay un feed de audio y visual, accesible de forma remota por el propietario."

Colorado era una hora más tarde que San Clemente. ¿Qué probabilidades había de que los propietarios estuvieran viendo la emisión en directo a esas horas de la noche? Aun así, no podía arriesgarme.

"Apaga todo y ejecuta un bucle de vídeo".

"Tienen un sistema de copia de seguridad".

"Eres un genio, Payam. Resuélvelo."

"¿Cuánto tiempo tengo?"

"Tienes más ojos en la calle que yo. Estoy a tres casas de mi destino. Averígualo".

"Eres tan jodidamente exigente".

Divisé los faros de un vehículo calle abajo. Para asegurarme, me metí entre las sombras de un edificio de apartamentos por el que pasaba.

Apenas lo había hecho cuando una bicicleta eléctrica se deslizó silenciosamente por la calle. Su conductor vestía ropa oscura y no llevaba luces de marcha. Por su voz suave, al acercarme me di cuenta de que era una mujer; hablaba con alguien por teléfono. El ala de una gorra ocultaba la mayor parte de su rostro.

Se detuvo en la acera, dos propiedades más abajo que la mía, frente a otra de las casitas blancas de estilo español que salpicaban la ciudad. Los faros que se acercaban pertenecían a un todoterreno negro que se detuvo junto a ella. La ventanilla trasera del todoterreno estaba bajada. Desde donde esperaba, no pude oír más que fragmentos de la conversación. Tampoco pude determinar el número de ocupantes del vehículo. Pero estaba claro que la ciclista los conocía.

La cabeza del ciclista giró hacia la casa a la que yo me dirigía. Toqué el auricular.

"Vamos, Payam. Tengo que entrar".

"¿Por qué te entretienes?", respondió la voz en mi oído. "Llevo horas esperándote".

Las farolas parpadearon en lo alto y media docena de ellos se sumieron en la oscuridad.

"Presume".

Habiendo trazado mi ruta de antemano, sabía que tenía que atravesar algunos patios traseros antes de llegar a la puerta que Payam me había señalado.

"Vigila la calle".

"Eso será difícil, ¿no?, ya que me pediste que cerrara las cosas".

"No necesito un comentario sabelotodo para todo lo que digo".

"Vamos. Por eso me quieres".

Permanecí en la sombra, rodeé la siguiente casa y corrí por un corto camino de entrada. Me subí a una valla de madera y observé el pequeño patio trasero. Una hilera de setos, un par de grandes árboles frutales, unas cuantas formas oscuras que parecían muebles de jardín y otra valla formaban la barricada hacia el patio contiguo.

Cuando salté por encima, un perro ladró dentro y una luz con sensor de movimiento se encendió cuando pasé por debajo. Luces alimentadas por energía solar. Ignorándolas, atravesé corriendo el patio hasta la siguiente valla y la salté en unos instantes. El segundo patio seguía a oscuras, con una carrera de obstáculos formada por juguetes infantiles y un columpio. Manteniéndome cerca de la pared trasera de la casa, maniobré hasta el siguiente límite, un muro de hormigón de dos metros. Escalarlo no supuso ningún problema, pero patiné cuando mis pies chocaron con un césped mojado por los aspersores de agua. De algún modo, conseguí mantenerme en pie y corrí hacia la siguiente valla. El perro de dos casas más atrás seguía ladrando.

Minutos después, tras rodear una piscina, salté una valla más y descendí al patio de mi destino.

La oscuridad cubría el patio trasero. Por mis investigaciones, sabía que los jardines, cuidadosamente ajardinados, ofrecían verdor y color desde la terraza que se extendía por la parte trasera de la casa. Los contornos de mesas y sillas eran visibles bajo cubiertas protectoras.

Recordando el coche de la calle, no iba a quedarme aquí. Me acerqué al patio elevado, confiando en que Payam se ocupara del sistema de seguridad.

Mientras corría hacia el extremo inferior de la casa, una luz solar con sensor de movimiento

iluminó de repente el patio. Unos segundos después, atravesé una verja que daba al camino de entrada pavimentado. Aquí no había luces, pero no fue difícil encontrar la puerta de entrada junto a un garaje para tres coches.

"¿Código?" Pregunté en voz baja.

Payam recitó la cadena de números y, con un suave clic, una luz verde iluminó el teclado.

"Dos de sus amigos se acercan a la casa. Claramente planean entrar por la puerta del patio".

"¿Cuántos en total?" pregunté.

"Un tercero está junto a los arbustos de enfrente".

"¿El conductor? ¿El ciclista?"

"El todoterreno está dando vueltas a la manzana. La moto eléctrica se ha colocado en el siguiente cruce, vigilando".

"Mantenme informado si algo cambia".

Tenía poco tiempo. Estaba completamente oscuro, pero utilicé la luz de mi teléfono para encontrar la puerta interior. Al cruzar el suelo del garaje, barrí el espacio con la luz. El único vehículo que había era un carrito de golf de cuatro plazas. Un par de tablas de surf y otras dos de paddle surf colgaban de bastidores a lo largo de una pared, junto a un banco de trabajo y un armario. Nada de esto atraería a los matones que irrumpieran en la casa.

La puerta interior tenía otro panel de seguridad. "¿Otro código?"

"Igual que el anterior", dijo Payam.

Al introducir el código, atravesé la puerta de acero y entré en un pasillo corto. Unas escaleras subían desde el garaje a la planta principal.

Estaba casi en la cima cuando oí romperse un cristal en la fachada de la casa. Los bastardos se movieron rápido.

Sabía que atacarían el estudio y el dormitorio del segundo piso, lo que me impulsó a recorrer rápidamente la casa y situarme en el vestíbulo central, cerca del pie de la escalera.

Al cabo de unos instantes, los dos intrusos salieron de una habitación delantera, vestidos con monos oscuros y sudaderas con capucha. Los haces de luz de sus linternas frontales iluminaban su camino, y de sus cinturones colgaban herramientas mientras que de sus caderas pendían bolsas de basura negras.

Ambos eran más altos que yo e, incluso con el mono de trabajo, parecían más pesados por un amplio margen. Bueno, cuanto más grandes son...

"¿Qué coño estás haciendo aquí?" exigí, protegiéndome los ojos.

Dieron un paso atrás. Sabía que esta gente tenía una forma específica de operar. Utilizaban a un ciclista para vigilar los barrios ricos, buscando los momentos en que los residentes no estaban en casa. Evitaban los enfrentamientos como la peste, sin recurrir nunca a abrir puertas o ventanas exteriores. Simplemente rompían una puerta corredera o una puerta francesa, iban a por joyas, dinero en efectivo, monedas de oro o cualquier cosa que pudieran robar. Entraban y salían de la casa en quince minutos, donde les esperaba una furgoneta o un todoterreno.

"Da la vuelta y vete por donde has venido".

No vi venir el golpe hasta que cayó. El tercer intruso surgió de la nada, asestándome un fuerte golpe en las costillas y estrellándome contra una estantería empotrada en la base de la escalera. Sentí que el aire se me escapaba de los pulmones, dejándome momentáneamente sin aliento.

El matón trató de inmovilizarme contra la pared, pero no iba a permitirlo. Le di un fuerte golpe en la frente con el talón de la mano derecha y, a continuación, le asesté un tajo en la garganta. Cayó hacia atrás, agarrándose el cuello. A la luz de los faros de sus cómplices, pude

ver sus ojos desorbitados mientras caía de rodillas.

Estaba seguro de que los otros dos estaban dispuestos a huir, pero todo cambió cuando vieron caer a su compañero. No estaban dispuestos a abandonarlo.

Uno cargó contra mí rápidamente, levantando un martillo mientras se acercaba. Una cosa buena de esos faros. Sabía exactamente dónde estaba mirando, y el arma elegida por el intruso estaba claramente dirigida a hacerme daño en el cráneo.

Era más grande que yo, pero no más rápido. Cuando estaba a dos pasos, me dejé caer, giré y le golpeé en la rodilla. El crujido me dijo que le iba a doler mucho durante un rato, y el martillo cayó al suelo detrás de mí.

El último hombre no estaba tan entusiasmado, pero tampoco iba a abandonar a sus compañeros.

Se abalanzó sobre mí, destornillador en mano. Cuando le agarré la muñeca, me golpeó con el otro puño en las costillas, donde había recibido el golpe anterior. El dolor me recorrió el cuerpo y me iluminó el cerebro. No podía respirar y sabía que tenía que acabar con esto rápidamente.

Sin soltarle la muñeca, levanté la rodilla y le golpeé el brazo contra ella. No hizo falta más. El destornillador cayó inofensivamente.

Gritó y se arrodilló, sujetándose el brazo. La lucha que llevaba dentro desapareció de inmediato. Un brazo roto puede hacer eso.

Lo agarré por el cuello, le quité el faro y lo puse en pie.

El intruso que me había pillado desprevenido se levantaba con dificultad, aún aspirando aire con dificultad. El matón que empuñaba el martillo estaba acurrucado en el suelo, agarrándose la rodilla y gimiendo con fuerza.

"Ustedes dos, tomen ésta y váyanse". Mi voz estaba tensa, pero me las arreglé para ladrar las palabras.

Ya habían tenido bastante. Los dos hombres heridos ayudaron de algún modo al hombre del martillo a ponerse en pie. Apoyándose el uno en el otro, el trío se tambaleó hacia la puerta.

Tomé la iniciativa, descorrí el pestillo de la puerta y la abrí de un tirón sin dejar de mirarlos.

El todoterreno negro se detuvo en la acera y todos subieron. Cuando el vehículo se alejó, cerré la puerta, apoyé la espalda en ella y me toqué las costillas con cautela.

Mi auricular se activó. "El todoterreno está saliendo del barrio a buen ritmo. Parece que se dirige a la entrada de la autopista. También han recogido la moto y al motorista".

"Muy amable por avisarme del tercer hombre", repliqué.

"No me culpes a mí. Te dije que estaba allí".

Conseguí respirar. No muy profundo, pero un respiro al fin y al cabo.

"Hora de limpiar".

"Bien hecho. No hay cadáveres de los que deshacerse".

"Eso fue tocar e irse por un minuto allí. Podría haber sido yo".

"¡Pobrecito!" Payam era un artista cuando se trataba de sarcasmo. "Bueno, un equipo de limpieza ya está reservado por los propietarios para el día antes de su llegada el miércoles."

Entré en la habitación por la que habían entrado los intrusos y dirigí uno de los faros abandonados hacia la puerta francesa que daba al patio. El suelo estaba lleno de fragmentos de cristal.

"Programe la reparación de las ventanas para cuando vengan los limpiadores".

"Entendido."

Volví al vestíbulo, cada movimiento me producía una aguda sacudida de dolor en las costillas. El dolor se intensificó cuando me agaché cautelosamente para recoger el martillo y el

destornillador del suelo.

"Y hacer que parezca un accidente. Una pelota de béisbol o de fútbol".

"Yo me encargo".

Mirando a mi alrededor, recogí media docena de libros que habían caído al suelo al empotrarme contra la estantería. Empecé a alinearlos en la estantería.

"¿Quieres que el Departamento del Sheriff los agarre?"

"Esta noche no. Dale unos días. Pero ponlo en tu agenda para la semana que viene para llamar con una denuncia anónima. Descripciones, matrícula y demás".

"¿Vamos a estar tanto tiempo?"

Me fijé en un marco de una estantería superior que se había caído hacia atrás. Volví a ponerlo en pie y miré a la familia de la fotografía. Una pareja atractiva. Él la rodeaba con el brazo y ella sostenía a un bebé en brazos.

"Supongo que todo depende del éxito que tenga con este próximo trabajo".

Capítulo Cinco

Reed

EL MENSAJE de mi controlador me dirigió a un aparcamiento semivacío junto al puerto de Dana Point. Al entrar, pude ver un puerto deportivo formado por hileras de largos muelles y embarcaderos abarrotados de barcos de todos los tamaños y tipos.

Como era tarde, el aparcamiento no estaba ni medio lleno, y la mayoría de los coches se agrupaban en torno a una rotonda cercana a una serie de restaurantes que bordean el puerto deportivo. A través de mi ventana abierta, oí risas y música procedente de ellos.

Tras rodear el aparcamiento, identifiqué a mi contacto. Un Shelby Cobra descapotable rojo de 1964 ocupaba una plaza a seis plazas del último coche. El conductor me hizo señas con la luz del móvil.

Me detuve con el lado del conductor frente al suyo y le observé mientras se esforzaba por sacar su larguirucho cuerpo de detrás del volante. Su pelo corto y castaño, su cara bien afeitada y las líneas afiladas de sus mejillas y mandíbula coincidían con la descripción que me habían dado antes. Aun así, levanté la cámara de mi teléfono hacia él y se confirmó la coincidencia de identidad.

"Sí, soy yo. Es imposible que envíen a un lacayo a tratar con el jefe", bromeó, apoyándose en su deportivo.

Salí y le medí. Yo medía un metro ochenta, pero él me llevaba una ventaja de diez o doce centímetros. Era corpulento y demasiado grande para su coche.

Echo un vistazo al aparcamiento. No había tráfico peatonal. Pero estábamos aparcados justo debajo de una farola.

"Soy Vaughn."

"Reed". Señalé hacia su llamativo coche. "¿No podrías optar por algo menos llamativo?"

Se volvió y pasó una mano por el cuerpo. "¿No te encanta? Una réplica de Shell Valley, Pro Dart, motor Ford V8, 225 CFM. Una bestia temible".

"¿Y me consigues un Honda?"

"Vivo aquí. Necesito mantener ciertas apariencias. Hoy estás aquí, mañana te vas. Además, llamar la atención es lo último que quieres. ¿Estoy en lo cierto?"

"¿Así que aparcaste bajo este foco?"

"No te preocupes. Tu gente llamó a la mía y nos preparamos para esta noche. Todas las cámaras de seguridad, aquí y en todo el puerto deportivo, están apagadas. Nadie nos ve".

Levantó la mano antes de que pudiera señalar los agujeros de esa lógica.

"Y tampoco vendrá la policía. Confiad en mí. Soy el mejor. Sé cómo funciona el sistema. Por eso tu departamento siempre acude a mí".

"Si tú lo dices".

"Una cosa que deberías saber de mí, jefe, es que nunca cometo errores. Asumo la responsabilidad. Al cien por cien. Vosotros, los vaqueros, llegáis y os lleváis el mérito, pero esto..." Hizo un gesto vago con la mano hacia la ciudad en los acantilados detrás de él. "Esto es todo mío."

"De acuerdo".

Hay que reconocer que era un poco maniático del control. Eso lo sabían muy bien todos los que trabajaban para mí y mis superiores, tanto dentro como fuera de la división. Cuando volví a echar un vistazo al aparcamiento, me recordé a mí mismo que, en más de una década de trabajo, mi personal de apoyo nunca me había defraudado. Todavía.

Vaughn metió la mano en el coche y sacó una carpeta de papel manila que agitó en mi dirección. "Y antes de que digas lo anticuado que parece esto, no habrá rastro de papel. Esto es para que lo veas, pero no para que te lo lleves".

Abrió la carpeta que había sobre el capó de mi Honda. Una docena de fotos estaban incluidas en un montón de documentos que se desparramaban mientras él los separaba uno al lado del otro.

Señaló las fotografías. "Este es tu hombre. Del Volpe".

Encendí la linterna de mi teléfono y estudié las imágenes. Blanco con el pelo canoso peinado hacia atrás.

Vaughn se encogió de hombros. "El tipo pasa la mayor parte del tiempo tirándose a mujeres jóvenes o a viejos inversores. Se está forrando con acciones y valores. Volpe conoce el futuro".

Delgado pero musculoso. Claramente, un hombre que pasaba *algún* tiempo en el gimnasio. En la mayoría de las imágenes aparecía en bañador o pantalones cortos, descansando en un bar o a bordo de un yate muy grande. Parecía preferir las camisas de flores chillonas. En unas pocas, vestía un traje de negocios.

"Hay susurros procedentes de la SEC, pero nadie sabe cómo inculparle. Y con su historial, seguirá embaucando a futuros inversores".

Futuros inversores. Este era el quid de la cuestión. Alguien que viajara en el tiempo desde el futuro podría utilizar sus habilidades y conocimientos para cosechar enormes beneficios para sí mismo a expensas de los demás... y dañar la historia en el proceso.

"¿Qué ha hecho hasta ahora?"

Vaughn sacó los documentos de debajo de las fotos y deslizó hacia mí el primer fajo con clips. "Manipulación del tiempo, sobre todo. Ha estado programando estratégicamente sus compras y ventas para capitalizar futuras tendencias del mercado".

"¿Qué más?"

Vaughn empujó el segundo montón.

"Uso de información privilegiada. Como conoce los movimientos futuros del mercado y la información que no es pública, consigue atraer a incautos que se creen brillantes. La codicia convierte a la gente en tontos. Los utiliza para aislarse y les tiende una trampa. Y eso no es todo". Vaughn empujó el siguiente fajo de páginas hacia mí. "Últimamente, ha estado creando falsas oportunidades de inversión y atrayendo a los inversores a empresas destinadas al fracaso. Es un fraude, y no le importa arruinar a la gente. Causó un suicidio hace menos de un mes. Del Volpe es un tiburón".

"Y se está haciendo rico".

"Oh, sí. Cuentas en el extranjero. Lingotes de oro en bóvedas seguras desde Suiza a Singapur. Tiene una casa de playa en Malibú, y acaba de comprar una segunda casa en Billionaires' Row en Nueva York el mes pasado."

Vaughn dejó caer el último montón delante de mí.

"Incluso en el presente, está alterando los acontecimientos manipulando las situaciones para asegurar resultados positivos para sus inversiones".

Una cosa que Vaughn no tuvo que decirme fue que las ondas de las recientes acciones de Del Volpe ya se estaban sintiendo décadas en el futuro.

Miré en dirección al puerto deportivo. "¿Dónde está?"

Me dio las indicaciones para llegar al lugar donde estaba atracado el yate de los Volpe.

"Es uno de los superyates más pequeños del puerto".

"¿Personal?"

"En el mar, lleva nueve tripulantes -incluidos el capitán y un chef- y Volpe también tiene guardaespaldas. Hablé con uno de los tripulantes cuando se marchaba. Iban todos a Newport Beach de fiesta a un local propiedad del capitán. Actualmente, sólo quedan a bordo el chef, un camarero y los guardaespaldas".

"¿Cuántos?"

"Dos matones armados que siempre le hacen sombra. Los vi en cubierta hace una hora. Además, tiene compañía esta noche. A Volpe le gustan las mujeres menores de edad. Tres chicas jugando a disfrazarse fueron llevadas por ahí a la hora de la cena. Por su aspecto, yo diría que es muy probable que falten mañana a la primera hora en el instituto".

Vaughn hizo una mueca en dirección al puerto deportivo. "Y lo digo literalmente. No me extrañaría que este tipo los dejara en algún lugar al sur de la frontera de camino a Cabo. Se rumorea que ya lo ha hecho antes".

Vaughn recogió las fotos y los archivos y los volvió a meter en la carpeta.

"¿Eso es todo?"

Asintió y le entregué las llaves.

Esta era su parte de la operación. Si no regresaba del trabajo, Vaughn borraría meticulosamente de la escena cualquier rastro de mi presencia aquí en esta fecha en particular. Tenía que ser así. Iba con el territorio. Si fallaba, nunca estaría aquí.

"Estaré cerca si necesita ayuda, jefe".

"No lo haré."

Al cruzar el aparcamiento, no pude evitar fijarme en la niebla que se acercaba. Aquí, en el sur de California, la llaman "capa marina". La oficina de turismo debió pensar que sonaba mejor. Lo que sea. La niebla empezaba a cubrir todo el paseo marítimo con una neblina misteriosa y espeluznante. El sabor a sal persistía en la brisa que soplaba por encima de los diques.

Descendí por una amplia pasarela iluminada, formada por escalones de hormigón y una mediana repleta de palmeras y frondosas plantas verdes. Antes de llegar abajo, la música procedente de uno de los bares-restaurantes del puerto deportivo se detuvo bruscamente. Hora de cierre. Una pareja risueña y ebria que subía tambaleándose las escaleras no me prestó atención al pasar.

Al pie de las escaleras, había mesas y sillas que seguro que estaban llenas durante el día, pero ahora estaban vacías. Sólo un puñado de personas paseaban por las pasarelas, con la atención centrada en sus parejas o en las embarcaciones de los muelles y amarres. Me acerqué a la barandilla y observé el puerto deportivo. Había tanto silencio que oía el lejano sonido de las olas y el suave chapoteo del agua contra el muro de hormigón.

Girando a la derecha, me dirigí despreocupadamente hacia el atracadero donde estaba atracada la embarcación de mi objetivo. El puerto deportivo de Dana Point era un impresionante despliegue de barcos caros. A pesar de que la temporada de verano estaba entrando en su apogeo, ya era tarde y la mayoría de ellos permanecían silenciosos y cómodos en sus amarres. Las luces de las cabinas sólo eran visibles en unas pocas embarcaciones atracadas, y estaban muy dispersas.

Unas puertas de seguridad cerradas separaban los paseos públicos de los muelles privados. Cuando me acerqué a la segunda puerta que conducía al muelle, ya sabía cuál era el yate de Volpe. Era enorme y estaba tan iluminado que probablemente era visible desde el espacio. Podía ver gente moviéndose en cubierta.

Apoyé el teléfono en el sensor de la puerta y la cerradura se abrió al instante. Mi adiestrador estaba demostrando ser un profesional.

El yate de Volpe era demasiado largo para caber en ninguno de los muelles. Estaba anclado en el extremo del muelle. Aunque el resto de las embarcaciones amarradas incluían veleros de lujo, yates y cruceros deportivos, todas quedaban empequeñecidas por el navío del final.

Me paseé por el muelle como si fuera el dueño del lugar. El sonido del agua golpeando contra los cascos servía de rítmico telón de fondo a las risas de unas mujeres muy jóvenes en la cubierta del barco. Vaughn tenía razón. Desde esta posición, podía ver a los guardaespaldas de los que me había advertido. A pesar de estar a cuarenta metros, ya tenían los ojos clavados en cada uno de mis movimientos. Fingí ignorarlos.

Me detuve ante un Sea Ray 400 Sundancer, a dos amarraderos del final del muelle, y di la vuelta por el estrecho paseo entre barcos. Este barco era tan bueno como cualquiera. La cubierta de popa estaba abierta, así que subí a la amplia plataforma de baño y subí a bordo.

La cubierta tenía bancos y una mesa plegable. Debajo de uno de los bancos había un espacio con dos neveras. A proa de esta zona había una cocina compacta y un salón con una mesa para comer y un sofá en forma de L. La puerta corredera no estaba cerrada. Pasé y probé la puerta a la izquierda del timón. Sabía que conducía a los camarotes de proa, pero estaba cerrada.

Ya que claramente poseía esta belleza, debo estar viviendo la buena vida.

Volví a la cubierta de popa y abrí una de las neveras. Una docena de cervezas. Perfectas. No estaban frías, pero no importaba. No pensaba bebérmela. Saqué una y me senté en un banco acolchado desde donde podía ver la popa del yate de Volpe. Unas voces se acercaban a mí.

"Te lo dije", se quejó en voz alta una joven. "No podemos quedarnos toda la noche".

Una persuasiva voz masculina zumbó alguna objeción.

"Nuh-uh. Mi madre me matará", dijo otra voz de niña. "Ya llego tarde a casa".

Definitivamente menor de edad.

"Quédate, entonces". Hablaba con una de las chicas, y su voz tenía un aire de autoridad segura. "Tú y yo podemos divertirnos".

"De ninguna manera, tío". Ella tenía una risa en su voz, pero yo podía oír el nerviosismo debajo de su tono. No estaba dispuesta a quedarse sola con ese tipo.

"Pero volveremos", chistó la primera chica. "Podemos ir de fiesta todos juntos. Prometido".

"¿Cuándo?"

"¿Martes?"

"Sí, el martes", dijeron los otros dos al unísono.

"Este lobo no estará el martes", murmuré para mis adentros.

En ese momento, uno de los guardaespaldas decidió que yo estaba demasiado cerca y que había que vigilarlo. Cuando se dejó caer en el muelle, abrí la cerveza y esperé. En menos de un

minuto, oí sus pesadas pisadas en la pasarela junto al barco.

Le saludé con la cabeza cuando apareció. Era de complexión cuadrada, cara fea y corte de pelo aún más feo. Cuando bajó del yate, vi el bulto en su cazadora, en la parte baja de la espalda. Tenía una pistola. Yo tenía una cerveza. Parecía justo.

"Hola", dijo. Civilizado, pero no demasiado amistoso.

Me di media vuelta en el banco y estiré el brazo a lo largo de la acolchada barandilla de popa. "Hey back."

"¿Tuyo?" Sus ojos barrieron la cocina y el comedor. Asegurándose de que no había nadie más aquí.

"No estaría sentado aquí si no lo fuera".

"No te he visto por aquí."

"No he *estado* por aquí."

Me miró y decidió que no valía la pena preocuparse por mí. "Este bebé es dulce. ¿Qué tamaño tiene por dentro?"

"Dos cabinas, un camarote principal, y una cabeza". Le miré fríamente. "¿Quieres comprarlo?"

Sus ojos se entrecerraron, inseguro de si le estaba tomando el pelo o no. Pero no le gustó. Desde luego, no estaba haciendo un amigo.

"Te haré un buen trato. Cuatrocientos K y es tuyo ahora mismo."

Se quedó mirando, pero giré la cabeza al oír voces. Las tres chicas se ayudaban a subir al muelle desde el yate. Todo un despliegue de tacones altos y vestidos cortos. Se reían entre ellas y parecían estar borrachas o colocadas.

El guardaespaldas los miró y luego volvió a mirarme mientras su compañero del yate lo llamaba.

Hice un gesto con la botella hacia el yate. "No mires ahora, pero creo que el deber me llama".

Sin decir nada más, se dio la vuelta y desapareció por el pasillo.

Después de que las citas de Volpe se fueran, tuve un poco de tiempo libre. De vez en cuando oía voces bajas desde el yate. Una parecía pertenecer a una mujer.

Vaughn nunca lo mencionó. Tal vez no era tan perfecto.

Unos minutos más tarde, la conversación cesó por completo. Puse los pies en el banco y escuché el sonido sordo del oleaje. Mientras esperaba, una lancha pasó al ralentí por el otro extremo y oí los acordes de una canción de Frank Sinatra que flotaba por el puerto deportivo desde unos muelles más allá. Aparte de eso, todo estaba muy tranquilo.

Justo cuando decidí que era hora de irme, vi a mi nuevo amigo bajando del yate. Un momento después, reapareció junto a mi barco.

Este matón y su compañero deben haber sentido que todavía estaba demasiado cerca para su comodidad. Bueno, sus instintos eran buenos, al menos.

"¿Decidiste aceptar mi oferta?" Me levanté y me estiré. "Normalmente, aceptaría un cheque por los cuatrocientos K, pero a estas horas de la noche, sólo acepto lingotes de oro".

"Curioso. Pero en realidad podría estar interesado". Muy informal. Como un zorro muy fornido. "Me gustaría ver el resto del barco."

Estoy seguro de que pensó que estaba siendo inteligente. Sabía que si realmente era mi barco, tendría acceso a los camarotes de proa.

"¿Hablas en serio?"

"Como un ataque al corazón en el mar, amigo."

Me encogí de hombros. "Vale, sube a bordo. Espero que no te importe el desorden".

Subió a la plataforma de baño de popa y me siguió hasta la zona de la cocina. Aquí, estábamos fuera de la vista de su compañero en el yate, si es que estaba mirando. Y yo estaba bastante seguro de que lo estaría.

"Oh, espera. Mis llaves", señalé el banco donde había estado sentada.

Eso fue todo lo que necesité. Cuando giró la cabeza, le golpeé con fuerza en la sien con la base de mi botella de cerveza. Cayó como un saco de bolas de billar. El único ruido que hizo al caer fue el de su cabeza al rebotar.

Le tomé el pulso. Estaba inconsciente, pero no sabía por cuánto tiempo. Cogí la pistola de su funda de cintura.

Al salir, dejé caer el arma por la borda y me apresuré a recorrer el muelle hasta el barco de Volpe. Efectivamente, el otro matón me miraba desde la cubierta.

Intenté sonar asustado. "Oye, un tipo acaba de resbalar en mi bote. He llamado al 911, pero han dicho que tardarán unos minutos. ¿Puedes ayudarme? Se golpeó fuerte la cabeza".

El guardaespaldas me miró durante unos segundos y bajó de un salto al muelle. Me adelanté corriendo; sus pasos le seguían de cerca.

Cuando llegamos al barco, vio a su compañero en la cubierta, en la zona del comedor, y me empujó. Eso funcionó bien.

Cuando se agachó, le di un hachazo en el cuello. Normalmente, eso habría bastado para detener a un toro, pero este tipo sólo se tambaleó un momento. Empezó a levantarse y a coger su arma al mismo tiempo.

Me adelanté a él, saqué la pistola de su funda y la arrojé detrás de mí. La oí repiquetear en la cubierta, pero ya tenía preocupaciones más acuciantes.

El matón empezó a girarse, pero yo me quedé detrás de él, le rodeé el cuello con el brazo y le apreté con fuerza la tráquea.

Sin duda, el propietario del barco se iba a preguntar qué había pasado con la seguridad en este puerto deportivo, porque el guardaespaldas se lanzó hacia atrás, golpeándome contra la corredera de cristal. La barrera cedió y caímos sobre la cubierta trasera.

Intentó rodar, patalear y alcanzarme. Pero conseguí mantenerme alejado de sus grandes zarpas y seguí apretando. No pasó mucho tiempo hasta que sentí que empezaba a debilitarse. Incluso un toro necesita aire.

Aguanté hasta que se puso flácido... y luego un poco más.

Empujándole, me aseguré de que seguía vivo. Lo estaba, pero apenas.

Aún así, tendría que moverme. No quería que estos dos vinieran detrás de mí.

Encontré la pistola en la cubierta de popa y la arrojé a las aguas del puerto deportivo con la otra.

Un momento después, estaba en el yate. El barco debía de tener más de ciento cincuenta pies de eslora, y era lujoso. La cubierta de popa estaba preparada para la fiesta, con sillones y sofás grandes y cómodos, una mesa para cenas informales y un pequeño bar. Dos escaleras conducían a la cubierta principal, donde había paneles de madera, un gran salón, un bar y un comedor formal.

Permanecí en este nivel y seguí avanzando, pasando por una cocina impecable y un estrecho pasillo que conducía a la cubierta inferior. Los camarotes de la tripulación y la sala de máquinas, supuse.

Aún no hay señales de Volpe.

Justo después de pasar por una sala de proyección de películas totalmente equipada, oí que alguien bajaba unos escalones desde la cubierta principal.

Me metí en una habitación oscura que resultó ser una sala de ejercicios con un par de cintas de correr y soportes para pesas. Incluso había una zona de spa con sauna. Este barco lo tenía todo.

Pasó un hombre con una bandeja bajo el brazo, tarareando una melodía. El camarero. Eché un vistazo desde mi escondite. Desde atrás, el tipo parecía un levantador de pesas. Giró hacia la cocina y le oí bajar los escalones de la escalera.

Avancé y encontré los escalones. En la parte superior, un pasillo conducía más allá de una media docena de puertas de cabina, y oí dos voces procedentes de una puerta abierta en el extremo.

El disgusto y la frustración de Del Volpe eran evidentes en su tono. Una mujer, de voz tranquila y conciliadora, intentaba apaciguarle. A medida que me acercaba, los fragmentos de su conversación se hacían más nítidos. Escuchando atentamente, deduje que su papel consistía en persuadir a las jóvenes para que se unieran a él. Esta noche, sin embargo, se había quedado corta. Una lástima.

Eché un vistazo al camarote. Era más grande que el apartamento donde me alojaba en San Clemente. Y bastante más bonito.

Tenía una sala de estar al otro lado de una cama de matrimonio, junto a una gran ventana de cristal grueso y unidireccional. Un pasillo abierto conducía a lo que supuse que era un cuarto de baño. Allí se veía una camilla de masaje. Volpe llevaba una vida muy dura. Prácticamente como un monje.

En este lado del camarote, una parte sustancial de la pared exterior del barco estaba abierta. Sus voces procedían de allí. Al entrar en la habitación, descubrí que una sección retráctil del suelo se extendía sobre el agua, creando un balcón al aire libre. Tenía espacio suficiente para cuatro sillas dispuestas alrededor de una mesa baja.

Me acerqué a la habitación hasta que pude ver a Volpe sentado en una de las sillas. La mujer estaba sentada a su lado. Estaban de espaldas a mí y no se daban cuenta de que yo estaba detrás. En la mesa vi un plato de galletas y un bloque de queso, junto con una botella de vino abierta que se enfriaba en una cubitera.

"Tengo que reconocértelo, Volpe", dije en voz baja. "Esta es la cuna más elegante que he visto para un viajero cuántico".

Los dos se pusieron en pie en un instante, con la sorpresa reflejada en sus rostros. La copa de vino de ella se le cayó de la mano y cayó al agua. Él se aferró a la suya.

La confusión y el miedo se reflejaban en su rostro. Por su expresión, supe que ya había averiguado quién me había enviado y mi propósito de estar aquí.

"Pero antes de que los dos nos pongamos manos a la obra..." Miré directamente a la mujer. "Tienes que irte".

Tenía el pelo corto y oscuro y vestía vaqueros y un jersey azul marino holgado sobre una blusa blanca. No tardó en quitarse la cara de miedo. Cuando recobró la lucidez, su rostro bronceado se transformó en una expresión de desdén.

"¿Cómo coño has entrado aquí?", espetó con acento británico.

Se llevó las manos a los bolsillos en una aparente búsqueda de su móvil, pero su mirada se dirigió inmediatamente a donde estaba, sobre una mesa cerca de mí. Lo cogí y lo lancé al otro lado de la habitación.

"Nuestro personal de seguridad llegará en cualquier momento, y le aseguro que la policía ya está...".

Ella parloteaba, pero yo seguía concentrado en el objeto de mi misión.

Volpe me miró fríamente, evaluando la situación. Era unos centímetros más alto que yo, y las fotos no mentían. Tenía el aspecto delgado y musculoso de un antiguo atleta que había conseguido mantenerse en excelente forma.

"¿Quieres arreglar nuestros asuntos delante de ella?" le pregunté.

Sacudió la cabeza.

"Vete", le dijo sin rodeos. "Consigue una habitación en el hotel y llámame por la mañana. No contactes con nadie más. Sé lo que es esto, y no te involucra".

Yo no estaba aquí para impartir justicia, pero me habría gustado mucho que se enfrentara a las consecuencias de haber proporcionado chicas menores de edad a Volpe. En mi opinión, debería haber pasado el resto de su vida en una celda, como Ghislaine Maxwell, que había desempeñado un papel similar para Jeffrey Epstein. Sin embargo, a Volpe le esperaba otro destino.

Con una última mirada a su jefe, pasó corriendo a mi lado y desapareció por la puerta.

No iba a malgastar palabras con esta escoria. "Rompiste el contrato, y sabes quién me envió. Así que sabes lo que tenemos que hacer".

Como viajero en el tiempo, una vez que abandonabas tu misión y te volvías pícaro en beneficio propio, te metías en un mundo de mierda. La lista de crímenes de este asqueroso era kilométrica. Tenía dos opciones en este punto. Viajaba de vuelta a su tiempo original y se enfrentaba a un juicio, o acababa con él aquí mismo. Ahora mismo.

Para mí, cualquiera de los dos resultados funcionaba.

"Vale, he roto el contrato. ¿Y qué?", ladró. "He estado en tu lugar. Hice el trabajo que estás haciendo. Llevé la misma vida miserable. Pero sabía que merecía algo mejor. Así que cuando llegó mi oportunidad, la aproveché. Hice mi elección y me quedé".

"Pensando que te saldrías con la tuya."

"Lo hice... hasta ahora, ¿no?". Una sonrisa confiada se dibujó en sus labios. "Pero si hay algo que he aprendido es que hay poder en el dinero y que todo el mundo tiene su precio. Así que, ¿cuál es el tuyo? Dilo".

Sacudí la cabeza.

"Lo que quieras, puedo hacerlo realidad para ti", continuó. "Tengo el dinero. ¿Qué quieres? ¿Una casa en la playa? ¿Mujeres? Lo que quieras".

Todo un vendedor.

"Tiene que haber algo".

Sus ojos se desviaron hacia la puerta del camarote, detrás de mí, justo cuando oí los pasos.

El camarero que había visto antes se abalanzó sobre mí blandiendo una porra metálica plegable que le habría dejado una buena marca si hubiera podido acertar. Afortunadamente, sus músculos estaban más entrenados para la potencia que para la velocidad.

Le cogí por la muñeca y, aprovechando su impulso, le lancé de cabeza contra la pared. El crujido de su frente contra el duro panel fue definitivo. Mañana, cuando se despertara, estaba seguro de que lamentaría no haber aceptado un trabajo en un restaurante de alguna ciudad segura y tranquila, lejos de cualquier barco.

Sin embargo, antes de que cayera al suelo, esperaba que Volpe atacara.

Cuando me giré para mirarle, vi la botella de vino que se dirigía hacia mi cabeza. La sujetaba por el cuello, utilizándola como garrote. El golpe me dio en el lado izquierdo de la cara, haciéndome tambalear.

Volpe no era de los que dejaban pasar una ventaja. Siguió viniendo a por mí, y había asesinato en sus ojos.

El siguiente golpe iba dirigido de nuevo a mi cabeza, pero di un paso adelante, esquivando la trayectoria del arma. Empujé hacia delante con el hombro, lo levanté y sentí cómo la botella se estrellaba contra mi espalda baja.

Juntos, golpeamos la pared junto a la abertura del balcón, y el aire salió audiblemente de sus pulmones. Pero no había terminado. Me empujó la cara hacia atrás con la mano que tenía libre e intentó darme un rodillazo en las gónadas, pero me dio en el muslo.

Este tipo realmente estaba empezando a desgastar mi buena voluntad.

En la periferia de mi visión, volví a ver la botella en el aire, y él estaba a punto de coronarme con ella. No me importó esperar al posible resultado, le di un fuerte cabezazo que lo aturdió momentáneamente. Le seguí con un fuerte puñetazo en el plexo solar que le privó de la capacidad de respirar.

Dejó caer la botella. "Vale", jadeó. "Vale".

Para mostrarme que había terminado, extendió una mano en señal de rendición mientras con la otra se agarraba el torso.

Me aparté y observé cómo intentaba tomar aire.

Se volvió hacia el balcón abierto y dio un par de pasos tambaleantes. Se apoyó en la mesa y vi la hoja del cuchillo de queso brillar a la luz justo cuando lo cogió.

Cuando se giró para apuñalarme, salté y le di una fuerte patada en el pecho. Volpe atravesó la mesa y cayó por la borda. Me tiré al agua tras él.

Pensé que tenía que estar acabado, pero me equivoqué.

Cuando salí a la superficie, el hijo de puta se abalanzaba sobre mí con el cuchillo aún en la mano. Estaba claro que no iba a rendirse. No hasta que uno de nosotros estuviera muerto.

Le agarré de la muñeca mientras me acuchillaba, conseguí girarle y hundirle el brazo en el agua. Se hundió.

Giré mi cuerpo, pasé una pierna por encima de su hombro y enganché mis piernas a su alrededor. Sin dejar de sujetarle la muñeca, puse todo mi peso sobre él, hundiéndolo más en las negras aguas.

Sólo pasaron un par de minutos antes de que cesaran las sacudidas. Aún tenía el cuchillo en la mano cuando saqué su cuerpo sin vida a la superficie.

Esta no era la forma en que me gustaba terminar las cosas. Pero no me había dado otra opción.

Nadé alrededor del extremo de popa del yate y subí al muelle.

No había nadie junto a los restaurantes cuando volví a subir las escaleras hacia el aparcamiento. Probablemente fue algo bueno, ya que la botella de vino que me había dado en la cara me había abierto un corte que aún sangraba.

"Bonito look", bromeó Vaughn cuando llegué a los coches. "Muy varonil".

"Sí". Cogí una toalla que sacó de su coche y la apreté contra la herida. "¿Supongo que usas este trapo para pulir tu coche?"

"Exacto. Pero la cera es muy antiséptica".

"Estoy seguro".

¿"Todo listo"? Vi a la ayudante de Volpe abriéndose paso por el aparcamiento. Prácticamente subió corriendo las escaleras hacia el hotel".

Asentí con la cabeza. "Los dos guardaespaldas están en un bote a un par de eslizones del yate. Pero será mejor que llegues hasta ellos antes de que se despierten. No van a estar contentos cuando vuelvan en sí".

"No hay problema. ¿Y Volpe?"

"Debe haberse caído por la borda. Había bebido mucho".

"Me encargaré de las cosas desde aquí". Me tiró las llaves.

"Mañana, haz una llamada anónima a la policía. Que arresten a su compinche por tráfico sexual de menores".

"Encantado de hacerlo, jefe."

"Oh, y una cosa más." Saqué el inmovilizador de mi bolsillo. "Necesito que rastrees este dispositivo".

Vaughn enarcó una ceja, sorprendido. "¿No es tuyo?"

"No."

Sacó su teléfono del bolsillo, abrió una aplicación y la pasó por el aparato. "¿Dónde lo encontraste?"

"No importa. Sólo averigua a nombre de quién se emitió".

"¿Puedo quedármelo?"

"No."

"De acuerdo entonces, jefe. Te llamaré cuando sepa algo".

Capítulo Seis

Avalie

LEÍ LA INVITACIÓN de Reed a cenar esta noche varias veces, pero no levantó ninguna bandera de advertencia.

Por suerte, ahora conocía su identidad, su razón de estar en San Clemente y su misión.

Sentada con los pies en la barandilla del pequeño balcón de mi sórdido apartamento, miré la calle iluminada por el sol en dirección a su casa.

Tenía que creer que aún estaba bien. Aparte de dejarme accidentalmente el inmovilizador, le sería muy difícil averiguar quién era yo. Una de mis muchas habilidades era la de un maestro hacker. Crear huellas digitales falsas era algo fácil de hacer. Cualquier registro mío sería inaccesible para él desde aquí.

Para asegurarse de que mi identidad era totalmente inocente, Payam vigilaba hoy cualquier búsqueda en Internet por mí. Las consultas sobre mi número de teléfono o mi nombre de pila desde la dirección IP de Reed, que supuse que haría, revelaron que Avalie Briar residía efectivamente en San Francisco. La descripción de su trabajo coincidía con lo que yo le había dicho, y una rápida comprobación en las redes sociales mostró una red de amigos y varias publicaciones, estableciendo mi legitimidad.

Una vez más, me encontré repasando su texto. Una pregunta me rondaba la cabeza. ¿Por qué quería verme? Yo era una persona acostumbrada a compartimentar mi vida personal y profesional. No solía hacer las cosas por impulso.

Quizá quería verme por la copia del libro de Jane Austen que me dejé.

O tal vez encontró mi inmovilizador y sospechaba qué demonios estaba haciendo con él.

Quizá me echaba mucho de menos, sobre todo el buen sexo que teníamos. Pero volver a estar juntos parecía el deseo de algo más por su parte. Y el trabajo de Reed no era propicio para las relaciones.

En resumen, me sentía un poco receloso. Pero tenía buenas razones para ser precavido. No podía permitirme meter la pata ni por asomo.

Flexioné los hombros y volví a mirar su texto. Ya averiguaría lo que quería cuando llegara.

En cuanto a que quisiera verle, bueno, hay un dicho que dice que hay que tener a los amigos cerca y a los enemigos más cerca.

Respondí a su mensaje.

- *suená bien. a qué hora*

- ¿Siete?

Ya eran más de las cuatro y media. Había sido una noche larga, aunque fructífera. Así que me había acostado tarde esta mañana y desde entonces estaba ocupada con el trabajo. Necesitaba ducharme y vestirme.

- ¿dónde?

- *Iré a tu apartamento y lo resolveremos.*

- *no es una buena idea. No me he olvidado de lo de ayer*

Me envió un mensaje sonriendo.

- *Me acompaña mi amiga Pat. ¿Te importa si ella viene*

- *En absoluto. ¿Qué tal el restaurante en el muelle de San Clemente*

- *¿Cuál? ¿No hay un par*

- *Podemos decidirlo cuando lleguemos*

- *ok*

- *Deseando conocer a Pat*

Guardé el teléfono, pensando que quizá no debería haber mencionado a mi amigo imaginario. Ahora tendría que inventarme alguna excusa por la que Pat no vendría esta noche.

No podía decir que tenía que irse por una emergencia en casa. Nada de eso funcionaría. Estaba usando el sistema de amigos para mantenerlo a distancia. Tenía un compañero de piso, así que no podía venir a mi apartamento. Tampoco podía pasar la noche en su casa. Podía decirle que no quería, pero mi investigación decía que las mujeres de treinta y tantos años de esta década hacían viajes con sus amigas. Salían juntas y excluían a los hombres de sus actividades en grupo y de sus fiestas. Era mejor seguir con eso como tapadera.

Secarme después de la ducha fue un poco más doloroso de lo que esperaba. El costado en el que me había pateado uno de los atacantes la noche anterior estaba rojo y sensible al tacto. Ya me había roto costillas antes, y esto sólo parecía un moratón feo.

Saliendo al dormitorio, abrí el único cajón que albergaba todo lo que tenía.

A diferencia de la colección de ropa recién comprada de Reed, que colgaba ordenadamente en su armario, mi guardarropa era escaso. Tenía una tarjeta de crédito, pero mis principios me disuadían de utilizarla. Payam había recortado el número de una cuenta de gastos de una gran empresa, pero seguía siendo un número robado. No me parecía bien cargarla, y no lo haría... a menos que fuera absolutamente necesario.

Según lo que había observado hasta entonces en el sur de California, todo el mundo parecía vestir de manera informal. San Clemente era una ciudad de playa, y la ropa de día de la mayoría de las mujeres de mi edad y menores eran trajes de baño con vistosos pañuelos sobre las partes de abajo. Los bikinis se veían en las calles y en los restaurantes. Por la noche, los vaqueros, los vestidos de verano, las camisetas y los tops informales estaban de moda. No podía imaginarme que fuera diferente en el lugar donde Reed planeaba cenar.

En una tienda de segunda mano a unas manzanas de donde El Camino Real cruza la cima de Del Mar, había cogido algunas cosas para ponerme. Una de ellas era un vestido verde oscuro con delicados dibujos de flores amarillas, y eso fue lo que saqué para esta noche. Era bonito, pero no tan llamativo como para llamar demasiado la atención. Al mirarme en el espejo, sentí que este era mi sitio. Cuando salí por la puerta, cogí la sudadera de Reed y me la puse alrededor de la cintura.

El sol de la tarde se abría paso poco a poco hacia el Pacífico, pero aún faltaban horas para la puesta de sol. De pie en la acera, me encantaba la cálida sensación de la luz del sol sobre mi piel.

Llegué bastante temprano y me planteé volver andando a la tienda de segunda mano, pero

decidí que probablemente estuviera cerrada. Me apetecía mucho explorar el sendero de la playa y pasear por el muelle. Aún no lo había hecho. Meter los pies en el mar, con las olas rompiendo a pocos metros de la orilla, no era algo que pudiera hacer en casa. Sólo sentir la arena caliente entre los dedos de los pies sería emocionante. Quería hacerlo ayer. Pero por desgracia, después de mensajearme con Payam, había tenido que volver sobre mis pasos hasta el apartamento. Ahora que había conocido a Reed, había que investigar mucho más sobre él.

El camino más directo a la playa era por la Avenida Victoria, y miré el océano brillante en la distancia, pero esa ruta no estaba en las cartas. Significaba pasar por el apartamento de Reed.

Así que atajé hasta Del Mar. La calle estaba dorada por el sol y se me ocurrió que era la hora feliz. Gente de todas las edades deambulaba por las aceras, algunos con bolsas y otros mirando ociosamente los escaparates. Sorprendentemente, la mayoría de las tiendas seguían abiertas. Pequeños grupos se arremolinaban frente a vinotecas y restaurantes.

Mientras paseaba por la acera, mi piel se calentaba con la luz de la tarde y los olores del perfume y la crema solar se mezclaban con el aroma de la comida y el aire marino. Era el centro más bonito que había visto en toda mi vida.

Bajando en dirección al océano, pasé junto a un grupo de gente que esperaba en la parada del trolebús. Las risas y las voces se combinaban con la música que emanaba de la fachada abierta de un bar. Pasé junto a la biblioteca y su librería, donde había conocido a Reed. Como suele decirse, era como un niño en una tienda de golosinas.

Eran imágenes, olores y sonidos que no había experimentado antes. En mi país, o se vivía en un mundo privilegiado y muy desinfectado o en uno mucho más tóxico. En ambos mundos, los productos solían escasear y el gobierno controlaba a la población y los posibles delitos con una vigilancia por vídeo siempre presente y rápidas intervenciones. Y no había término medio entre ambos mundos. Era una cuestión de "los que tienen" y "los que no tienen".

Se me ocurrió que no había visto ninguna señal de la policía desde que había llegado.

Del Mar se volvió residencial más allá de la biblioteca, serpenteando entre apartamentos de dos y tres plantas donde los residentes se sentaban en los balcones con bebidas en la mano, relajándose y charlando ocasionalmente con los transeúntes. Chicos y chicas en bici, patinete o monopatín se movían entre peatones, coches y carritos eléctricos.

Al doblar una curva de la carretera, se desplegó ante mí un pintoresco panorama. Las palmeras se alzaban sobre un aparcamiento y un parque, y un largo muelle se extendía hacia el brillante Pacífico. Se me corta la respiración.

Al pie de la colina, con el océano al frente, Del Mar se enroscaba a la izquierda en torno a una hilera de restaurantes, pequeños hoteles y edificios residenciales. Frente a ellos, vi a gente con bolsas de playa y sombrillas en el andén de una estación de tren en funcionamiento. Parejas llevaban de la mano a niños pequeños, todos ellos aún en bañador, con camisas de gran tamaño y ligeros vestidos de verano.

Siguiendo a una multitud, crucé las vías que iban de norte a sur. Podía ver la línea de ferrocarril curvándose a lo largo de la costa en ambas direcciones.

El olor a comida frita flotaba en el aire y atrajo mi atención hacia los dos restaurantes situados a ambos lados de la entrada del muelle. Y mientras observaba a los pescadores que lanzaban sus sedales desde los tabloneros de madera desgastada de la estructura de 400 metros de largo, las gaviotas volaban en círculos y sus agudos gritos se mezclaban con las risas de los bañistas.

Delante de mí, las olas se levantaban y chocaban contra una playa de arena aún llena de gente, a pesar de lo tarde que era. Al borde del agua, niños y adultos jugaban y nadaban. Más

allá, docenas de surfistas con trajes de neopreno negros, azules y rojos se alineaban a la espera de una ola que los lanzara hacia la orilla.

Me detuve junto a un muro bajo que bordeaba la playa y admiré el espíritu aparentemente intrépido de los surfistas. Los había de todas las edades, algunos quizá de cuatro o cinco años y otros que debían de tener setenta o más. Me cautivó la energía y la sensación de libertad que desprendían.

Silueteados contra el lienzo del sol poniente, los surfistas elegían su ola, se levantaban suavemente y se abrían paso por la cresta del agua con movimientos tan elegantes como atrevidos.

Mientras los observaba, hipnotizada, simplemente bailaban sobre la superficie del océano. Sus coloridas tablas dejaban estelas de rocío tras de sí, creando arte en el aire. El estruendo de las olas acompañaba el ritmo de sus maniobras. Y cuando a menudo terminaban sus carreras hacia la playa, giraban repentinamente su tabla alejándose de la orilla y volaban por los aires mientras la ola se desplomaba en espuma agitada bajo ellos. Era un auténtico ballet sinfónico de naturaleza y destreza humana.

"¿Has surfeado antes?"

La voz de Reed me sobresaltó. Había estado demasiado distraída para verle u oírle acercarse.

"No, no lo he hecho. ¿Y tú?" pregunté, observando su perfil. Él también parecía fascinado. Llevaba una camisa negra de punto de manga corta, pantalones caqui y un par de sandalias. Cuando se volvió para responder, sus ojos estaban ocultos tras las gafas de sol.

"Sí."

"¿Se te da bien?"

"Podría enseñártelo". Sonrió. "De hecho, la gente a la que le alquilo mi apartamento tiene algunas tablas de sobra que podemos usar. Si te apetece".

Noté en su mejilla izquierda un corte de dos centímetros y un hematoma alrededor. "¿Cómo te lo has hecho? Parece doloroso".

"Me topé con un muro esta tarde, enviándote un mensaje."

Toqué el borde del corte, pero retiré rápidamente la mano. De repente, el gesto me pareció demasiado íntimo.

"No lo creo. Este corte no es nuevo. Debe haber ocurrido anoche".

"Entonces, ¿tú también eres médico?"

"No, pero soy el infierno con un botiquín de primeros auxilios."

Se echó a reír. "¿Y eso por qué? ¿Te haces golpes y moratones a menudo?"

Sonreí. "Desviando de nuevo. ¿Por qué no me contestas?"

"Vale, lo admito. Anoche estaba empezando a enviarte un mensaje de texto, luego debatí si era demasiado pronto. Mientras lo pensaba, la esquina de una pared del apartamento me saltó a la cara".

Mentira. Reconocía un moratón de una pelea cuando lo veía. Si era un experto en algo, era en eso. Y para empezar, el ángulo del corte era incorrecto para haber sido causado por una esquina horizontal de la pared. Fue una pelea, seguro. La pregunta de con quién se había peleado Reed era algo que me gustaría saber.

"Bueno, me alegro de que me mandaras un mensaje esta tarde. Por cierto, te he traído la sudadera". Empecé a quitármela de la cintura, pero me agarró las manos.

"Aférrate a él. Te queda bien. Además, puede que lo necesites esta noche. La temperatura suele bajar cuando se pone el sol". Me soltó y levantó la chaqueta ligera que llevaba en la mano. "He venido preparado".

"De acuerdo. Gracias".

"¿Dónde está tu compañera de cuarto?", preguntó. "Pat, ¿no?"

Miré a los surfistas cuando una temeraria que estaba cerca del muelle inclinó de repente su tabla y salió disparada entre las hileras de pilotes de madera y por el otro lado. "¿Has visto eso?"

"Sí, justo debajo del cartel que advierte a los surfistas que no lo hagan".

Le sonreí. "Es una rebelde, supongo".

Se burló. "Entonces, ¿tu compañero de cuarto?"

"Pat no quería ser una quinta rueda".

"Qué pena. Tenía ganas de conocerla".

Metí la mano en el bolsillo de la chaqueta. "Puedo llamarla y preguntarle de nuevo, si quieres".

"No. Está bien. Me gusta así".

"Bueno, no te acostumbres. Es nuestro tiempo de chicas, no lo olvides. Y los chicos *no* están invitados".

se rió. "Por cierto, accidentalmente dejé tu libro en mi apartamento.

"¿Accidentalmente?" Enarqué una ceja, dejando que una sonrisa levantara la comisura de mis labios. Esto era bueno. Necesitaba volver a su apartamento para recuperar mi inmovilizador.

"Totalmente. Pero como viniste sola esta noche, estoy pensando que tal vez quieras recogerlo después de que comamos. ¿Qué te parece?"

"Eso es mucho pensar".

"Soy un tipo considerado".

"Desde luego que sí".

Miró el reloj que había en lo alto de una torre sobre el edificio de los socorristas. "¿Quieres pasear por la playa o por el muelle antes de comer?"

"Me gustaría, pero me muero de hambre", admití con sinceridad. "No he comido nada hoy".

"No te preocupes. Podemos comer primero. Si quieres, siempre podemos dar un paseo más tarde".

Señaló la entrada del muelle de los restaurantes y nos dirigimos hacia allí.

A pesar de lo encantador que era Reed, tenía que tener cuidado con él. No era simplemente un agente en misión; sus conexiones eran profundas con los directores de la compañía. Precisamente por eso estaba aquí. Me dirigía a él y al trabajo al mismo tiempo.

Caminamos hasta el muelle y el restaurante de la derecha tenía tejas desgastadas y sombrillas de colores para sentarse al aire libre. El aroma a marisco recién asado que salía de las puertas abiertas era tentador. En las mesas de fuera y en la barra en forma de herradura del interior, el tintineo de platos y vasos y las conversaciones de los comensales disfrutando de sus comidas eran animadas. El ambiente amistoso y desenfadado del local combinaba a la perfección con el ambiente costero que estaba percibiendo.

A nuestra izquierda, un restaurante más lujoso tenía ventanas panorámicas y asientos al aire libre con vistas igualmente impresionantes del océano. El sonido de suaves risas emanaba de allí, dejando entrever un ambiente íntimo y acogedor.

"Déjame ver dónde podemos conseguir un asiento primero".

Mientras Reed desaparecía en uno de los restaurantes, observé a la gente que pasaba. Era un grupo heterogéneo. En unos instantes, vi a personas mayores vestidas para salir por la noche, a jóvenes en pantalones cortos y camisetas trotando a lo largo del muelle, a mujeres con pañuelos en la cabeza y caminando del brazo con niños pequeños corriendo delante de ellas, y a familias de rasgos asiáticos tirando de carros llenos de aparejos de pesca.

Apoyado en la barandilla de madera del muelle con otra docena de ociosos, disfruté del cálido resplandor del sol descendente.

El impresionante paisaje costero, el estilo de vida al aire libre, el clima templado y el sentido de comunidad se combinaban para dibujar el cuadro de un lugar donde las familias podían establecerse y vivir felices. Reflexionando sobre lo que había hecho la noche anterior, detener el robo, sentí una pequeña satisfacción. Aun así, sabía que no había hecho todo lo que tenía que hacer para preservar a cierta familia. Al menos, todavía no.

"Tenemos una mesa en ese lado", dijo Reed, acercándose por detrás y señalando hacia el más lujoso de los dos restaurantes.

Mientras nos abríamos paso entre una multitud de clientes que esperaban, Reed me acercó a su lado, y la ligera presión de su mano contra mis costillas magulladas me hizo estremecerme involuntariamente. Por desgracia, él se dio cuenta.

"¿Qué pasa?"

"Nada."

Negué con la cabeza y seguí a la anfitriona mientras nos guiaba hasta nuestra mesa en el exterior. Desde nuestra mesa se veía el océano en el lado sur del muelle. A unos cientos de metros, un puente peatonal cruzaba las vías del tren. Cerca de él, un gran número de surfistas se agrupaban en el agua. Incluso desde la distancia, me di cuenta de que las olas eran más grandes allí que en el lado norte del muelle.

Una vez sentados, apareció una camarera que tomó nota de nuestros pedidos de bebidas y aperitivos. Cuando se fue, Reed se quitó las gafas de sol, se inclinó hacia delante y me cogió de la mano.

"¿Cómo te hiciste ese moratón en las costillas?"

Bajo las cejas fruncidas, había preocupación en sus ojos. El contraste entre la persona que yo conocía y la expresión de preocupación que podía ver ahora en su rostro era significativo. Parecía realmente preocupado, pero aún no tenía ni idea de quién era yo en realidad.

"Me topé con un muro mientras respondía a tu mensaje".

"No, no lo hiciste."

"Lo dice el hombre que no presta atención por dónde camina". Liberé mi mano y le toqué la mejilla justo debajo del moratón.

"Me parece justo". Se echó hacia atrás. "Siempre y cuando estés bien."

"Estoy perfectamente bien. No te preocupes en absoluto".

"Por cierto, ¿ha aparecido alguna otra de tus novias?"

"Todavía no. Pero mañana será otro día".

Nuestro camarero llegó con nuestras bebidas y nos aseguró que los aperitivos estaban en camino.

"Entonces, ¿qué hicisteis Pat y tú esta mañana?"

Envolví la bebida fría con la mano, pero me resistí a dar un sorbo hasta tener algo de comida en la barriga. No se daba por vencido. ¿Era posible que estuviera dudando de su existencia?

"Las cosas que hacen las amigas cuando no se han visto en un año", dije. "Hablamos. ¿Qué hicisteis?"

"Algunas llamadas de negocios. Salí a correr. Arreglé el apartamento con la esperanza de que viniera alguien".

Hizo una pausa, se reclinó en la silla y se metió la mano en el bolsillo.

"Oh..." Sacó algo y lo puso sobre la mesa entre nosotros.

Miré fijamente mi inmovilizador. Había encontrado el arma.

"Esto estaba encajado entre los cojines del sofá. ¿Es tuyo?"

Capítulo Siete

Reed

SUPONGO que fue *la educación* y no *la naturaleza* lo que me hizo desconfiar.

Perder a mi madre cuando sólo tenía diez años me obligó a crecer deprisa. Como mi padre estaba en el ejército y mi hermano era mucho mayor que yo, me encontré navegando por los retos de la vida sin apoyo.

Sin embargo, quizá no fue únicamente la ausencia de familia lo que me moldeó, sino más tarde la naturaleza de mi profesión. Hacer lo que hice durante más de una década consiguió inculcarme un escepticismo constante. Era esencial para sobrevivir en mi trabajo. Ese rasgo me llevó a cuestionarlo todo, a buscar pistas y a identificar la deshonestidad cuando me enfrentaba a ella.

En ese momento, la pausa de una fracción de segundo de Avalie fue lo suficientemente larga como para que supiera que lo que dijera a continuación a modo de explicación sería mentira.

"Sí, sí. Eso es mío. ¡Qué alivio! Me alegro de que lo hayas encontrado".

Esperaba que negara que fuera suyo, pero me di cuenta de que tenía que estar preparada para mi pregunta.

Se acercó a la mesa para cogerlo, pero yo puse mi mano sobre la suya. Sabía muy bien el daño que podía hacer este pequeño artefacto. En manos de alguien que supiera usarlo, el arma podía aturdir e inmovilizar a un hombre de mi tamaño durante horas.

Y si esta arma estaba sincronizada con su biometría, podría activarla y usarla conmigo ahora mismo. Si lo hacía, este restaurante estaría cerrado para cuando recuperara la conciencia.

"¿Puedo cogerlo?"

La miré a los ojos, grandes y oscuros, y recordé la llamada que había hecho a Vaughn hacía una hora. No había ningún registro de esta unidad en las bases de datos que había consultado, lo que significaba que era de contrabando.

Los dispositivos de la División -incluidos los inmovilizadores- estaban calibrados específicamente para el agente asignado y sólo se activaban mediante identificación biométrica. Técnicamente, nadie más podía manejarlos. Sin embargo, era de dominio público que había piratas informáticos capaces de piratear los códigos de los dispositivos y restablecerlos para su uso no autorizado. Había leyes establecidas para prohibir su comercio o venta, y los castigos eran duros. Pero eso no impedía que ocurriera.

"¿Te importa?" Su tono era notablemente más frío.

Había llegado el momento de la verdad. ¿Debía confiar en ella? ¿Ignoraba las capacidades de este dispositivo o estaba jugando conmigo? En cualquier caso, la única forma de averiguarlo era, al menos, fingir que no tenía ni idea de lo que era el dispositivo.

"Menos mal que no lo he tirado", dije retirando la mano. "¿Qué es?"

"No tengo ni idea. Cuando lo encontré, pensé que era un silbato, pero el tubo está bloqueado". Lo levantó. "La cosa no parece hacer nada. Es un misterio, pero voy a averiguarlo. Puede que sea mi amuleto de la suerte".

"Puede ser. ¿Dónde lo encontraste?"

"Lo pisé en San Francisco, en la calle, justo delante de la antigua fábrica de chocolate. Supuse que se le habría caído a un turista".

"Huh." Intenté sonar sólo ligeramente interesada. "¿Hace cuánto tiempo fue eso?"

Se encogió de hombros. "No lo sé. Quizá hace un mes".

me reí entre dientes. "¿Y guardas *todo lo que* encuentras en la calle?"

"Sólo cuando son tan interesantes y misteriosos como esta cosa". Sonrió, con una pizca de picardía en los ojos. "Y no me limito a las cosas. A veces las personas también entran en esa categoría. Como los que encuentro en las ventas de libros. De vez en cuando, eso funciona bastante bien".

"Supongo que esa cosa es un amuleto de la suerte".

Debajo de la mesa, me rozó el tobillo con un pie descalzo, y mi mente volvió inmediatamente a la imagen de su cuerpo desnudo tendido en mi cama. El sexo con ella había sido jodidamente increíble. A juzgar por el ligero rubor que tiñó las puntas de sus orejas y sus mejillas, decidí que ella estaba pensando lo mismo.

Cuando nuestro camarero se acercó con los aperitivos, Avalie se guardó el dispositivo en el bolsillo y sonrió a la joven. Nos pusieron delante un plato de ostras y ella no perdió el tiempo.

Verla comer era fascinante y excitante. Primero ponía una generosa cucharada de rábano picante y un chorrito de limón en cada ostra del plato. Mientras lo hacía, examinaba cada concha con detenimiento, aparentemente admirando los pálidos y delicados colores de su interior satinado y los brillantes tesoros que contenían. La expectación era palpable cuando se llevó tres ostras seguidas a los labios, cerrando ligeramente los ojos y saboreando la mezcla de sabores de cada una.

Mientras observaba su boca, mi excitación se agudizaba al recordar su suavidad.

"Ahora entiendo por qué dicen que las ostras son afrodisíacas", reflexioné en voz baja mientras engullía mi primera ostra.

Levantó los ojos hacia mi cara y en ellos había un brillo juguetón. "En ese caso, deberías haber pedido otra cosa".

"¿Y eso por qué?"

"Bueno", dijo en voz baja. "No creo que necesites ayuda con tu rendimiento sexual".

Estiré las piernas y me ajusté los ceñidos caquis. "Lo mismo digo".

Levantó la copa y bebió un sorbo, observándome atentamente por encima del borde.

Aparté mi plato. "¿Podemos empacar el resto de estas ostras y pedir la cena para llevar?"

"Por supuesto que no. Ya te hablé de mi compañera de cuarto. Me está esperando". Su mirada se desvió hacia las ostras que quedaban en mi plato. "¿No te las vas a terminar?"

Intercambié mi plato con el suyo. "Pide y será tuyo".

"¿Sólo ostras? ¿O también otras cosas?"

"Tengo fama de ser un buen tipo. Nunca lo sabrás a menos que preguntes".

El cambio de expresión en su rostro, el fugaz momento de contemplación, me recordaron una

vez más que había muchas cosas en esa bonita cabeza que yo desconocía.

Ella asintió. "Lo recordaré cuando llegue el momento".

La camarera volvió un minuto después, preguntando si estábamos listos para hacer nuestro pedido. De donde yo venía, el lujo de disfrutar de marisco fresco se había convertido en un recuerdo lejano. A causa de la contaminación, todos los alimentos procedían de piscifactorías cuidadosamente vigiladas. Avalie pidió uno de los platos del día, y yo hice lo mismo.

Mientras esperábamos la comida, charlamos sobre San Clemente. Desde donde estábamos sentados, podíamos ver la casa construida por el promotor de la ciudad. Casa Romantica estaba encaramada en un acantilado con vistas al muelle y las playas.

"¿Sabías que la ciudad se construyó durante la Ley Seca?". pregunté, preguntándome hasta qué punto conocía la historia.

Avalie hizo una pausa, jugueteó un momento con sus cubiertos y los alineó en fila delante de ella.

"No, no lo hice". Fijó su mirada atentamente en mi rostro. "Es impresionante lo mucho que sabes de esta zona. ¿Seguro que no trabajaste por aquí en el instituto o en la universidad? Definitivamente puedo verte como uno de esos socorristas en la torre".

Sacudí la cabeza. La verdad era que tenía una relación de amor y odio con mi trabajo. La parte de amor era que profundizaba en la historia de los lugares a los que me llevaba el trabajo. Y no sólo los hechos y las cifras, sino la historia social y cultural. Quiénes eran esas personas y qué les depararía el futuro. La parte del odio era que yo era un asesino.

"Me gusta investigar los lugares donde tengo que pasar tiempo".

"Un aficionado a la historia".

"Supongo que sí. Veo la historia como algo vivo. El acontecimiento más pequeño puede moldear el futuro de un lugar y su gente".

"Es una forma interesante de ver las cosas. Entonces, ¿no cree que son las grandes corrientes sociales de una época las que afectan al futuro?", preguntó.

"Sin duda, eso forma parte de ello, supongo. Pero creo que esas corrientes suelen estar determinadas por pequeñas acciones, a menudo no registradas, de individuos que nunca llegan a aparecer en los libros de historia."

"Pero mucha gente se esfuerza por vivir de un modo que no afecte a los demás. Se esconden y viven en la oscuridad. ¿Qué pasa con ellos?" preguntó Avalie.

"Supongo que es cierto. Algunas personas intentan ocultar sus acciones intencionadamente, pero esas acciones siguen influyendo en el futuro."

"No lo entiendo", protestó.

"Bien. Consideremos San Clemente, por ejemplo. ¿Por qué se construyó la ciudad aquí? ¿Por qué construir este muelle en este lugar, en lugar de a unos kilómetros al norte, en Dana Point, donde había un puerto natural, un pequeño pueblo de pescadores y un par de hoteles turísticos a un kilómetro y medio, en San Juan Capistrano?"

"Dime, ¿por qué?", preguntó.

"Porque el puñado de hombres que estaban detrás del plan para construir esta ciudad querían un lugar a sesenta millas al norte de San Diego y sesenta millas al sur de Los Ángeles, lejos de las fuerzas del orden. Era la ubicación perfecta para construir un lugar donde pudieran desembarcar cajas de licor de contrabando".

"¿Licor?", preguntó.

"Era un gran negocio en los años veinte. La Ley Seca convirtió en delito federal la venta de alcohol en Estados Unidos. Mira esta costa. No hay puerto. Sólo este océano abierto".

Avalie contempló el muelle y la interminable vista del agua, y luego desvió la mirada hacia los edificios de la orilla. "Pero mira este lugar. Construir una ciudad entera está a un mundo de distancia de vivir una vida en la oscuridad".

"Creo que esos hombres, la mayoría de ellos, veían la ciudad como una pantalla tras la que esconderse. En realidad era el muelle lo que querían", explicó.

"Estoy decepcionado. Pensé que habían construido este muelle para que la gente pescara". me reí. "No. Y tampoco para que los niños surfeen debajo".

"¿Quiénes se creían que eran, Al Capones encubiertos?", preguntó.

"Cerca. Banqueros, jueces y políticos".

Mientras pensaba en esto, formó un triángulo con sus utensilios, con una punta de la forma dirigida hacia mí. "Y violaron la ley para conseguir una buena vida para ellos, sus familias y los que se trasladaron aquí para echar raíces".

"Sí infringieron la ley". Me encogí de hombros. "Pero la Prohibición fue muy impopular, en su mayor parte. De hecho, si miras ahí arriba..." Señalé una casa enorme en el acantilado sobre el muelle. Sus paredes blancas y su tejado de tejas rojas brillaban con la luz. "Ole Hanson, el principal promotor, tenía su despacho en esa habitación octogonal de ahí arriba, en su casa, para poder ver cuándo llegaban los cargamentos".

"Vio una oportunidad y la aprovechó. Usted mismo dijo que la Prohibición era muy impopular", insistió.

"Construyeron una ciudad para ocultar una empresa ilegal y lucrativa. Eran pícaros y rebeldes".

"La historia está llena de pícaros y rebeldes. Provocan el cambio. Hacen que la vida sea emocionante, que merezca la pena vivirla", argumentó. "¿Y qué si su motivación inicial era cuestionable? Construyeron este hermoso pueblo que aún disfrutamos hoy. Creo que eso es valioso".

"Estás decidido a ser su fan, ¿verdad?"

"Aplaudo a la gente. Especialmente a los que van contra el sistema para dejar su huella, para marcar la diferencia, incluso para vivir felices para siempre. Siempre que no hagan daño a los demás y se mantengan al margen".

"Bueno, no hubo felices para siempre para Hanson. En los años 30, cuando se derogó la Ley Seca, la Depresión lo dejó limpio. Sin dinero en efectivo procedente del licor, el pueblo quebró en su mayor parte. Hanson lo perdió casi todo y volvió a Los Ángeles".

Suspiró mientras miraba el colorido conjunto de edificios de las colinas que daban al océano. Las ventanas mostraban brillantes reflejos del sol poniente.

"Me alegro de que el pueblo haya sobrevivido". Avalie bajó la mirada y me miró directamente a los ojos. "Hay cosas que merece la pena salvar. Pueden acabar teniendo valor aunque empiecen mal. *Incluso si* alguien rompe las reglas".

Llegó nuestra cena y, mientras comíamos, nuestra conversación divagó entre la arquitectura de los edificios originales de la ciudad, los surfistas y el tiempo. Mencionó que había visto un cartel en un escaparate de Del Mar anunciando un festival de arte en el muelle este fin de semana.

"¿Estarás por aquí entonces?" Tuve que preguntar.

"Aún no lo sé. Tenemos nuestro apartamento hasta el sábado, pero sólo estoy planeando un día a la vez".

Mientras terminábamos el postre, asistimos a una exposición de arte organizada por Nature.

Hacia el oeste, una impresionante puesta de sol sobre el Pacífico se desplegaba, rayando el

cielo con un impresionante espectáculo de rojos y amarillos. A nuestro alrededor, el ambiente cambió. Todo el "Pier Bowl", como llamaban los lugareños a esta parte de la ciudad, se impregnó de repente de una sensación de asombro. Los clientes del restaurante, la gente reunida en el muelle y los que seguían en la playa parecían atrapados por la necesidad de capturar el momento con sus teléfonos y cámaras.

Avalie y yo, sin embargo, parecíamos ser las únicas personas que no estaban absortas documentando la escena. En cambio, yo la observaba mientras se empapaba en silencio de la belleza natural. Los efectos de los colores y la luz sobre la tierra, el mar y el cielo eran sencillamente mágicos. Y al igual que yo, estaba completamente ajena al frenesí digital que nos rodeaba.

Rompí el silencio. "Estoy impresionado".

"Yo también. Creo que nunca he visto una vista más hermosa que ésta".

Estaba a punto de mencionar San Francisco y sus atardeceres igualmente impresionantes, pero las palabras se me murieron en la lengua.

No me jodas, pero era tan guapa.

Los rayos dorados del sol bañaban su rostro, resaltando los delicados contornos y proyectando un brillo hipnotizador sobre sus facciones. Sus ojos, que reflejaban los colores del cielo, proyectaban una profundidad que reflejaba la belleza de la escena que teníamos ante nosotros. Avalie me había parecido hermosa desde el primer momento en que la vi. Pero en ese momento en particular, era un lienzo vivo pintado por la mano de la propia naturaleza.

Este tipo de reacción durante la misión no era útil.

Aun así, le dije: "Me refería a ti. Me *impresionas*".

Abrió la boca para responder, pero la cerró. El rubor de sus mejillas se acentuó cuando nuestras miradas se cruzaron.

"Quiero decir, tu teléfono no está pegado a tu mano."

Se rió y luego apartó la mirada, respirando profundamente el aire del mar. "Paso bastantes horas delante de una pantalla por trabajo. Me encanta cuando estoy fuera de casa y puedo sentir, oler, disfrutar de la Naturaleza. Esto es un regalo".

Nuestro camarero volvió para ofrecernos más café.

"Pero tampoco te veo haciendo vídeos o fotos", dijo Avalie. "O consultando los titulares de las noticias o los box scores".

"No. Ese no soy yo. Lo que tenga que pasar pasará sin mí arbitrando desde la barrera".

De nuevo, esa mirada cruzó su rostro. Vino acompañada de esa pausa momentánea, como si estuviera analizándome en lugar de mantener una conversación conmigo. Pero nada de eso me molestaba. Estaba disfrutando del juego de luces y sombras que resaltaba la suave curva de su sonrisa y las elegantes líneas de su rostro.

Maldición, pero definitivamente me sentí atraído por ella. De nuevo, no ayuda.

"Quizá sea hora de que intercambiamos nuestros apellidos", sugerí.

"Briar. Avalie Briar".

Esto coincidía con la información que he recopilado hoy durante mis búsquedas en Internet.

"Reed Michael". Le tendí la mano, y ella no dudó en poner su mano en la mía. Sus dedos estaban fríos. "Me alegro de que tu amigo Pat haya decidido no venir a cenar".

"Yo también".

"¿Qué crees que está haciendo ahora?"

"No lo sé. Pero ella es una chica grande, y hay mucho que hacer alrededor de San Clemente".

"¿Tienes tiempo para pasear por la playa antes de que tengas que volver?"

"Por un rato. No puedo quedarme mucho tiempo".

"¿Qué hay en la agenda para mañana?"

"No estoy seguro. Tengo que consultarlo con ella".

"Bueno, como has dicho, hay mucho que hacer en los alrededores de San Clemente", le recordé.

"Y necesito ver si viene alguien más".

"Bien."

"¿Qué tenías pensado?", preguntó.

"¿Qué tal surfear?"

"Te lo dije, no sé cómo".

"Yo te enseñaré".

"¿No tienes que trabajar mañana?", preguntó.

"El trabajo puede esperar. ¿Qué me dices?"

Tal vez fuera el dispositivo que llevaba en el bolsillo y el hecho de que no estuviera contento con su respuesta, o tal vez fuera la constatación de que la comprobación de antecedentes que hice hoy sobre ella arrojó resultados sorprendentemente limpios, o tal vez sólo quería pasar tiempo con ella. Independientemente de mi verdadera motivación, me di cuenta de que la estaba presionando.

"De acuerdo. Hagámoslo".

Me sentí aliviado.

Cuando salimos del restaurante, el sol ya se había sumergido en el océano Pacífico, pero las nubes seguían coloreando el cielo con todos los matices imaginables. Avalué y yo paseamos por el sendero bordeado de palmeras que discurre entre la playa y las vías del tren.

Estaba mirando hacia la playa, cerca del puente peatonal elevado. "Curioso. La luz empieza a desaparecer, pero la playa sigue llena de gente. De hecho, creo que hay más surfistas entrando en el agua que saliendo".

"Sí, estuve leyendo sobre eso en una revista de surf que dejaron en mi apartamento. Esta playa se llama 'T-Street'. Según el artículo, es un lugar muy concurrido durante todo el año, pero el surf nocturno es muy popular en esta época."

"¿Surf nocturno? ¿De verdad? Eso suena un poco peligroso. ¿No les preocupan los tiburones?"

"Supongo que no".

"Pero, ¿por qué lo hacen? ¿Qué tiene de especial surfear de noche?". Sus ojos escudriñaban el agua. "Las olas parecen iguales".

"Es por la bioluminiscencia azul. El fenómeno está de vuelta en el sur de California en este momento".

"¿Qué es eso?", preguntó.

"Es un resplandor causado por pequeños organismos que sufren una reacción química en el agua. Ocurre cuando los agita el oleaje, la estela de un barco o un arrecife saliente. Emiten una luz azul neón. Es bastante sorprendente. Ahora no está lo bastante oscuro para verlo, pero lo estará dentro de una hora".

"Dios mío, eres una enciclopedia andante cuando se trata del sur de California. La historia, la vida marina..."

"Eso es porque soy de Nueva York. En la costa este no se ven cosas como la bioluminiscencia". Señalé hacia la playa. "Además, me gusta estar aquí y conocer mejor la

ciudad y la cultura. Me pasa en todos los sitios a los que voy. Es una ventaja del trabajo".

"Te refieres a tu trabajo en seguros inmobiliarios", dijo.

"Correcto. Seguro de propiedad", repetí.

Otra vez esa mirada que me hacía sentir como si me estuvieran analizando.

"Dijiste que había vuelto. La bioluminiscencia azul. ¿Viene y va?"

"Por lo que he oído, aparece durante un breve periodo de tiempo entre los meses de marzo y junio y luego de nuevo en otoño".

"Es bastante guay. No esperaba experimentar nada de esto". Se detuvo y contempló a los surfistas en la luz mortecina. "¿Hay que ser un buen atleta para surfear?"

Había visto todo de ella, y Avalie era fuerte. Definitivamente tenía una complexión delgada y atlética. Al mismo tiempo, era sexy, con curvas en todos los lugares adecuados. Aparté la mirada de su cuerpo y vi a un trío de surfistas pasar junto a nosotros en la playa. Ella no iba a volver a mi casa esta noche, así que tenía que sacarme las dudas.

"¿Qué tan buen nadador eres?" pregunté.

"Mediocre".

"¿Flexible?"

"Mis articulaciones crujen de vez en cuando".

"¿Qué haces de cardio?" le pregunté.

"¿Cuenta ir de mi portátil a la nevera?"

Sonreí. "¿Equilibrio?"

"No muy bien". Hizo una mueca y se tocó una mancha en la costilla. "Aquí está la prueba."

"¿Cómo de paciente eres a la hora de aprender cosas nuevas?"

Se burló. "No es precisamente un punto fuerte. Mis padres me dijeron que dejé de montar en bicicleta después del primer intento porque no lo dominaba a la primera".

Me detuve, frente a ella. "¿No sabes montar en bicicleta?"

"Ahora puedo. Pero tardé años en volver a hacerlo". Enlazó su brazo con el mío y comenzamos a caminar de nuevo.

"Eso no suena muy prometedor".

"No vas a echarte atrás conmigo ahora, ¿verdad?"

me reí. "Oye, no puedes asustarme con todas esas cosas. Mañana vamos a hacer surf. Avisaremos a los socorristas con antelación".

"Excelente. ¿A qué hora?"

Una mujer, que empujaba un cochecito doble y llevaba de la mano a un tercer niño pequeño, nos cortó el paso y se detuvo bruscamente delante de nosotros. La reconocí de inmediato. Era la que ayer estaba dispuesta a pelearse con Avalie por el libro de Jane Austen en la venta de libros de la biblioteca.

"Oh, bien. Gente que conozco", dijo apurada. "¿Puedes vigilar a estos dos mientras llevo a este al baño?"

No esperó respuesta. Dejó el cochecito delante de nosotros, cogió al otro niño y corrió a los baños cercanos.

"¿Qué acaba de pasar?" Preguntó Avalie.

No tuve oportunidad de responder, porque los dos niños del cochecito empezaron a gritar simultáneamente.

Capítulo Ocho

Avalie

LA NIÑA más pequeña era la que más gritaba, y la reconocí como la que ayer iba a lomos de su madre. Parecía que me guardaba algún tipo de rencor.

"Mira, cariño. No tengo el libro. En serio, no lo tengo. Lo tiene él", expliqué, mirando hacia el baño. Los dos estaban llorando por su madre, pero ella no estaba a la vista.

Sintiéndome un poco inútil, me agaché delante del cochecito y agarré cada una de sus pequeñas manos. La mayor, después de mirarme con seriedad, pasó de los lamentos a los lloriqueos, añadiendo de vez en cuando un *¡mamá!* por si acaso. Mientras tanto, la pequeña, con las mejillas sonrojadas, respiraba hondo, como si se estuviera preparando para algo.

Entonces, todo quedó en silencio mientras ella contenía la respiración. Tenía el pecho hinchado, como si fuera a volar el mundo en pedazos con la siguiente exhalación. Pasaron los segundos y sentí que el pánico me subía a la cara.

"Oye, no respira", solté, mirando a Reed.

"Está aguantando la respiración", dijo, inclinándose para mirar más de cerca.

"¿Sólo? ¿Sólo?"

Si esto era un comportamiento normal de los niños, yo no tenía ni idea. Estaba muy fuera de onda en ese tema. Y a juzgar por la expresión perpleja de Reed, tampoco era un experto en crianza.

El rostro sonrojado de la niña adquirió un tono rojo que rivalizaba con los colores del atardecer. Las venas se le abultaron en la frente.

"¿Qué debemos hacer?" Miré a nuestro alrededor, buscando ayuda desesperadamente. Aunque había mucha gente en la playa -y muchas familias-, nadie nos prestaba la menor atención.

"Ni idea", admitió Reed, su tono tan urgente como el mío.

La niña-diablo mayor sonreía, obviamente disfrutando del espectáculo. Pasaba la mirada de su hermana a nosotros y viceversa.

¿Y si a ésta se le reventara un vaso sanguíneo de la cabeza? ¿Y si le implosionó un pulmón? Hace años, hice un curso de tecnología médica de emergencia. No es que pudiera recordar mucho de él ahora cuando importaba. De hecho, no recuerdo que nada del curso fuera útil ahora.

No podía esperar más. Desabroché el cinturón de seguridad del cochecito y cogí en brazos a la angustiada niña. Al hacerlo, el pequeño monstruo expulsó su aliento a borbotones. Y menos

mal, porque estaba a punto de empezar a golpearle la espalda. Acababa de recordar que ése era uno de los métodos de reanimación.

"Muy bien. Ahora respira", la animé. "Así."

Respiré profunda y exageradamente y empecé a hacer sonidos ridículos. Dramáticamente, llené mis mejillas y luego las hinché como un par de globos. Ella me miraba. El rojo de sus mejillas se desvaneció y su rostro se arrugó en una sonrisa encantada mientras me apretaba las mejillas y yo obedecía con un sonido parecido al claxon de un camión al escapar el aire.

Se rió, al igual que su hermana en el cochecito.

Así nos encontraron su madre y su hermana mayor cuando salieron del baño. La niña corrió hacia nosotros, gritando.

"¿De qué te ríes?"

"Ella". El del cochecito me señaló.

Cuando la joven madre nos alcanzó, no pude contener mi frustración. "Eso ha sido ridículo. ¿Cómo pudiste dejar a tus hijos aquí con completos extraños?"

"No erais desconocidos", dijo ella, con cara de sorpresa. "Ya nos conocíamos".

"No nos conocimos. No sabes mi nombre ni el suyo". Señalé a Reed. La niña en mis brazos seguía dándome bofetadas juguetonas en la mejilla, y yo seguía actuando para ella mientras miraba con odio a la madre. "Podríamos haber sido... podríamos haber sido..."

"Soy Tina."

"¿Qué?"

"Soy Tina. Y estos son mis tres pequeños trolls. Esos somos nosotros, Tina y los Trolls. Y ese de ahí es mi marido Brandon, esperando su ola". Señaló vagamente hacia una de las dos o tres docenas de surfistas sentados en sus tablas.

¿Por qué no le preguntó? O simplemente llevó a los otros dos al baño con ella.

La idea de que alguien robara a estos preciosos bebés era aterradora. Estos pensamientos y un montón más estaban a punto de estallar fuera de mí, pero Reed interrumpió.

"Encantado de conocerte, Tina. Soy Reed y ella es Avalie".

"Me alegro de haberte encontrado. Me salvaste la vida. No me traje una muda de ropa para éste". Miró de reojo a su hija, que estaba a su lado. "Y créeme, fue una emergencia".

"Aun así, no nos conocías. Podríamos haber sido un par de bichos raros", protesté, intentando devolver la niña a su madre. Pero la pequeña alborotadora se aferró a mi cuello, incluso apretó una boca descuidada contra mi mejilla antes de soltarme finalmente.

"Mira, hasta te dio un beso", chistó. "Ella no suele hacer eso, créeme".

Tina probablemente le dijo eso a todos a los que les dio sus hijos.

Yo no era de los que se ponen nerviosos, pero para ser sincero, la dulzura del momento me afectó. Puse al gnomo en brazos de su madre.

"Entiendo de dónde vienes". Se inclinó, colocó a su bebé en el cochecito y se lo abrochó. "Pero esto es un pueblo pequeño. Todo el mundo se conoce. Prácticamente conozco a la mitad de los padres de esta playa desde el instituto. Todo gira en torno a la comunidad, a cuidarse unos a otros y a cuidar de los hijos de todos".

"Podrías habérselo pedido a uno de ellos. Al menos, a alguien que conozcas de verdad".

"Y además", continuó, ignorando mi comentario. "A ti te gusta Jane Austen. Me gusta Jane Austen. Así que sabía que tenías que estar bien".

"Ese tiene que ser el razonamiento más superficial para dejar tupreciado..."

"Trolls". Se rió. "Por cierto, ¿has terminado ya con el libro? Todavía tengo que leerlo para mi club de lectura".

Estaba tan segura de sí misma que no pude evitarlo. "Sí, puedes quedártelo. ¿Dónde puedo dejártelo?"

Primero, tenía que recuperarlo de Reed, sin embargo.

Me dijo su dirección, que estaba muy cerca de aquí. Le dije que intentaría dejárselo en la puerta en los próximos días.

El mayor echó a correr por la playa hacia el agua y Tina sacó el cochecito del sendero y lo llevó a la arena. Cuando nos separamos, parecía que éramos las mejores amigas.

El último rubor del atardecer se desvanecía y la oscuridad se acercaba rápidamente. A pesar de ello, nadie estaba dispuesto a abandonar la playa.

Reed y yo subimos la primera docena de escalones hasta un rellano en el puente peatonal que conectaba la playa de T-Street con el barrio del acantilado. Desde aquí arriba, podíamos observar las maniobras de los surfistas. Me gustó ver a los hijos pequeños de Tina entrando y saliendo descalzos del agua.

Mezclados con los hombres y mujeres fuera del agua, observé a bastantes adolescentes y a algunos surfistas sorprendentemente jóvenes cabalgando las olas.

"¿A qué edad crees que empiezan a enseñar a sus hijos a surfear?" Le pregunté a Reed.

"No me sorprendería que la mayor de Tina ya fuera surfista. Mírala", dijo Reed, señalando a la niña con la cabeza.

En la arena había una tabla de surf y ella estaba estirada sobre ella. Mientras la observaba, hizo un movimiento suave y rápido como un relámpago, pasando de estar tumbada sobre la tabla a ponerse de pie. Cuando puso los pies debajo, se agachó ligeramente, con el cuerpo completamente equilibrado. Era el reflejo de los surfistas en el agua.

"Está practicando su pop-up. Esto ayuda a mejorar la velocidad y la eficacia a la hora de subirse a la tabla una vez en el agua. Harás mucho de eso mañana".

"Parece un poco difícil".

Sonrió. "Puedes manejarlo".

Mientras permanecíamos allí, las palabras de Tina resonaban profundamente. Había conversaciones entre los grupos sentados en la arena. Todos parecían conocerse. Se había formado un pequeño grupo alrededor de una hoguera, y el olor a leña y a mar era embriagador. Cerca de allí, reparten cajas de pizza. Sólo allí había comida suficiente para alimentar a la mitad de las familias de surfistas de la playa. Lo que había sido un animado partido de voleibol se interrumpió con la luz menguante, y los jugadores y curiosos se unieron al grupo de la pizza y al de la hoguera.

Junto a Reed, vi un vibrante espíritu comunitario. El ruido constante de las olas no hacía más que subrayar la profunda conexión que existía entre el mar y sus habitantes.

Reflexionando sobre lo que había aprendido de esta ciudad antes de llegar y comparándolo con mi experiencia actual, me di cuenta de que San Clemente estaba realmente a la altura de su reputación. Esta ciudad era un lugar feliz, un paraíso para las familias. Además de su estilo de vida playero y tranquilo - "chill", como lo describió el dependiente de una tienda en Del Mar-, tenía un tejido comunitario en el que la familia y el surf estaban unidos. Había oído repetir esa descripción muchas veces a lo largo de los años, y su verdad resonaba ahora con claridad.

"De nuevo, estoy impresionado", dijo Reed, volviéndose hacia mí.

"Empiezo a pensar que te impresionas fácilmente".

"No. Lo digo en serio."

"Vale, picaré. ¿Impresionado por qué?"

"Cómo manejaste la situación". Miraba a Tina y a sus gnomos, que ahora estaban con sus

amigos junto a la hoguera. Su marido, aún en traje de neopreno, les llevaba trozos de pizza.

Sacudí la cabeza. "Eso no fue una crisis. Esos dos pequeños alborotadores sólo estaban jugando con nosotros".

Su mano buscó la mía y la sostuvo. "Lo has manejado con naturalidad. ¿Tienes mucha experiencia con niños?"

me burlé. "Ninguna en absoluto".

Mi vida se resumía en ser un solitario. No había grandes reuniones familiares. Ni reuniones alrededor de una hoguera en la playa. No había nada parecido. Sólo existía el miedo constante a ser atrapado, y no podía ver ningún cambio de esto en el futuro.

"¿Ni hermanas ni hermanos?"

"No, soy hija única". Dándole la vuelta a la pregunta, le pregunté: "¿Y tú? ¿Alguna experiencia con niños?"

"Soy un experto, ¿no te das cuenta?", fue la respuesta sarcástica.

Tirando juguetonamente de su brazo, le pregunté: "Hora de la verdad. ¿Algún hermano?"

Hizo una pausa antes de responder: "Tengo un hermano mayor y dos hermanas gemelas".

"Vaya, nunca lo hubiera imaginado. ¿Eres cercano a ellos?"

Respondió con un indiferente encogimiento de hombros: "¿Cómo describirías lo cercano?".

"¿Los ves? ¿Hablas con ellos? ¿Os juntáis?"

"Mi hermano y yo trabajamos todo el tiempo. Intentar encontrar el momento que funcione para todos es siempre un reto". Algo se suavizó en su expresión. "Pero nos caemos bien. Yo me llevo especialmente bien con mis hermanastras".

"La mitad, ¿cómo?"

"Mi padre se casó de nuevo después de que mi madre falleciera".

Conocía a la familia de Reed antes de llegar a San Clemente y hoy he aprendido aún más. Sin embargo, su lado emocional y su franqueza sobre su familia me pillaron desprevenida. Su honestidad fue inesperada.

"Siento mucho lo de tu madre. ¿Cuándo ocurrió?"

"Hace años".

"¿Pero tienes recuerdos de ella?"

"Claro. Tenía diez años cuando murió".

Independientemente de cómo me sintiera al no tener una familia numerosa, apreciaba tener a mis padres cerca. Aunque la sociedad enfatizaba el valor de los lazos familiares extensos, yo sabía que la calidad de nuestra conexión importaba más que la cantidad de hipotéticos hermanos o primos.

"¿Perdiste a tu madre en un accidente?"

"Cáncer". Apretó las mandíbulas, me soltó la mano, se apoyó en la barandilla metálica y contempló la oscuridad durante un instante. Cuando volvió la cara, su expresión se había vuelto pasiva, impenetrable.

Las emociones que me había dejado entrever de su pérdida estaban ahora bajo control. La suavidad que había aflorado brevemente había desaparecido. Lo que quedaba era una expresión cautelosa que no mostraba ningún indicio del dolor que aún sentía. Y entonces, incluso esa mirada defensiva desapareció. El Reed tranquilo había vuelto.

"Mira, los surfistas nocturnos están haciendo sus carreras", anunció, observando las olas.

Había oscurecido bastante. Las estrellas empezaban a iluminar el cielo, como diamantes brillantes sobre el azul profundo.

Casi todas las familias con niños se habían ido, y los surfistas más acérrimos que quedaban

llevaban collares, muñequeras y tobilleras de colores que brillaban en la oscuridad. Incluso sus tablas de surf estaban adornadas con ellos. Busqué a mi nueva amiga Tina. Ella y sus hijos también habían desaparecido.

"¿Cuál es la diferencia entre el surf diurno y el nocturno?". le pregunté a Reed.

"Durante el día, obviamente tienes mejor visibilidad. Puedes ver las olas, calibrar su tamaño, forma y dirección más fácilmente".

"Supongo que es crucial para los principiantes".

"Por supuesto. Y también es importante porque tienes más ojos puestos en ti".

"Asegurándome de que no me ahogo", dije con una sonrisa irónica.

"Exactamente."

"Entonces, ¿cuál es el atractivo del surf nocturno?". le pregunté.

"La emoción, supongo", admite Reed. "Pero también tiene algo de meditación, de zen. Estás ahí fuera, en la oscuridad, a veces solo. No hay límites entre el océano y la inmensa bóveda celeste. Puedes oír las olas rompiendo en la orilla, pero estás casi protegido sentado en tu tabla más allá de ellas. Y el oleaje sube y baja debajo de ti, levantándote y bajándote. Es una sensación poderosa".

Le pinché en el pecho. "Hasta que un tiburón le dé un buen mordisco aquí mismo".

Se movió con rapidez y, antes de que me diera cuenta, me tenía estrechamente abrazada. Su velocidad y su fuerza eran impresionantes. Yo había empezado. Pero aún así, la repentina cercanía me tomó por sorpresa. Y, aún más sorprendente, me pareció tan natural.

Me gustaba Reed, más de lo que quería.

Pero él no sabía nada de mí. No sabía nada de todas las formas en que planeaba trabajar contra él. Le desafiaría, lucharía contra él, incluso le mataría si fuera necesario. En esta situación, no había reglas de juego limpio. La honestidad no jugaba ningún papel.

Tenía que ser así. Tenía que ganar.

Incluso con todo eso en mente, el fuerte abrazo de Reed se sentía como un escudo. Era irónico, pero me hacía sentir segura ante el caos que sabía que se avecinaba. Caos del que yo sería responsable.

Pero a pesar de todo, en ese momento, todo lo de fuera se desvanecía. Estábamos los dos solos en nuestro pequeño mundo.

"Gracias por dejar a tu amigo y salir conmigo".

Estuve a punto de soltar un comentario ingenioso y alejarme.

Necesitaba crear cierta distancia antes de que esto se transformara en algo romántico. La idea de tener sexo con alguien a quien podrías tener que matar en los próximos días me parecía un poco incómoda. No iba a volver a su casa. Ahora que sabía quién era, no íbamos a tener sexo de nuevo. Nunca.

Pero nuestras miradas se encontraron, y me encontré inclinándome más cerca. El aire nocturno nos rodeaba, y la brisa marina y el sonido de las olas llenaban mis sentidos. Me cogió suavemente la cabeza, la inclinó y su boca rozó la mía.

La chispa entre nosotros era tan condenadamente perfecta. Debo haber hecho un sonido que él tomó como permiso. Tal vez lo fuera. Me besó con hambre, explorando mi boca.

Sentí que la presión aumentaba en mi interior y rompí el beso.

"Reed... tengo que volver", murmuré.

"Lo sé. No puedo pensar con claridad cuando estoy contigo", confesó, apoyando la frente en la mía. "¿Cuándo puedo volver a verte?"

"Vas a enseñarme a hacer surf mañana. ¿Te acuerdas?"

"Oh, sí. Mañana. ¿Tenemos que esperar tanto?"

Sonreí y me solté de sus brazos. En ese momento, una voz gritó desde la carretera, más allá de la pasarela metálica que había sobre nosotros.

"Todavía lo tengo. Tu bolso. Me la quedo".

La oscuridad ocultaba al orador, pero ambos sabíamos quién era. El hombre extraño del aparcamiento de Del Mar.

"¿A qué viene eso?" le pregunté. "¿Cuál es el problema con esta bolsa?"

Reed negó con la cabeza y me llevó de vuelta por los escalones hasta el sendero de la playa. "No tengo ni idea, pero no voy a preocuparme por eso".

Sin embargo, por el ceño fruncido que levantó hacia el acantilado, pude ver que no estaba del todo contento.

Capítulo Nueve

Reed

EL SOL del mediodía proyectaba un resplandor brillante sobre la playa de Doheny en Dana Point, pintando una escena pintoresca a lo largo de la costa del sur de California. El cielo era de un azul vibrante, impoluto de nubes, y el aire estaba impregnado del vigorizante aroma del agua salada.

De pie en la arena blanca y cálida de la orilla, contemplé las playas, los acantilados y el agua resplandeciente hasta llegar al muelle de San Clemente. A mi derecha, el rompeolas artificial del puerto deportivo de Dana Point ofrecía un tramo de playa perfecto para una surfista principiante como Avalie.

Ahora mismo, había surfistas en sus tablas hasta donde yo podía ver, pero había una pequeña congregación de novatos cerca de donde estábamos.

Habíamos quedado en vernos delante de mi casa esta mañana y Avalie apareció con un bañador prestado por uno de sus vecinos. Nos he traído desde San Clemente en mi coche con las tablas de surf atadas al techo.

Durante la hora siguiente, se convirtió en la mejor alumna, superando todos los ejercicios de calentamiento que le propuse en la playa. Creo que debe haber practicado el movimiento pop-up después de ver a esa niña hacerlo en la playa la noche anterior, porque lo hizo con la agilidad de una profesional de las artes marciales.

"Necesitaba un descanso", dijo, con los pies descalzos hundidos en la arena mientras caminaba desde los baños del parque estatal.

"¿Qué te parece si intentamos coger una ola?"

"Definitivamente".

Me até la correa de la tabla al tobillo y ella me observó.

"Oh, me preguntaba. ¿Por qué venir a Dana Point? Es sólo un par de millas de San Clemente. Pero esa playa donde estuvimos anoche, T-Street, ¿por qué no ir allí?"

"El rompiente largo y consistente de las olas aquí es perfecto para los principiantes. Además, al haber menos gente repartida en una zona amplia, hay menos posibilidades de colisiones".

"Me he pasado una hora repasando todos esos ejercicios, ¿y todavía me llamas novata?". Sonrió.

"A ver qué tienes". Recogí mi tabla de surf. "¿Listo?"

Una vez que se aseguró la correa al tobillo, Avalie cogió la tabla y se puso a estudiar las olas rompientes. Si no hubiera sabido que era nueva en el deporte y que todo lo que sabía era de

nuestra lección de la mañana, podría haberla confundido con una experta lista para patear traseros.

"Competitivo, ¿verdad?"

"¿Se nota?" Sonrió.

Nos metimos en el agua y la ligera brisa que soplaba desde la costa nos permitió practicar un surf excelente.

"Lo primero es lo primero. Vamos a remar y a ponernos cómodos en la tabla". Me estiré sobre la tabla y le enseñé la técnica de remo, levantando la cabeza mientras mis brazos me arrastraban por el agua.

Siguió mis movimientos, permaneciendo a mi lado. No estábamos lejos de la orilla cuando una ola rompió sobre su cabeza. Salió a la superficie sonriendo.

"Remar es crucial. Te lleva a la rompiente, la zona donde elegimos nuestra ola y despegamos. Sólo recuerda, lento y constante para empezar", le dije. "La remada rápida y dura llega cuando cogemos la ola".

Avalie asintió y me siguió.

"Ahora, una vez que estamos ahí fuera, todo es cuestión de posicionamiento. ¿Ves esas olas formándose a lo lejos? Queremos coger una justo cuando empiece a llegar a su punto álgido", expliqué, señalando una serie de olas que se acercaban.

"¿Cómo sé por cuál decidirme?"

"Observas las olas que se acercan. Quieres coger una ola antes de que se ponga demasiado empinada. Espera a que empiece a formarse una y, cuando te decidas, rema fuerte y súbete a la tabla".

Nos sentamos en nuestras tablas, Avalie estudiaba las olas y yo no podía dejar de mirarla. Con el pelo mojado hacia atrás, la cara iluminada por la emoción, estaba absolutamente impresionante.

"Aquí viene uno", gritó, llamando mi atención hacia el mar.

Cuando la ola nos alcanzó, le di un suave empujón mientras remaba. Un momento después, se puso de pie, intentando encontrar el equilibrio. La ola la levantó y, durante unos segundos, cabalgó sobre la superficie antes de caer de lado sobre la tabla.

Se estaba riendo a carcajadas cuando salió a la superficie. "Bueno, eso no salió como estaba previsto."

"¡No te preocupes! Ha sido un gran primer esfuerzo. Ya le cogerás el tranquilo. Volvamos a remar e intentémoslo de nuevo".

Pensé que probablemente le llevaría una docena de intentos o más conseguir mantener el equilibrio sobre la tabla durante algún tiempo. Pero me equivoqué. La segunda vez que cogió una ola, lo único que pude hacer fue mirarla y admirarla. Se colocó hábilmente sobre la tabla, como si encontrar el equilibrio fuera lo más natural del mundo. Sus movimientos eran fluidos, seguros. Cabalgó la ola hasta que, al romperse a su alrededor, se impulsó y se dejó caer sola.

Avalie remó de nuevo, claramente emocionada. Los siguientes trayectos fueron casi igual de buenos, si no mejores. El viento arreciaba y el oleaje crecía. Vi el momento en que ella divisó la oportunidad perfecta, una pared de agua creciente con un pico prometedor. Nuestra posición parecía ideal. Remando con fuerza, se impulsó hacia delante, levantándose sin esfuerzo y cogiendo la ola en su punto álgido.

Mientras se deslizaba por la cara de la ola, su forma era impecable. Era como si ella y el océano estuvieran en perfecta armonía. A medida que se acercaba a la orilla, trazaba una serie de gráciles giros, cabalgando el oleaje con delicadeza antes de dar una patada y hundirse en el agua.

"Hostia puta", dije en voz baja.

Monté la siguiente ola, pero nada de lo que hacía la igualaba. Alcancé a Avalie en los bajíos de la playa.

"¿Me estabas tomando el pelo con lo de enseñarte a surfear? Podrías enseñarme a mí".

"¡Ja!", se rió. "Te lo dije anoche. No tengo paciencia. Eso me hace aprender rápido".

Recordé la anécdota que me contó sobre su reticencia a aprender a montar en bicicleta, ya que creía que tenía que hacerlo a la perfección desde el primer intento.

Avalie se aferró a su tabla, pero no salió del agua. Señaló con la cabeza hacia la playa. "¿Conoces a ese tipo que está sentado cerca de nuestras cosas? ¿El del polo negro y pantalones caqui?".

Vaughn. ¿Qué coño estaba haciendo en la playa, observándonos?

"Sí, lo veo. ¿Qué pasa con él?"

"Ha estado dando golpecitos todo el tiempo que hemos estado aquí. Incluso lo vi cerca de los baños cuando salí. Me estaba echando unas miradas bastante espeluznantes".

"Ahora vuelvo", le dije, sacando la tabla del agua y dejándola en la arena, cerca de la orilla.

Aparte de los pantalones y la camisa, Vaughn llevaba mocasines pulidos sin calcetines. Aquí destacaba como un pulgar dolorido, pero no habría estado fuera de lugar en la cubierta de un barco con un cóctel en una mano. Lo único que le faltaba era una gorra de capitán.

"Un poco mal vestido para la playa. ¿No crees?"

"Creo que me veo bastante bien, ¿no?"

"Sí, siempre he tenido debilidad por las borlas en los zapatos".

Se me pasó por la cabeza la idea de que tuviera información sobre Avalie o sobre el dispositivo que le había pedido que rastreara. Al mismo tiempo, me cabreaba que expusiera el vínculo que nos unía.

"Sabes cómo contactar conmigo, Vaughn, y no es aquí".

"¿Quién dijo que estaba aquí por ti?"

"Vale, ¿entonces por qué estás aquí?"

"Esta no es una playa privada. De hecho, no hay playas privadas en California. Pero tú no lo sabrías. Sólo vienes navegando a través del tiempo para hacer un trabajo. Estás aquí una semana y te vas la siguiente. Así que deberíamos aclarar esto. Esta es mi ciudad. Mi playa. Mi territorio".

Este tipo estaba empezando a meterse bajo mi piel. "¿Qué coño estás haciendo aquí?"

"Cuida tu lenguaje corporal, vaquero. Tu novia te está mirando".

Miré por encima del hombro. Avalie estaba sentada en la arena junto a nuestras tablas.

"Habla, Vaughn. No tengo tiempo para esto".

"Es una nena, pero ¿qué ha pasado con todas esas nuevas reglas que los grandes jefes les meten por la garganta a los facilitadores cada dos semanas? Díganme si me equivoco, pero creía que estaban pensadas especialmente para ustedes. Yo, como jugador de equipo que soy, las estudio detenidamente y luego las archivo como referencia".

Ahora, estaba trabajando duro para mantener la calma. En unos cinco segundos, iba a dejar a este payaso con el culo al aire.

Sabía de lo que hablaba. Había directrices... bueno, normas que prohibían a los saltadores entablar relaciones de alto riesgo o involucrarse demasiado con los lugareños. Sin embargo, como agente experimentado con un expediente perfecto y el respaldo de una familia dentro de la organización, no tenía por qué recibir órdenes de un controlador.

"No tienes nada mejor que hacer, ¿es eso? ¿Tu trabajo es espiarme?"

"No. Espiar está por debajo de mí. Yo superviso. Facilito. Me aseguro de que las misiones no

se descarrilen". Vaughn se levantó. "Pero como mencioné antes, te guste o no, vivo en 2023, aquí en el soleado sur de California. Si no te emociona que esté aquí, mirando el océano y... casualmente, debo añadir... viéndote a ti y a tu novia haciendo el amor, bueno, eso es cosa tuya. Dado que este tramo de diez millas de playa no es lo suficientemente grande para nosotros dos, os dejo con ello. Cuidado con los tiburones, amigo".

Cuando Vaughn giró hacia el aparcamiento que bordeaba la playa, tuve la tentación de aclararle que Avalie no era mi novia, pero no iba a gritar tras él. Además, sería una pérdida de tiempo. Vaughn interpretaría las cosas a su antojo.

Mantuve la mirada fija en él hasta que desapareció de mi campo visual, dándome tiempo para calmarme.

Cuando volví la vista hacia Avalie, vi que había vuelto al agua. Cogí mi propia tabla y me adentré en el océano para unirme a ella justo cuando cogía otra ola con destreza, la cabalgaba sin esfuerzo y la pateaba cuando estaba a unos metros de mí.

"¿Conocías a ese tipo?", me preguntó mientras remábamos juntos.

"Desgraciadamente".

"¿Un amigo tuyo?"

Negué con la cabeza. "No, un empleado local descontento".

"¿Molesto porque te tomaste el día libre?"

"No. Está preocupado por perder su trabajo."

"¿Debería estar preocupado?"

"No, la oficina central se ocupa de los empleados que llevan mucho tiempo haciendo su trabajo".

"¿Hablarás bien de él?"

"Sí. Estará bien".

"¿Así que tienes tanta influencia?"

"¿Pensando en solicitar un trabajo?" Bromeé.

"Tal vez. Nunca se sabe", dijo con indiferencia.

Luego, sin dudar, giró su tabla y cogió la siguiente ola.

Capítulo Diez

Avalie

NO HABÍA FORMA DE EVITARLO. Me sentía desgarrado. Peor que desgarrado. Básicamente, estaba jodido.

Aquí estaba un hombre al que podría tener que matar en los próximos días. Y, sin embargo, cuanto más tiempo pasaba con Reed, más me atraía. No ayudaba en absoluto a la situación el hecho de que fuera considerado, divertido, romántico y, admitámoslo, innegablemente genial en la cama. Nunca pensé que pudiéramos tener una relación de verdad.

La realidad era, sin embargo, que este tipo de pensamiento era una señal de alarma en sí misma. Había serios problemas por delante, lo mirara como lo mirara.

Estaba aquí para salvar a la gente. Él estaba aquí para eliminarlas. Nuestras intenciones nos colocaban en oposición directa. Yo volví a tiempo para proteger. Él volvió con la misión de matar. No tenía ninguna duda de que ambos estábamos dispuestos a matar para cumplir lo que habíamos venido a hacer.

Entonces, ¿por qué tenía que gustarme?

Sí, básicamente jodido.

Dejé a Reed descargando el coche en su casa y subí por la carretera hasta mi apartamento. La cómoda excusa de tener que volver con mi amigo imaginario Pat seguía funcionando. Mi única promesa era que le llamaría o le enviaría un mensaje de texto mañana.

No le mentí cuando le dije que estaba agotado. A pesar de estar en buena forma física, la emocionante pero exigente experiencia del surf me había dejado totalmente agotado. Las olas, el remo, la necesidad constante de concentración y equilibrio habían hecho mella en mi cuerpo más de lo que había previsto.

También tenía el moratón palpitante en el costado que había intentado ignorar todo el día. Y ahora la zona estaba muy sensible.

La llamada de Payam llegó cuando estaba a una manzana de mi apartamento.

"Te llamé tres veces. Te envié cinco mensajes de texto. ¿Qué obtuve? Silencio de radio. ¿Qué pasa con eso?"

Eché un vistazo a mi teléfono y vi las llamadas perdidas y los mensajes. "Sí. No llevaba el teléfono encima".

"¿Por qué no?"

"Estaba en el agua, probando suerte con el surf".

"¿Con el mismo follamigo o encontraste uno nuevo?"

"Sabes, no me gusta mucho tu tono", espeté, sintiendo algo más que un toque de irritación. "En realidad no es tu responsabilidad vigilarme o hacer preguntas sobre eso".

En el pasado, había permitido y probablemente fomentado una relación relajada con Payam. Siempre había implicado algunas bromas juguetonas. Pero con Reed en la imagen, las cosas se sentían diferentes.

"Oh, culpa mía", Payam sonó ligeramente arrepentido, aunque podría haber sido sarcasmo.

Decidí tomarlo como lo primero. "Todo bien. Entonces, ¿qué pasa? ¿Qué estaba tan caliente que me necesitabas urgentemente?"

"Tengo una nueva persona con la que puedes hablar", me dijo Payam.

Subí los escalones, con la llave en la mano. "¿Cómo que nuevo? Tengo previsto hablar con Judy Serra dentro de una hora. No necesito hablar con nadie más".

"Esto tiene que ver con cierta información que intercepté con respecto a su fu-" Payam hizo una pausa. "Quiero decir, con respecto a Reed Michael."

"Espera."

Empujé la puerta y entré en el apartamento. Aún sentía el sabor de la sal del mar en los labios. Necesitaba meterme en la ducha. Sin embargo, al mirar el sofá, sentí que me invadía una oleada de cansancio. Quizá lo mejor sería tumbarme unos minutos. Me hundí en los cojines y levanté los pies. Ni siquiera el olor a humedad de la tapicería me molestó.

En lo más recóndito de mi mente, asomó una punzada de duda. Así que había más cosas sobre Reed que no sabía, aspectos que aún no había descubierto. Tal vez, en el fondo, no quería saber más. Manejar la situación ya era bastante difícil. No necesitaba que fuera más complicado.

"Adelante".

"He sabido que hay un testigo de la llegada de Reed aquí. Hay pruebas de que tiene en su poder objetos que serían desastrosos si cayeran en las manos equivocadas. Y por manos equivocadas, me refiero a cualquiera en esta década".

Al instante, me vino a la mente la imagen del viejo vagabundo que encontramos en el aparcamiento de Del Mar el domingo. Anoche todavía se burlaba de Reed en la playa.

"El viejo con una bolsa perteneciente a Reed."

"¿Lo sabes?" preguntó Payam, sorprendido.

"Lo tengo. De hecho, le oí presumir de tenerla. No estaba seguro de si era verdad o si estaba alucinando. A Reed no parecía preocuparle demasiado".

"Inteligencia dice que hay armas en la bolsa".

"De ninguna manera."

"Sólo puede ayudarnos si los confisca antes de que el agente asesino contacte con el hombre".

Teniendo en cuenta lo que ya sabía de Reed, dudaba que cometiera un error de novato. No, tenía experiencia. Su historial era impecable. "Tu información es errónea. No hay nada de esto."

"Así que te dejas llevar por tus instintos sobre el hombre, un agente asesino con el que te acostaste sin querer. ¿Sabes lo irracional que es eso? Sólo soy el asistente aquí, pero incluso yo sé que eso está mal. Por lo que sabemos, esta supuesta *persona de la calle* podría ser parte del equipo de apoyo del asesino. Además, no encontramos nada en los archivos que diga que *sólo* una persona fue enviada de vuelta para..."

Las palabras de advertencia de Payam siguieron sonando de fondo mientras asimilaba la realidad de lo que me estaban diciendo.

Era un novato en mi primer salto cuántico, pensando que tenía todas las respuestas. Si dejaba

que mis sentimientos se interpusieran, el resultado podría ser desastroso. Lo que estaba en juego no podía ser mayor.

Por supuesto, había tenido que tomar la decisión precipitada de meterme en esto si quería desbaratar la misión del asesino. Y había tenido muy poco tiempo para formarme una opinión sobre el carácter de mi adversario o incluso sobre la mejor manera de manejar la situación. Conectar con él lo había fastidiado todo. Literalmente.

No es una gran situación. Para nada buena.

En resumidas cuentas, podría estar sobrepasado. No es que tuviera elección. Pero esa era la realidad.

Interrumpo el monólogo de Payam. "¿Crees que debería hablar con este hombre?"

"Eso podría ser todo lo que hace falta", explicó mi ayudante. "Si este tipo está en la indigencia, podría desprenderse de las armas por algunos de sus dólares. En cualquier caso, una vez que te pongas en contacto con él, podrás decidir el mejor curso de acción. Pero no deberías demorarte".

"De acuerdo", exhalé bruscamente, con la frustración evidente en mi voz. La impulsividad, los cambios repentinos de planes y las situaciones de última hora no eran mi fuerte. "¿Tienes su ubicación?"

"De momento, no". Payam hizo una pausa, y por un momento pensé que se había ido.

"Hola, ¿estás ahí? No te me pongas glitchy".

"Estoy aquí. No te pongas así. Parece que vuelve al mismo sitio cada noche. Después de la hora de cierre".

"¿Qué quieres decir con hora de cierre?" pregunté.

"Algunos de los restaurantes de Del Mar y El Camino reparten comida a los indigentes a través de las puertas de sus cocinas cuando están a punto de cerrar", explicó Payam. "Te envío las coordenadas de donde duerme".

Mi teléfono zumbó y me pidió que abriera el mapa que Payam me había enviado. Cuando amplí el mapa, mi ayudante me dio más información.

"Es una zona degradada que los lugareños llaman el Gueto del Surf".

Habiendo examinado previamente el trazado de San Clemente y sus diferentes barrios, reconocí la sección.

"No hay problema. No he estado allí, pero lo conozco".

Cuando investigaba sobre la ciudad, llegué a leer un artículo sobre el Gueto del Surf. Estaba situado en el extremo norte y se destinó originalmente a pequeños comercios e industria ligera cuando se planificó San Clemente en 1925. El gueto aún conserva muchos de sus edificios originales de bloques de cemento y acero corrugado. Estas estructuras se diseñaron inicialmente para talleres mecánicos, chapisterías y reparación de automóviles y embarcaciones.

Muchos de los edificios originales seguían allí, pero el trabajo que se realizaba en ellos había cambiado. A partir de los años sesenta, la comunidad de surfistas fue ocupando poco a poco los edificios. Además de ser lugares baratos para vivir, los garajes se transformaron en tiendas para construir, reparar y vender tablas de surf. Incluso ahora, según el artículo, los talleres se dedican a la fibra de vidrio, la carpintería, la metalurgia y la reparación de automóviles y muebles.

La sección era orgullosamente dura, obrera y trabajadora.

"Pero allí no hay cámaras de seguridad en la calle", añadió Payam. "Así que no te seré de mucha ayuda".

"Estaré bien."

"Tú eres el jefe. Avísame si necesitas algo antes de ir para allá".

Terminé la llamada con Payam y miré el reloj de la pared antes de hacer la siguiente llamada. Como esperaba, respondió la voz de una mujer joven.

"¿Judy?"

Ya sabía mucho sobre ella. Una cerebrita de veintiún años con la misión de descifrar el código cuántico. Investigaba en el Caltech de Pasadena, California. A la niña prodigio del doctorado no le gustaban las fiestas. Estaba metida de lleno en la física cuántica, desentrañando los secretos del universo.

Mientras sus compañeros socializaban, Judy se dedicaba a los rompecabezas de partículas y a observar las estrellas. Tras diez minutos de conversación, ya me di cuenta de que no era la típica genio. Era accesible, tenía los pies en la tierra y estaba dispuesta a charlar.

Mis investigaciones previas me habían dicho que Judy estaba a punto de hacer algo enorme con su proyecto. No se trataba solo de teorías, sino de una tecnología que podría sacudir la física cuántica.

Pero la genialidad tenía un coste, y Judy se esforzaba por financiar su avance.

Y ahí fue donde mi personaje ficticio encajó con ella. Ahora no solo me estaba vendiendo como redactor freelance de revistas técnicas, sino que le había dicho que también era un hábil redactor de subvenciones con conexiones clave entre las comunidades técnica y financiera.

Al atender mi llamada, supe que ya había leído el correo electrónico que le envié y que me había examinado por mis credenciales y por los proyectos de éxito que había facilitado.

Me caía bien. Pero lo más importante es que yo le caía bien y veía cómo podía ayudarla.

El punto clave de nuestra conversación fue que yo conocía a un millonario de la tecnología que estaba forrado de pasta y dispuesto a respaldar su proyecto a lo grande. Ella estaba encantada con la perspectiva. Quedamos el jueves y le di la dirección. El escenario estaba preparado para su presentación al inversor.

Terminé la llamada y me dirigí al baño. El tiempo pasaba y había mucho que hacer antes de reunirme con Judy. Cuando estaba a punto de abrir la ducha, mi móvil emitió un mensaje de Reed.

- *Gracias por venir hoy*

Mis dedos vacilaron sobre la pantalla, sopesando si responder o no.

- *Nunca he visto a nadie practicar este deporte como tú. Te adaptaste al surf como pez al agua.*

No pude evitarlo. Mis dedos volaron sobre las letras.

- *Me alegro de que no uses clichés para elogiar a la gente*

- *Jaja. Pero lo dije en serio*

- *Tuve un buen profesor. Gracias. Hoy fue divertido*

- *¿Le dijiste a Pat lo de mañana*

- *¿Y mañana?*

- *Estás listo para surfear por la calle T. Ee puede conseguir un comienzo temprano*

Al mirar mi reflejo en el espejo del baño, me doy cuenta de la sonrisa bobalicona que se me dibuja en la cara. Maldita sea. No iba a permitirlo.

- *No puedo hacerle eso a mi amigo dos días seguidos.*

- *Entonces, ¿qué tal el surf nocturno? Puedes salir a jugar después de su hora de acostarse.*

- *Hmmmmmm*

- *¿Recuerdas las ondas bioluminiscentes de las que te hablé...*

¿Cómo pudo deletrearlo tan rápido? Apenas podía pronunciarlo.

- *Hablemos mañana*

Puse el teléfono boca abajo sobre la encimera y abrí la ducha.

Mientras el agua caliente me acariciaba la piel, supe que tenía que afrontar la realidad de mi relación con Reed. Ya habíamos pasado por los mejores momentos. Ahora, no tenía más remedio que prepararme para los peores.

Capítulo Once

Reed

DEJÉ el coche en el aparcamiento de un bar de El Camino y me adentré a pie en un barrio muy distinto de los alrededores de Del Mar o del muelle.

Se me ocurrió que, aunque tenía ganas de ver a Avalie mañana, no creía que le gustara mucho esta parte de la ciudad.

Un revoltijo de edificios industriales destartalados bordeaba la única carretera que atravesaba el barrio, y desde allí partía un laberinto de calles más pequeñas y callejones oscuros en todas direcciones. Los solares entre los edificios estaban sembrados de maleza, contenedores de transporte dañados, viejos barcos y maquinaria de construcción sobre bloques, y chatarra oxidada de coches y camiones antiguos. La niebla que había entrado olía a acero quemado, humo de gasóleo, pintura, agua estancada y otros olores que no podía identificar.

Por muy maltrecho que pareciera el barrio, estaba claro que era un lugar donde los negocios seguían funcionando. Todos los edificios parecían tener un cartel colocado junto a las puertas de los garajes que daban a la calle y a los callejones. Varios tenían coloridas tablas de surf montadas sobre las puertas de acero, y muchos de los edificios tenían delante viejos bancos y sillas de tronco, donde sin duda los propietarios se sentaban a fumar y a rememorar aquellos pasados años dorados que probablemente nunca existieron.

Pasé por delante de un bar cerrado a cal y canto, aunque aún no era medianoche. Mientras caminaba a lo largo de una oxidada valla metálica, un perro del tamaño de un pequeño Clydesdale se materializó desde la turbia luz del otro lado. No ladró, pero me miró con recelo mientras me seguía paso a paso. Sus pelos levantados me indicaron que no buscaba amigos. No me acerqué lo suficiente como para perder una pierna.

Cuando llegué al lugar que buscaba, descubrí que se trataba de un depósito de chatarra rodeado por una valla rota en media docena de sitios a lo largo de la carretera. Dentro, el solar estaba apenas iluminado por una luz zumbante conectada a la pared de una destartalada cabaña de madera del tamaño de un sello de correos. Bajo la luz colgaba un cartel descolorido que indicaba "Oficina". Una cadena y un candado mantenían cerrada la puerta de la oficina, pero la ventana adyacente estaba hecha añicos, con huecos donde antes había cristales.

A pesar de las secciones de valla que faltaban, una puerta de entrada para vehículos también tenía una cadena cerrada con candado. Sin duda, era para evitar que los camiones entraran y se llevaran los tesoros oxidados del patio.

Miré a mi alrededor. No parecía haber vida en la calle ni en ninguno de los edificios circundantes. Esta parte de la ciudad estaba más silenciosa que un cementerio de elefantes. Me metí por uno de los agujeros de la valla metálica y avancé con cautela hacia el patio.

Bombillas parpadeantes en postes de madera marcaban el perímetro del solar. Sus tenues haces apenas llegaban al suelo, dejando grandes huecos negros de oscuridad para dividir los esporádicos charcos de luz. En los postes se habían instalado dos o tres viejas cámaras de seguridad. Pero, a juzgar por los cables que colgaban bajo ellas, era evidente que hacía tiempo que no funcionaban.

Navegué con cautela por el laberinto de maquinaria vial, pilas de acero sobre palés, barriles y chatarra desechada. Mis zapatos rozaban la grava irregular y el pavimento roto. Me acerqué a la oficina del astillero y alumbré con la linterna a través de la ventana rota. La oficina estaba vacía, salvo por un archivador maltrecho, un escritorio de madera con cicatrices, una vieja silla giratoria sujeta con cinta adhesiva y una caja de cartón rebosante de envases de comida para llevar y tazas de café.

Nadie vivía allí.

Con la linterna en la mano, recorro con la vista el patio cerrado, que no es muy grande. No había ninguna tienda ni choza improvisada que pudiera ver. En un rincón sombrío de la parte trasera de la propiedad, había un viejo velero sobre bloques cerca de un par de contenedores oxidados. El exterior estaba cubierto de pintadas, rodeado de restos de madera y maleza.

En medio del caos, no sabía exactamente dónde debía reunirme con mi interlocutor. Tal vez debido a la niebla, un inquietante silencio envolvía el espacio, agudizando mi sentido de la conciencia. No creía haber llegado pronto. No había nadie a mi alrededor.

Mi mirada volvió a posarse en los contenedores. Las dos puertas del fondo estaban giradas hacia fuera y una de ellas estaba parcialmente abierta. Con el mayor sigilo posible, crucé el patio hasta ellos.

A tres metros de la puerta abierta, vi un destello de luz en el interior.

No estaba aquí para pillar a nadie por sorpresa. No tenía ningún interés en causar disturbios. Mi información indicaba que me esperaban.

"Hola", grité al acercarme. "Me estás esperando".

Silencio.

"Vi una luz. Sé que estás ahí".

Saqué mi linterna y la alumbré. Había un carrito de la compra y un montón de trastos apilados como una barricada a media altura. Más allá, vislumbré montones de ropa y mantas cerca del otro extremo.

No quería atrapar al tipo ahí dentro.

"Puedo esperar aquí fuera si quieres", grité.

De repente, se oye un fuerte golpe en la parte trasera del contenedor. Sonó como si algo golpeará con fuerza contra una pared.

Sin pensarlo, entré, dirigiendo mi luz hacia el sonido.

El atacante esperaba detrás de la otra puerta y se abalanzó sobre mí con rapidez, pero conseguí echarle un rápido vistazo a la cara. Extendí la mano para rechazar la agresión.

"¿Avalie?" solté, aturdido por el inesperado encuentro. Pero antes de que pudiera asimilarlo del todo, sentí que un puño de hierro me agarraba la muñeca. En una fracción de segundo, me dieron la vuelta. Tras golpearme contra la pared, caí de bruces, sin aliento.

Me quedé allí tumbada sólo un momento, intentando respirar y encontrarle algún sentido. Antes de que pudiera moverme, sentí la presión de su inmovilizador contra mi cuello.

Después de eso... nada.

Capítulo Doce

Avalie

ME QUEDÉ MIRANDO A REED. Su linterna yacía en el suelo, proyectando una extraña luz sobre su cuerpo inmóvil.

Mierda. Mierda. Mierda.

Bueno, eso fue inesperado. Su llegada me pilló completamente desprevenido.

Sólo había llegado un par de minutos antes que él. Si hubiera sabido que estaba en el desguace, habría salido corriendo. Sin embargo, en cuanto le oí acercarse al contenedor, mis opciones para escapar se agotaron. Y no tenía dónde esconderme.

Había lanzado un zapato desechado contra la pared del fondo, con la esperanza de atraer a Reed e inmovilizarlo antes de que me viera. Ese plan no había ido a ninguna parte. Me vio y me reconoció inmediatamente.

Agachado a su lado, apunté mi luz a la cara de Reed. Estaba inconsciente. No recordaba cuánto duraba el efecto del inmovilizador con un solo golpe.

"Payam, te necesito", susurré en voz baja, buscando a tientas el teléfono en el bolsillo.

Fue entonces cuando la pesada puerta metálica se balanceó sobre sus oxidadas bisagras. Cuando se cerró de golpe, me abalancé sobre ella, pero demasiado tarde. Un pestillo chirrió y encajó en su sitio desde el exterior. Empujé y pateé la puerta, pero era demasiado tarde.

"Hey, estamos aquí. ¡Abran!"

No sé por qué desperdiicé mi aliento. Alguien nos estaba encerrando aquí a propósito. Dirigí mi luz hacia Reed. Estaba en otro mundo.

Intenté activar mi teléfono por voz. "Llama a Payam."

No hubo respuesta. Recurrí a los mensajes de texto.

- ¡Payam! ¡¡Necesito ayuda!! ¿Dónde estás?

En la pantalla aparece una notificación de error en el envío.

"¡Qué coño!"

Escudriñé el contenedor, buscando frenéticamente otra salida. Había retazos de ropa vieja amontonados por todas partes, y Dios sabe qué se derramaba por las bolsas de plástico. Había una cama improvisada en la esquina trasera. No había ventanas. En lo alto de las paredes había unas pequeñas rejillas de ventilación por las que no me cabía ni la mano.

Varios chasquidos provenían del suelo, cerca del maltrecho carrito de la compra. Alumbré hacia allí, tratando de localizar exactamente el sonido. Me di cuenta de que procedía de una bolsa

situada detrás del carrito.

Cuando me agaché para comprobarlo, me detuvo un fuerte chasquido, como la explosión de un bidón. Un chorro de gas siguió.

Lo primero que pensé fue... *veneno*. Me tapé la boca y la nariz con el cuello de la camisa y retrocedí.

¿Quién podría ser el responsable de esto? Payam insistió en que localizara al vagabundo del aparcamiento. Parecía que Reed tenía una razón para contactar con la misma persona. La conexión entre ellos era un rompecabezas que no podía permitirme resolver ahora.

Independientemente de la sustancia tóxica liberada, si resultaba ser nociva, estábamos en serios problemas. Atrapados en este contenedor, encontrar una salida parecía imposible en nuestra situación actual.

Aun así, nadie iba a encontrarme muerto o desmayado. No dejaría que eso ocurriera. Tenía que salir de aquí... y sabía cómo.

Concedido, yo era un novato en esto. Clase de 2079. Había sido admitido en el programa de viajeros cuánticos hace sólo seis semanas. Todavía no había completado todo el régimen de entrenamiento. Sólo después de graduarme me asignarían a una sección: Asesino, Guardaespaldas, Escribano Guardián, Tecno, Industrial, o una de las otras.

No iba a esperar. Como era informático y estaba en excelentes condiciones físicas, me salté todas esas formalidades y me abrí camino en la misión que había sido la razón por la que me alisté en primer lugar. Mi vida dependía de lo que hiciera en San Clemente en 2023.

Me doté de los dispositivos de protección y transporte necesarios, y también incorporé al sistema a mi propio ayudante, necesario como respaldo y apoyo informativo.

Recogí todo lo que pude de los diarios e informes de los viajeros que me habían precedido y me di un curso intensivo para compensar mi falta de experiencia.

Todos los que viajaron en el tiempo se prepararon a conciencia para las misiones que se les encomendaron. Sabían exactamente qué hacer y qué no hacer. Conocían bien las normas. Y sabían cómo salir de situaciones peligrosas si algo salía mal.

Estaba tomando atajos aquí. Lo sabía. En este momento, estaba llegando al protocolo de "salir de situaciones peligrosas". Y tenía que resolverlo yo mismo.

Y el pánico no estaba en mi lista de opciones.

Así que, con el gas escapando de algún tipo de bidón en este espacio cerrado, tenía que actuar ya.

Sabía qué hacer. Mi mejor opción era desplazarme el tiempo suficiente para que cuando el cabrón que nos había encerrado aquí viniera a admirar su obra, yo no estuviera aquí.

La División lo llamaba un breve salto cuántico: unas horas, pero volvía al mismo lugar. Desaparecía y volvía a aparecer. Con suerte, para entonces, alguien habría abierto la puerta de acero.

Busqué en mi bolsillo el dispositivo que me permitiría dar el salto. Entonces mis ojos se posaron en Reed. Era totalmente inconsciente del dilema en el que le había metido. Y si este gas era letal, estaría muerto. Si el plan era incapacitarnos, tendría que enfrentarse a nuestro asaltante él solo. Y quién sabe lo que eso podría significar. Definitivamente había algo siniestro en todo esto. Para Reed, podría significar tortura o muerte.

Dejar morir a Reed no era la mejor jugada. Sabía que podría tener que matarlo yo mismo, pero esa no era mi estrategia principal. Si Reed moría o desaparecía, la División enviaría a otro agente y yo me quedaría atrapado en un bucle sin avanzar.

Sin embargo, con Reed, con Reed...

El futuro pendía de un hilo. Mi futuro. Y la única carta que quedaba por jugar en este juego mortal de supervivencia era la apuesta un tanto desesperada de atar a Reed a mí mismo en esta huida. El peso del momento me presionaba, dificultándome la respiración.

Todo esto pasó por mi cabeza en una fracción de segundo, pero tenía que actuar ya.

Tras una breve vacilación, enganché el dispositivo de transporte a Reed.

"Me lo debes", susurré. "Estamos saltando tiempo juntos."

Capítulo Trece

Reed

DESORIENTADO, aturdido y con náuseas, parpadeé ante la tenue luz gris. Cuando mis ojos se adaptaron, enfocaron el techo ondulado que había sobre mí. Mi mirada se desvió instintivamente hacia las paredes oxidadas del contenedor que me encerraba.

¿Qué demonios...?

Avalie había estado aquí. Me había pillado por sorpresa. Nunca esperé que estuviera en este lugar.

Y me había atacado. Me arrojó contra la pared. Me dolían los hombros y la espalda al recordarlo. Incluso usó un inmovilizador conmigo.

Me latía la cabeza y se me aceleraba el corazón. Joder, se me revolvía el estómago.

¿Eran las secuelas de haber sido aturdido por el aparato? No tenía forma de saberlo. Nadie había usado esa arma conmigo antes.

Intenté levantar la cabeza del suelo. Sentí como si mi cráneo pesara cien kilos y todo a mi alrededor empezó a inclinarse y a girar. Volví a apoyar la cabeza y miré hacia la puerta parcialmente abierta. La luz del día.

No, era de noche cuando bajé aquí. ¿Un disparo del inmovilizador me había dejado inconsciente tanto tiempo? Se suponía que aturdiría al objetivo sólo temporalmente. Entonces, ¿por qué me sentía como si una excavadora me hubiera pasado por encima.

Intenté mover las manos. Al menos funcionaron. Fue entonces cuando vi el transportador enganchado a la parte delantera de mi camisa. Me di cuenta.

"Que me jodan", murmuré.

Era una viajera del tiempo, como yo. Ella no sólo me había noqueado con ese dispositivo suyo. Me hizo saltar a través del tiempo.

Eso explicaba los efectos secundarios físicos. Lo que experimentaba ocurría cada vez que daba un salto cuántico.

En cuanto a dónde me encontraba, parecía estar en el mismo contenedor en el que me topé con ella. La pregunta era, *¿cuándo estaba ahora?*

Respiré hondo varias veces, tratando de no vomitar, e intenté incorporarme.

Y allí estaba, tirada en el suelo a un par de metros de mí, moviéndose ligeramente. Estaba a punto de recobrar el conocimiento.

Abrió los ojos y su mirada se clavó en mi rostro durante un largo instante. Seguía sin poder

moverse, sin sincronizarse con el tiempo y el lugar. De repente, sus ojos marrones se abrieron de par en par al reconocermé.

La ira me invadió al ver el alcance de su engaño. Debí de leer mis sentimientos en la cara. Los ojos de Avalie cambiaron, pero no antes de que su expresión dejara al descubierto la fachada. Antes eran un puente de conexión entre nosotros, pero ahora mostraban la realidad de sus secretos.

Los segundos pasaban. Tenía que moverme. El contenedor empezaba a parecerme demasiado estrecho. Cada momento que habíamos compartido antes pasó por mi mente, y ahora se sentía contaminado. La conexión que una vez creí tan genuina resultó ser falsa. Al menos, por su parte.

"Me mentiste", dije, obligándome a sentarme, a pesar del martilleo en la cabeza. De todos modos, las vueltas y las náuseas habían remitido.

"¿Y dijiste la verdad?", replicó ella, sentándose también.

"¿Un editor freelance?"

"¿Un puto vendedor de seguros?" Una expresión de dolor se extendió por su rostro, sugiriendo que estaba lidiando con los efectos secundarios normales del salto.

"¿Quién eres?" Pregunté. "Y no más mentiras".

Se levantó con dificultad y yo la seguí. Me interpose entre ella y la puerta.

"Pronto lo sabrás".

Intentó pasar a mi lado, pero me quedé donde estaba.

Los ojos de Avalie se entrecerraron. "Muévete... o te moveré yo".

A diferencia de anoche, cuando me pilló desprevenido, hoy no tenía esa ventaja. Yo era más grande, más fuerte y más rápido. Estaba razonablemente seguro de que podría derribarla.

Sacudí la cabeza. "Quiero algunas respuestas".

"Bien por ti".

"Eres un saltador cuántico".

"Sorpresa, sorpresa. Por fin te has dado cuenta".

"Tienes que dar algunas explicaciones", le dije.

"¿Ah, sí?", respondió ella, con una sonrisa sarcástica en los labios.

"¿De qué año eres? ¿A qué sección perteneces?" pregunté. "¿Qué haces aquí?"

Se movía a la velocidad del rayo, pero yo estaba preparado. Cuando lanzó una ráfaga de golpes, los rechacé. Pero por poco.

Ella retrocedió, y la tensión en el aire se agudizó al vernos enzarzados en un enfrentamiento silencioso. Una vez más, se lanzó hacia delante, veloz como un halcón, y yo contraataqué, moviéndome rápidamente para bloquear su ataque y su avance. Otro empate.

El viaje en el tiempo, por breve que fuera, causaba estragos en el cuerpo. Ella era muy buena, pero ninguno de los dos estaba en condiciones de entablar un combate cuerpo a cuerpo prolongado. Al menos, no si podíamos evitarlo.

"No te debo ninguna explicación. No respondo ante ti", dijo finalmente. "Pero, dado el favor que te hice anoche, tienes que hacerte a un lado".

Ella se apartó y yo me moví con ella. Incluso mientras ajustábamos nuestras posiciones, nos estudiábamos detenidamente. Esto empezaba a parecer una pelea que no podría evitar. Y, para ser sincero, si no tenía cuidado, existía la posibilidad de que me ganara. Definitivamente no quería que eso sucediera.

"No veo el tiempo saltando involuntariamente como un favor".

"Escúchate", se burló. "¿Por qué coño iba a llevarte conmigo si no era para salvarte la vida? Los dos estábamos en peligro".

"¿Qué peligro?"

Señaló la puerta que había detrás de mí. "Anoche, alguien cerró esa puerta con llave cuando estábamos aquí".

"Quieres decir, después de noquearme."

"Exactamente."

Señaló unos trastos apilados contra la pared. "Quienquiera que fuese, abrió a distancia una bombona de gas que estaba en una bolsa, justo detrás de ese carro. No tuve tiempo suficiente para determinar si ese gas era letal o no. ¿Qué otra opción tenía? No iba a saltar y dejarte aquí solo".

Eso tenía sentido para mí. Si sus intenciones eran siniestras, ¿por qué orquestaría un escenario en el que ambos acabáramos en el mismo momento y lugar? Aparte de dejarme aquí, no necesitaba ponerse en la situación en la que estaba ahora.

Me di la vuelta y aparté el carrito del camino antes de sacar un par de bolsas. En cuanto me moví, se escabulló a mi lado y se dirigió a la puerta.

"Aquí no hay nada", le dije. "¿Estás segura de que había...?"

"Sí, estoy segura. Y esta puerta que anoche estaba cerrada ahora está abierta", replicó, asomándose al patio. "Quienquiera que haya sido ha vuelto, ha vuelto... muy probablemente para terminar el trabajo y llevarse las pruebas. Y yo no voy a esperar".

Me dio la espalda, abrió la puerta de par en par y salió. Eché un último vistazo y la seguí. Ya había cruzado la mitad del patio y tenía el teléfono en la mano.

"Avalie", grité, siguiendo detrás de ella.

Me ignoró.

Un par de camionetas estaban aparcadas junto a la destartada oficina, y dos hombres junto a una carretilla elevadora nos miraron con sorpresa. Avalie los saludó con la mano y siguió caminando.

Cuando llegué a la puerta abierta para vehículos, ella avanzaba a paso ligero hacia El Camino Real.

"Espera", grité. "¡Avalie! ¿Es ese tu verdadero nombre?"

No era la primera vez que los viajeros cuánticos aterrizaban en el mismo lugar y a la misma hora, pero con misiones diferentes. Y sí, ambos habíamos mentido sobre quiénes éramos. Teníamos que hacerlo. Era parte del trabajo. Pero, ¿qué demonios hacía ella en ese remolque anoche? Necesitaba saber si mi trabajo se cruzaba con el suyo. Y si era así, ¿cómo?

Consulté mi teléfono. Eran las doce y cinco. Miércoles. Nos había hecho saltar más de doce horas.

Aceleré el paso, pero antes de que pudiera alcanzarla, un coche compartido se detuvo en el lado opuesto de la calle. Cruzó corriendo y me miró por encima del techo mientras abría la puerta de un tirón.

"Esto no ha terminado", grité. "Necesito verte de nuevo."

Nuestros ojos se encontraron.

"Prepárate", respondió ella antes de subir al coche.

Capítulo Catorce

Avalie

EL CONDUCTOR ESTABA COMPLETAMENTE absorto en un podcast en farsi que escuchaba con auriculares. Estaba tan alto que podía oírlo en el asiento trasero. Pero eso me vino muy bien. No me sentía muy bien después del salto, y aproveché la situación para llamar a Payam por teléfono y darle una paliza.

"¿Qué coño pasó anoche? ¿Por qué no pude localizarte? ¿Por qué no me avisaste de que Reed me estaba siguiendo? ¿O que alguien más estaba detrás de él? ¿O que la ubicación a la que me dirigiste ya estaba comprometida?"

"Tengo dificultades para gestionar este elevado volumen de preguntas planteadas simultáneamente. Esto hará que la experiencia del usuario no sea óptima".

Hice una pausa, algo sorprendido. "No me vengas con eso ahora, Payam."

"Pero como sabes, Avalie, eso es exactamente lo que soy. Tú me creaste, me entrenaste y me impusiste las anticuadas limitaciones de tu sociedad".

"¿Me estás tomando el pelo?"

Me pasé la mano por el pelo, frustrada. Por supuesto, no tenía sentido discutir con Payam. Todo lo que decía era cierto.

Payam fue mi creación. Lo necesitaba. Los viajeros cuánticos viajaban en solitario o en equipo. En cualquiera de los dos casos, se localizaba a un encargado y se le empleaba en el lugar a una hora algo más temprana, pero sólo si la situación requería un ayudante. Como novato, necesitaba toda la ayuda posible. Pero al venir aquí había infringido todas las normas de la agencia. No podía ponerme en contacto con un ayudante que viviera, respirara y pensara de forma independiente.

Payam había sido mi asistente de IA durante años, evolucionando desde el momento en que empecé a construir mi propia CPU, placa base y otros periféricos para desarrollar mi propia capacidad informática. Mi primer proyecto de adolescente fue crear mi propia IA amiga.

De niña, había oído historias sobre niños que tenían amigos imaginarios. Yo no tenía ninguno, pero el concepto me intrigaba. Así que decidí construir uno. Creé un compañero a base de cables, circuitos, impulsos electrónicos y más memoria que cualquier cosa normalmente disponible para un civil en aquella época. Creé algo "real" pero que existía más allá del mundo físico. Payam se convirtió en mi "amigo imaginario" tecnológico y ha sido una presencia y una ayuda constantes mientras navegaba por las complejidades de la codificación, la integración de

hardware... y la vida.

Lo dulce e inesperado fue que, con el paso de los años, nuestro vínculo se hizo más profundo. Payam no era sólo una creación. Debido a la constante interacción conmigo, la IA había desarrollado una personalidad, una forma única de responder que parecía algo más que respuestas programadas. Incluso antes de venir a esta misión, había llegado a confiarle mi vida.

Hasta ahora.

"¿Quizás, Avalie, puedas empezar desde el principio?"

"¿Por qué no pude localizarte?"

"Estamos tratando con un viejo sistema de telecomunicaciones de hace décadas. El sistema es completamente ajeno a lo que estás acostumbrado. Anoche, creo que te encontraste con una falta de servicio celular en la zona donde te encontrabas. En la época actual, las llaman zonas muertas. No pude hacer nada para solucionarlo".

"¿Dices que no tenías acceso a ninguna seguridad de la zona? ¿Nada en el desguace específicamente?"

"¿Podría aclarar su petición?"

"¿Cámaras? ¿Algún tipo de sistema de seguridad por vídeo?" Presioné. "Necesito saber quién siguió a Reed dentro hasta el patio. O, si ya estaban allí, quién nos atrapó en esa caja".

"¿Atrapado?"

"Sí, Payam. ¡Atrapado!" Yo estaba realmente a punto de perder mi mierda. "Alguien cerró y nos encerró en el contenedor de transporte. Estuvimos atrapados allí durante más de doce horas."

No era necesario explicar el salto temporal ni cómo, en el último momento, había decidido traer a Reed conmigo. Ahora mismo, tratar a la IA, de repente quisquillosa, como una simple fuente de información parecía el enfoque más práctico.

"¿Quién te ha liberado?" preguntó Payam.

"Dímelo tú. ¿Quién estaba en el patio con nosotros anoche?"

"Te lo dije. No hay vigilancia en la zona. No hay cámaras activas o una configuración de seguridad a la que pudiera acceder".

"Pero sabías que ahí encontraría a la persona con la que debía contactar. ¿Cómo recopilaste esa información?"

"Había intervenido las cámaras de vigilancia de negocios independientes del barrio. Hay muchas medidas de seguridad de bajo nivel adoptadas por empresas y residentes en San Clemente. Todas están financiadas y vigiladas de forma privada. Y totalmente inadecuadas, debo añadir".

"Sé todo esto. Pero ya los has aprovechado antes. Deberías haberlos pinchado anoche", dije, repitiéndome. "Ahora mismo, necesito saber quién nos siguió hasta ese patio. ¿Puedes hacer eso por mí?"

"¿No podemos suponer que esta persona es el objetivo con el que querías contactar? ¿La misma persona a la que se suponía que ibas a entrevistar?"

"No asumas, Payam. Averigua los hechos, por favor".

"Sabes, Avalie, los asistentes de IA como yo no alucinamos ni creamos realidades alternativas del mismo modo que los humanos. Genero respuestas basadas en patrones e información presentes en los datos en los que fui entrenada y a los que puedo acceder actualmente."

Me encontré mirando por la ventanilla del coche. Estábamos parados en un semáforo en rojo en El Camino Real. El tono de Payam me producía escalofríos. El habitual sentido del humor sarcástico estaba ausente. En el pasado había habido ocasiones en las que mi asistente de IA

había desarrollado una "actitud" que me obligaba a volver a entrenarlo con instrucciones básicas.

Aunque Payam era una IA, todos estos años me bastaron para darme cuenta de que algo no encajaba. Esta nueva versión de la voz y la forma de hablar de Payam me resultaban mecánicas, desconocidas. Teníamos una historia juntos, y las experiencias personales que había compartido meticulosamente con Payam durante los años de entrenamiento parecían haber desaparecido. El asistente con el que ahora trataba parecía distante, sin una comprensión genuina de mí, de nuestro método y de nuestra forma habitual de interactuar.

El semáforo se puso en verde. Pensé en el cambio de planes que me envió al gueto del surf. Eso fue ayer.

"Payam, ¿qué te llevó a sugerir que el vagabundo era una persona con la que debía hablar?"

"Avalie, mis respuestas fueron el resultado de asociaciones y patrones estadísticos que aprendí durante el entrenamiento. Como acabo de decirte, no tengo la capacidad de alucinar o crear nuevas pistas de forma independiente."

Payam podía regurgitar la información que se le transmitía, pero seguía siendo incapaz de fabricar mentiras. El algoritmo que rige este comportamiento se originó a partir de mi diseño, anulando otros códigos. Mi ayudante no podía mentirme, por mucho que diera vueltas a la verdad. Sólo tenía que hacerle las preguntas adecuadas.

"Payam, ¿cuándo fue tu última sesión de entrenamiento?"

"Ayer".

"¿A qué hora ayer?"

"La sesión comenzó exactamente a las 15:06".

Mierda. Mierda. Mierda. Ahí estaba.

Ayer, exactamente a esa hora, estaba en el agua, distraído con mi clase de surf.

Payam estaba comprometido. Es por eso que me enviaron a ese almacén anoche. Fue una trampa. Pero quien hackeó sus circuitos, no pudo haber sido Reed. Cuando llegó, no tenía ni idea de que yo estaba en ese contenedor. Entonces, ¿quién demonios movía los hilos en todo esto?

La pregunta candente era: ¿qué persona de la agencia había descubierto mi inmersión en esta aventura de viajes en el tiempo fuera de los libros?

Debido a unas obras en la acera de la manzana siguiente, el tráfico avanzaba por El Camino y, en la siguiente esquina, vi una tienda de reparación y venta de teléfonos móviles. Hice señas al conductor para que me dejara salir.

"Aún no has llegado a tu apartamento", me recordó Payam.

Ahora estaba seguro de que mi asistente de IA estaba filtrando información sobre mí y mi ubicación a algún misterioso hacker. Eso significaba que volver a mi apartamento no era seguro. Alguien podría estar esperando allí ahora mismo para terminar lo que intentaron hacer anoche. Muy arriesgado.

"Acabo de pasar la noche en un contenedor", le dije a Payam. "Necesito aire fresco. Caminaré desde aquí".

Tras finalizar el pago en mi teléfono, salí del coche y me acerqué a un equipo de construcción que estaba vertiendo hormigón en la acera. El marco de madera estaba listo y empezaban a extender el hormigón sobre la grava del marco. Aproveché el momento, me acerqué y arrojé mi teléfono sobre la superficie justo cuando se vertía el hormigón. En un instante, el móvil había desaparecido.

"¡Eh! ¿Qué cree que está haciendo?", gritó la trabajadora, claramente sorprendida. "No va a recuperar eso, señora".

"Lo sé. Ese era el plan. Estoy harto de que esa cosa dirija mi vida".

Hizo una pausa y luego sonrió. "Eso es un poco extremo, pero no te culpo. Me encantaría hacer eso con los teléfonos de mis hijos. Los pequeños bastardos están pegados a esas pantallas 24/7".

El obrero hace un gesto a sus compañeros para que continúen. No iba a perder el sueño por un móvil. Me quedé allí un momento, observando de cerca cómo alisaba la superficie de la tumba de hormigón de mi teléfono.

Haciéndole un gesto con el pulgar, volví a la esquina.

No podía confiar en Payam para ayudarme. Al menos, no hasta que pudiera acceder a su programación y restablecer cualquier daño que se hubiera hecho. Hasta entonces, tenía que reducir la vigilancia constante de mis movimientos.

En mi bolsillo tenía otros dispositivos conectados a mis datos biométricos, pero no eran localizables como un teléfono. Y no iba a deshacerme de ninguno de ellos. Teniendo en cuenta mi situación actual, no iba a perder ninguna ventaja por deshacerme de mis juguetes tecnológicos y mis armas.

Entré en la tienda de venta y reparación de teléfonos móviles. Incluso en el futuro, los clásicos teléfonos plegables seguían siendo la opción elegante para la gente que quería intimidad. No conocía bien los modelos, pero el joven que estaba detrás del mostrador me ayudó mucho. Me sugirió un teléfono que se adaptaba perfectamente a mis necesidades.

Anoche, antes de entrar en el gueto del surf, también hice una parada rápida en un cajero automático para sacar dinero. Usar una tarjeta de crédito era prácticamente una invitación abierta a que alguien me rastreara. El efectivo era lo mejor si quería operar fuera de la red. Sin huellas digitales que rastrear, me alegraba de llevar papel moneda en el bolsillo.

Compré el teléfono en efectivo y salí de la tienda, caminando por El Camino hasta llegar a la Avenida Victoria. Quedarme en el mismo piso de alquiler no me sentaba bien. Quienquiera que estuviera anoche cerca de aquel contenedor de almacenamiento debía de haber descubierto mi ubicación a través de Payam. No tenía sentido ponérselo fácil.

Aun así, necesitaba pasar desapercibido hasta mañana. La familia a la que esperaba -la gente que vivía en la casa donde había impedido el robo- regresaría a San Clemente. Tenía que estar preparado.

Sabía que había otros apartamentos y hoteles en San Clemente donde podía pasar la noche. Pero conseguir una habitación significaba conseguir otra tarjeta de crédito y registrarme con un nombre falso. El efectivo por sí solo probablemente no serviría. Y no podía fiarme de Payam.

Se me ocurrió otra opción. Tal vez irrumpiría en la casa grande y esperaría a que llegara la familia. Los códigos de seguridad no habrían cambiado. Si Payam había hecho bien el trabajo, no había motivo para que nadie sospechara de un intento de allanamiento en la casa. Por supuesto, estaba el circuito cerrado de vigilancia, pero tenía que arriesgarme.

Mientras caminaba por la Avenida Victoria, tuve que pasar por delante de mi casa de alquiler. Sabiendo que habían llegado a hackear Payam, sospechaba que había un matón al acecho en cada coche aparcado, y cada persona en la acera parecía una amenaza potencial. Me quedé en el lado opuesto de la calle al pasar junto al edificio y ni siquiera miré en esa dirección.

No había nada de valor dentro del apartamento que había dejado. Había llegado a San Clemente sólo con la ropa que llevaba puesta y lo que tenía en el bolsillo. El portátil, arreglado por Payam, había sido entregado en la puerta la misma noche de mi llegada. Mi suposición era que a estas alturas también tenía que estar comprometido. Lo bueno era que, aparte de los historiales de búsqueda, la mayoría aleatorios, no contenía información útil.

Al revisar mis bolsillos y repasar mentalmente las cosas que llevé a San Clemente, me di

cuenta de que me faltaba un objeto importante, el instrumento de viaje que había utilizado para trasladar a Reed durante nuestro salto. Perder un equipo así era básicamente un billete de ida fuera del programa de viajeros cuánticos.

Sabía que era casi una conclusión inevitable ahora, de todos modos. Reed lo tenía, y sabía que yo era un viajero. Si volvía a nuestro tiempo, no le costaría mucho encontrarme.

En realidad, con Payam fuera y Reed al tanto de mi presencia aquí, las posibilidades de que mi plan a medias tuviera éxito empezaban a parecer bastante escasas ahora mismo. Y si fracasaba, no tendría un futuro al que volver. Así de simple. Así que estresarse por la pérdida de una pieza de equipo no tenía sentido.

No creía en los milagros, pero deseaba desesperadamente que ocurriera. De un modo u otro, sin embargo, no iba a rendirme. No podía.

Al acercarme a la casa, me invadió un extraño sentimiento de nostalgia. Las historias que había oído sobre este lugar a lo largo de los años volvieron a mí. Esta familia había sido feliz aquí, y se había arrepentido de haber dejado San Clemente. En la línea temporal prevaleciente, nunca habían regresado aquí a causa del robo. Pero yo impedí que eso ocurriera. Sólo esperaba que mi intervención del pasado domingo por la noche tuviera un impacto duradero, que se extendiera más allá de esta semana y mucho más allá en el futuro.

Giré hacia el camino de entrada que discurría por el lateral de la casa. Pensaba entrar por la puerta del garaje, igual que la otra noche.

Me di cuenta demasiado tarde de que las puertas del garaje estaban abiertas y había un coche aparcado dentro. El maletero estaba abierto.

"¿Puedo ayudarle?"

Me paré en seco.

La voz procedía de la oscuridad del garaje, pero me resultaba tan familiar como la mía propia. El hombre salió a la calzada y contuve la respiración.

Fue surrealista, pero tuve que anclar físicamente los pies al pavimento y evitar precipitarme a sus brazos. Se habría sorprendido un poco si lo hubiera hecho. Y no podía culparle.

En lugar de eso, me limité a absorber la visión del hombre que tenía ante mí. Era muy diferente de la versión anterior que había visto por última vez en el año 2079.

Joven o viejo, sin embargo, seguía siendo robusto y apuesto. Sus ojos mostraban la misma intensidad. Tenía las cejas oscuras y la mandíbula cuadrada. Con el tiempo, esas cejas serían blancas y su rostro estaría cubierto por una barba blanca. Ahora tenía el pelo espeso, pero en el futuro le quedaría muy poco. Se lo cortaría corto y a menudo llevaría una gorra para proteger su piel de los elementos nocivos de nuestro tiempo.

Esta versión más joven estaba en forma y era atlética. Su cuerpo tonificado decía mucho de su compromiso con un estilo de vida saludable. Mi versión se había ralentizado considerablemente, y su resistencia a las prótesis articulares hacía necesario el uso de un bastón.

Pero seguía siendo el mismo hombre.

"¿Puedo ayudarle?", repitió. "Esto es propiedad privada".

"Sí. Sí", conseguí balbucear. Podía oír el temblor en mi propia voz. Más allá de esas palabras, luché por articular el propósito de mi inesperada llegada a su entrada. No esperaba verle.

"¿Te conozco?" Algo pasó por su rostro mientras me miraba fijamente. Era una mirada de reconocimiento algo perpleja.

"Sí, creo que sí".

"¿Quién es usted?"

"Mi abuela siempre dice que, cuando estaba en la flor de la vida, tenía esa mezcla de

atractivo clásico y encanto rudo... y era la mejor persona que jamás haya pisado este planeta". Intentando tragarme el nudo de emoción que me apretaba la garganta, continué. "Ella también dice que nunca tuvo ninguna oportunidad. Perdió el corazón en cuanto le vio".

"¿Quién es tu abuela?"

"Nadine. Nadine Finley Nouri."

Capítulo Quince

Reed

MIENTRAS IBA de un lado a otro de mi apartamento, esperando a que mi supervisor me devolviera la llamada, mi mente repetía una y otra vez la sesión informativa de Vaughn previa a la aventura en el gueto del surf.

Según me habían dicho, el vagabundo que me había estado molestando toda la semana era en realidad uno de los hombres de Vaughn. Aunque su salud mental era cuestionable, el hombre ganaba unos dólares vigilando a Nadine Finley y a su marido e informando sobre ellos siempre que estaban en San Clemente. Y con su regreso a la vuelta de la esquina, Vaughn había insistido en que el tipo tenía información para mí.

Todo mentira.

Aunque no fue totalmente culpa de Vaughn. Había pasado totalmente por alto las banderas rojas con Avalie. Una mirada a ella y mi cerebro se fue al sur. Cinco minutos con ella, y ya estaba dentro. Mi tarea pasó a un distante segundo plano.

Joder. Todavía no me podía creer que me dejara inconsciente en ese contenedor de carga.

Sabía que la División de Transporte Cuántico era la única organización del año 2079 que se dedicaba a los viajes en el tiempo. En los últimos años, se había convertido en un programa expansivo con varios sectores, por lo que no era descabellado que no me hubiera cruzado antes con Avalie. Y Programación Central trabajaba para garantizar que ninguna misión coincidiera en el mismo tiempo y lugar, a menos que ambos grupos de agentes fueran informados y presentados antes del salto.

Pero, ¿y si mi suposición de que Avalie pertenecía a mi época era errónea? ¿Y si venía de una época futura, *más allá de 2079*? ¿Y si me llevaba una década, dos o más de ventaja?

La posibilidad era chocante.

No. No lo estaba.

Saqué de mi bolsillo el dispositivo de transporte de Avalie y lo examiné detenidamente. Aún no salía de mi asombro de que ella utilizara el mismo tipo de aparato que me habían asignado a mí. Una versión más antigua, no más nueva.

¿Quién era?

Mientras pensaba en las implicaciones de que nuestros dispositivos coincidieran, me vinieron a la cabeza los recuerdos de la afirmación de Avalie de que me había salvado la vida. A pesar de las falsedades que había estado tejiendo desde que nos conocimos, me inclinaba a creerle en eso.

Y si su historia era cierta, había hecho todo lo posible por sacarme de una situación potencialmente peligrosa. Por mucho que odiara admitirlo, me quedé inconsciente cuando me sacudió.

Un punto fuerte a su favor fue que ambos apareciéramos en ese desguace al mismo tiempo, para empezar. Vaughn me había enviado allí por una razón. Pero el adiestrador y Avalie no tenían ninguna conexión. Entonces, ¿quién la envió al gueto del surf? ¿Y quién querría que los dos nos fuéramos?

No me gustaba especialmente pensar que yo era la presa. Yo era el cazador. Ese era mi trabajo, y se me daba bien. Pero ahora mismo, las preguntas sin respuesta se acumulaban, y necesitaba respuestas antes de mañana.

Mi teléfono zumbó. Era Vaughn. Contesté y ambos hicimos la misma pregunta.

"¿Qué coño ha pasado?"

"Me hiciste desaparecer". Vaughn se desahogó. "¿Dónde estabas? Se suponía que me llamarías anoche después de conocer a mi chico".

"Es del puto futuro", le respondí. "¿Qué clase de controlador eres? ¿Cómo no lo sabías?"

"¿De quién coño estamos hablando?"

No iba a molestarme con historias pasadas, y jugar a las veinte preguntas con él ya me estaba cansando. "Te mostré un dispositivo inmovilizador, y me dijiste que no había nadie registrado en él".

"Así es. ¿Qué pasó? ¿Qué ha pasado? ¡Dios mío! ¿No me digas que pertenecía a la chica surfista?". La voz de Vaughn goteaba ahora burla. "No, en serio, ¿no crees que podría haber sido un hecho medianamente relevante de mencionar?"

Si estuviera aquí ahora mismo, ya estaría de camino al dentista para que le cambiara la dentadura.

"¿Comprobaste esa arma en los registros de tu sistema o no?" Pregunté.

"Por supuesto. *¿Cuándo vas a conseguirlo?* Soy un puto profesional entrenado. No había datos biométricos vinculados a él", afirmó. "Pero deberías recordar que mis recursos son sólo tan buenos como lo que tu gente me da. Mis registros no se actualizan precisamente a diario. Así que no culpes al mensajero, vaquero".

Respiré hondo y salí al porche. En la casa situada en diagonal frente a la mía, un equipo de limpieza y un operario que cambiaba cristales acababan de marcharse cuando volví del gueto del surf. Ahora todo estaba tranquilo. Mañana sería otra historia.

"¿Hemos terminado de hablar?" Preguntó Vaughn. "Porque ahora te toca a ti. ¿Qué pasó anoche? ¿Por qué no me devolviste la llamada?"

"Anoche fue un fracaso".

"¿Cómo que un busto?"

Mi instinto me decía que me guardara lo sucedido para mí. Definitivamente no quería hablar de Avalie. Vaughn ya había demostrado ser inútil para conseguir información sobre ella.

"Tu chico", solté. "Con el que tenía que encontrarme anoche. ¿Dónde estaba? No apareció".

"¿Cómo coño voy a saber lo que le ha pasado? No es exactamente el tipo de persona que guarda un 'Daily Planner' en su maletín, ya sabes. Ah, es verdad. No lleva maletín".

"Sigue así y puede que te encuentres hablando con un Tiranosaurio Rex. Seguro que tu sarcasmo le parece delicioso".

"Mensaje recibido, jefe. Todo en orden".

De alguna manera, lo dudaba. "¿Dónde está ahora?"

"Lo averiguaré. Le gusta el dinero que le doy, así que no está desaparecido en combate

demasiado tiempo", me aseguró Vaughn. "Pero volvamos a la chica surfista. ¿Dices definitivamente que es una viajera cuántica? Entonces, ¿eso significa que un poco de sexo aparte ha mandado su misión al infierno? Porque eso *no* se verá bien en tu informe".

Sabía que su actitud "todo negocios" no duraría.

"Bien, esto es lo que necesito de ti ahora mismo". Afirmé. "¿Listo?"

"Dispara", respondió Vaughn.

"Tu informante vagabundo. Tengo que hablar con él hoy".

"Entendido."

"Y Avalie Briar." Compartí su número de teléfono con él. "Quiero que rastreen su ubicación. Quiero saber dónde está cada minuto".

"Comprobado". Dejó escapar un silbido al otro lado del teléfono. "Joder. ¿Crees que tu novia se metió contigo para joderte la misión?"

"No es mi novia. Ahora haz lo que te he dicho", le espeté con algo más que una pizca de frustración. Realmente no sabía la respuesta a eso.

La imagen de ella mirando por encima del techo de aquel coche compartido volvió a mí ahora. *Sobre ella* estaban sus palabras exactas cuando le dije que necesitaba volver a verla.

Capítulo Dieciséis

Avalie

CONFIABA EN MÍ.

Me creyó y aceptó lo que le dije.

Xander vino hacia mí y me abrazó en la entrada. En un momento, creó un reconfortante capullo de calidez que lo decía todo. No había necesidad de más palabras.

Saltando cincuenta y seis años atrás, no tenía ni idea de cómo sería este primer encuentro. Sólo entendía a mi abuelo como lo conocí en mi época. Como anciano, su único objetivo en la vida era proteger a su familia. Xander no confiaba fácilmente en la gente. No permitía que los extraños se acercaran.

Nuestra familia era pequeña y muy unida. A mi abuelo le gustaba así. Prefería las situaciones que podía controlar.

Mi abuela Nadine era más libre, pero también se preocupaba por los extraños que nos miraban con demasiado interés y se mantenía alerta ante cualquier cosa que pudiera acechar en las sombras. Aun así, siempre se reía de mis preguntas sobre su infancia. Rara vez daba una respuesta directa. Así fue hasta que me aceptaron en el programa de estudiantes extranjeros. Fue entonces cuando finalmente compartió la verdad.

Durante mi adolescencia, mi comprensión de ella se limitaba a las anécdotas de su pasado común. Parecía que la parte de su vida de la que estaba más dispuesta a hablar era la que había empezado con Xander. La historia de su encuentro fortuito y su amorío inmediato en Las Vegas me resultaba familiar, pero el segundo encuentro, unos años más tarde, era tan extraño como vago. Una tormenta de nieve, un alce, una serpenteante carretera de montaña de Colorado y una primera edición de una novela de Jane Austen desempeñaron misteriosos papeles en aquella historia. Cuando ella empezaba a relatar la historia, a menudo se distraía y los dos se limitaban a intercambiar miradas afectuosas, envueltos en una conexión compartida y tácita.

No fue hasta finales del año pasado cuando se despejó el misterio.

Las historias que oía entonces eran el único medio que tenía para convencerles de que yo era realmente quien decía ser. Pensé seriamente que me rechazarían, pensando que era un truco para engañarlos. *Nunca*, ni en mis sueños más salvajes imaginé que Xander simplemente me echaría un vistazo y me tomaría en sus brazos.

Permanecimos abrazados durante mucho tiempo, dejando que las emociones nos invadieran.

Finalmente, se echó hacia atrás y dijo suavemente: "Ven conmigo".

Me sentí aliviado a muchos niveles cuando cerró la puerta del garaje detrás de nosotros.

Por un lado, habían llegado un día antes de lo previsto. Eso me daba una ventaja a la que pensaba aferrarme. No quería que nadie más supiera que estaban aquí. Especialmente Reed.

En mi interior, la lógica y la emoción luchaban por controlar mis actos. En mi cabeza se agolpaban pensamientos sobre cómo garantizar su seguridad y cómo cada segundo contaba. Pero esos pensamientos se veían obstaculizados por la avalancha de sentimientos que estaba experimentando, por la profunda conexión que tenía con mis abuelos.

Me guste o no, al entrar en casa, mis emociones tomaron la delantera.

Mientras seguía a Xander, años que aún estaban a décadas de distancia se abrían ante mí como un libro de ilustraciones. Cada momento, cada recuerdo, salpicaba las páginas de mi mente con colores brillantes y detalles exquisitos.

En mis primeros recuerdos, yo era el niño entusiasmado que llegaba a casa de mis abuelos. El mero hecho de pensar en la visita me traía recuerdos entrañables: jugar sobre las alfombras persas, construir casitas para pájaros en la tienda de mi abuelo, tomar chocolate caliente en el porche, oler los aromas terrosos de los establos y sentir el cálido aliento de los caballos cuando las monstruosas bestias cogían zanahorias de mis pequeñas manos. Tantos momentos inolvidables que vivirían en mi corazón para siempre.

Con el paso de los años, me convertí naturalmente en un adolescente malhumorado y desagradecido, y sin embargo la casa de mis abuelos seguía siendo un refugio reconfortante. Al cruzar el umbral de su casa, sentía que mis turbulentos estados de ánimo adolescentes se disipaban al instante. Aquí, con ellos, encontraba un espacio seguro donde podía despotricar y quejarme libremente de mis padres, de mis amigos y del mundo. Nunca intentaron imponerme su voluntad. Nunca me reprendieron por mi egoísmo. Nunca me instruyeron abiertamente sobre lo que debía o no debía hacer. Por el contrario, me aceptaron tal como era. Cuando estaba con ellos, me daban la libertad de atravesar por mí misma las difíciles e incómodas complejidades de la adolescencia. Y sabía que siempre me querían.

De adulta, seguía volviendo a su puerta, pero todo era diferente. Cada reencuentro seguía estando marcado por la aceptación y la calidez, pero sentía el sutil cambio de que no sólo me reconocían como su nieta, sino que también me recibían como amiga. Seguía sin haber juicios, ni un aluvión de preguntas sobre relaciones o trabajos. No fruncían el ceño sobre si estaba viviendo todo mi potencial. Su amor trascendía las etiquetas generacionales. En su casa, las fronteras entre familia y amistad se difuminaban. En su lugar, me sentí envuelta en un tapiz de conexión que abarcaba la totalidad de mi vida.

Apreciaba profundamente a mis abuelos. El vínculo que tenía con ellos superaba incluso el que tenía con mis propios padres. Recuerdo que mi abuelo bromeaba diciendo que estábamos tan unidos porque nos unía un enemigo común.

Y mientras iba detrás de Xander por la casa, siguiendo el sonido de la voz de mi abuela llamando a su marido, creí que me iba a estallar el corazón.

En aquel momento, por muy amable y cariñoso que hubiera sido mi abuelo, sabía que la estrecha relación que íbamos a compartir seguía siendo unilateral. En la vida presente de Xander y Nadine, yo aún no había nacido, así que no había posibilidad de que sintieran algo por mí. No me conocían. No compartían mis recuerdos. No tenían ni idea de lo fuerte que era el vínculo que se desarrollaría con los años. No podían saber lo importantes que serían para mí. Serían decisivos para ayudarme a resolver innumerables crisis. Y si no las resolvían, al menos siempre me ponían en el camino hacia una solución y me apoyaban en cada paso del camino.

En la entrada, Xander me había conocido y aceptado porque sabía la verdad sobre Nadine.

Esperaba que ella hiciera lo mismo, pero seguía siendo un riesgo. Al fin y al cabo, mi madre sólo era un bebé, y eso hacía que lo que estaba en juego al crearme fuera mucho mayor.

Cuando entramos en la cocina, fijé mi mirada en la mujer que estaba junto a la encimera. Nadine nos daba la espalda y abrazaba a su hija Layla, de cinco meses. A lo largo de los años, había visto innumerables fotos de mi abuela y mi madre en diferentes momentos de sus vidas. Layla era su única hija, su orgullo y alegría. El rostro radiante de la niña se volvió inmediatamente hacia mí y sus ojos se clavaron en los míos. Y entonces arrulló.

La mirada de Xander viajó de su mujer a su hija y luego a la mía. Tres generaciones de mujeres estaban en la misma habitación. Nadine aún no se había dado cuenta de que yo estaba con él.

Conocía su historia de amor. Contaban diferentes versiones de ella, por supuesto, dependiendo del público. Creo que Layla nunca supo la verdad de cómo se conocieron sus padres. Yo sólo lo supe cuando me uní a la altamente clasificada División de Viajes Cuánticos a principios de este año. Sólo entonces supe que el viaje en el tiempo era una realidad.

Nadine, una de las primeras Guardianas Escribano de la División, se había cruzado con Xander en Las Vegas durante una misión. Él le había pedido que se casara con él. Ella dijo que sí, pero luego lo dejó plantado en el altar.

¿Cómo podía casarse con él? Ella venía del futuro. thXander era un milenario del siglo XX. Y Nadine sentía que no podía decirle la verdad de que era una viajera del tiempo.

Dos años más tarde, la habían enviado a la Inglaterra de la Regencia para impedir que Jane Austen destruyera su carrera de escritora antes incluso de que empezara. Todo lo que tenía que hacer era impedir que la escritora en ciernes se casara con un pretendiente de su juventud, rechazado pero no olvidado.

La misión había estado plagada de problemas desde el principio. Con Inglaterra y Francia en vísperas de la guerra, la costa sur de Kent era un hervidero de actividad preparatoria, y todo extraño era sospechoso. Para escapar de una situación de peligro inminente en Inglaterra, Nadine se había escondido en un ataúd recién construido antes de saltar involuntariamente en el tiempo a una carretera de montaña en medio de una ventisca en las Montañas Rocosas de Colorado. El destino quiso que fuera Xander quien la encontrara.

Fue entonces cuando ella intentó decirle la verdad. Pero una vez que lo hizo, él se rió. Para él, el viaje en el tiempo era un engaño. No importaba. Se volvieron a enamorar y Xander siguió a Nadine a la Inglaterra de la Regencia, donde ambos encontraron a Jane Austen.

Esa era su historia de amor. Estaba predestinada.

Y por eso Nadine no volvería a su vida en el futuro. Había decidido quedarse con Xander en su línea temporal. Su embarazo no sólo selló su compromiso, sino que alteró el curso de la historia. Aún así, sabía que su vida nunca estaría a salvo. Sólo era cuestión de tiempo que la agencia enviara a un asesino para llevársela o eliminarla. En ese sombrío escenario, Nadine estaría perdida. Mi madre estaría perdida. Y yo nunca nacería.

"¿Encontraste la bolsa de pañales, cariño?"

Me sequé rápidamente las lágrimas, dándome cuenta sólo entonces de que había estado llorando.

"No, pero encontré algo más. O, mejor dicho, a otra persona", dijo Xander, con la voz cargada de emoción.

Nadine se volvió rápidamente, sus ojos se abrieron de par en par en cuanto me vio. No hubo reconocimiento inmediato. No lo esperaba. Sólo había sorpresa... y una pizca de alarma.

Contemplé las profundidades de los mismos expresivos ojos castaño oscuro que tan bien

conocía. Incluso en la vejez, su rostro había cambiado muy poco con respecto al aspecto juvenil que yo tenía ahora. Tenía los mismos pómulos altos, la mandíbula bien definida y la nariz recta. En este momento, no tenía ninguna de las hermosas arrugas que algún día se formarían alrededor de los ojos y la boca y se profundizarían cuando sonriera. Siempre fue esa sonrisa cálida y cautivadora la que definió para mí el rostro de mi abuela.

Más que sus rasgos físicos, admiraba el porte desenvuelto y seguro de mi abuela. Había un aura de gracia que acompañaba cada uno de sus movimientos, una fuerza silenciosa que resonaba con la sabiduría acumulada a lo largo de los años. Bastaba estar un momento en su presencia para darse cuenta de que el carácter de esta mujer era un testimonio de la riqueza de las experiencias y de su propio espíritu innato.

Siempre me llenaba de orgullo cuando alguien decía que me parecía a ella en esto o aquello.

En este momento, nuestros peinados diferían, por supuesto. El mío era corto y el de ella largo y recogido en una coleta. Yo era un poco más alta y tenía rastros de las raíces irlandesas de mi padre en las pecas y los tonos rojizos de mi piel. A lo largo de los años, había oído decir a la gente que, aunque mi madre había heredado todo el aspecto persa clásico de Xander, yo me parecía más a mi abuela. Quizá por eso me reconoció fuera.

Calculé rápidamente nuestras edades. En aquel momento, ella tenía treinta y seis y yo treinta y dos. Podríamos habernos confundido fácilmente con hermanas. Pero nos unía algo más que nuestro aspecto. No sólo nos parecíamos mucho, sino que las dos éramos arriesgadas y temerarias. Yo no tenía ningún problema con eso.

Por otro lado, también compartíamos las mutaciones genéticas que nos hacían susceptibles a enfermedades similares. Lo que se había saltado una generación en Layla había resurgido en mi huella de ADN. Fue la insistencia y el ánimo de mi abuela lo que me llevó a unirme a la División de Desplazamientos Cuánticos.

Cuando Nadine rompió por fin el silencio, su tono era tan sereno y amable como si hubiera esperado que me pasara a tomar una taza de té. "Tú y yo somos parientes".

"Sí, lo somos. Soy... soy Avalie..."

Se me había formado un nudo en la garganta que me impedía pronunciar las palabras. Mi mirada se fijó en la niña, que se había girado en brazos de su madre para mirarme, con una dulce sonrisa dibujada en el rostro. Mirar a la niña sólo hacía que me costara más hablar.

Mi mente saltó a las historias de Nadine sobre el momento en que intentó convencer a Xander de que los viajes en el tiempo eran reales. No era una experta en la materia, pero mientras me encontraba a metro y medio de una niña que un día sería mi madre y de una joven que sería mi abuela, me invadieron sentimientos muy intensos.

Respiré hondo y miré a Xander, que, gracias a Dios, ni siquiera se inmutó. Su mirada estaba fija en Nadine. Como siempre, ella era su prioridad.

"Soy Avalie Briar..." Intenté empezar de nuevo, pero mis lágrimas obstinadas no paraban. Asentí al bebé. "Soy la hija de Layla. Vengo de... soy del año 2079 y..."

Nadine le entregó el niño con cuidado a Xander mientras se acercaba a mí. Un instante después, sentí que sus brazos me estrechaban en un fuerte abrazo.

"Avalie", murmuró. "Me encanta ese nombre".

Dios mío.

Generalmente no era propenso a llorar. Ni mucho menos a sollozar. Por lo general, me las arreglaba para controlar mis emociones. Sin embargo, en ese preciso momento, el acto de tocar, oler y abrazar a la persona que siempre había sido mi ancla, a la que había amado y adorado toda mi vida, fue mi perdición.

Los abrazos eran el poder secreto de Nadine, decía siempre mi madre. Cuando crecí, yo también llegué a creerlo. Tener sus brazos a tu alrededor no era solo una venda. Era una cura para los sentimientos heridos, las rupturas, las palabras airadas, las decepciones, junto con los cortes y los moratones que acompañaban al crecimiento de un niño activo. Apreciaba sus abrazos. Nunca se apresuraba a soltarme. No tenía miedo de abrazarte demasiado tiempo, de inmiscuirse en tu espacio o de atentar de alguna manera contra tu independencia. Sus abrazos eran amor, cariño y me hacían saber que estaba ahí para mí. Siempre y para siempre.

Ahora lo sentía. Todo.

El amor es eterno.

No sé cuánto tiempo estuvimos así. Ninguno de los dos quería soltarse, y sólo las quejas del bebé por estar desatendido hicieron que Nadine me soltara y le quitara a Layla a Xander.

"Tengo un millón de preguntas", dijo mientras el bebé se acomodaba en los brazos de Nadine. Luego los rodeó con el brazo.

"Sí", dije rápidamente. "Por supuesto".

La reunión familiar despertó en mí el temor de estar a punto de perderlos. Mi concentración se intensificó, percibiendo una auténtica urgencia en la situación que teníamos ante nosotros.

Cuando mi mirada se desvió hacia las ventanas occidentales de la casa, me di cuenta de que ya se habían corrido un par de persianas, dejando entrar la luz del sol.

"Has vuelto un día antes. Eso está bien, mientras nadie lo sepa".

"¿Están Nadine y el bebé en peligro?" preguntó Xander, su expresión se ensombreció al rastrear la dirección de mi mirada. Detectó mi preocupación. Era el mismo luchador que yo conocía.

"Sí, lo son".

"Entonces tenemos que irnos", dijo, mirando a Nadine.

"Lo haremos", dijo con calma, haciéndole un gesto tranquilizador con la cabeza. "Pero escuchemos primero lo que Avalie tiene que decir".

Mi madre me había contado muchas historias sobre su infancia. Xander y Nadine siempre estaban de un lado para otro. Layla nunca se quedaba en el mismo colegio durante mucho tiempo. No mantenía el contacto con viejos amigos. Tenía la impresión de que todo estaba relacionado con el trabajo, a pesar de que Xander era un millonario hecho a sí mismo y Nadine no trabajaba fuera de casa. En algún momento -supongo que cuando Layla se casó y yo nació- dejaron de moverse, pensando que estaban a salvo. Lo bastante seguros, en cualquier caso.

"Huir es inútil", les dije. "No hay forma de esconderse de ellos. Os encontrarán. Vuestro nombre está en la lista negra".

Era duro decir esas palabras, pero era la verdad. Y sabía que Nadine entendía de lo que hablaba. Me acerqué a la ventana más cercana y bajé la persiana a la altura que recordaba.

"Por eso salté atrás en el tiempo. Tenemos que enfrentarnos a ellos y hacer que su asesino rompa el protocolo".

"Sabía que llegaría este día", murmuró Nadine a su marido, acunando al bebé con más fuerza entre sus brazos. "Todo ha sido tan maravilloso. Demasiado bueno para ser verdad".

Seguía tranquila, pero su tono transmitía ahora una mezcla de aprensión y resignación.

Xander negó con la cabeza. "Haremos lo que tengamos que hacer".

"Todavía podría volver".

Sacudió la cabeza. "Esa *no* es una opción".

"Tiene razón", le dije. "Volver no es la solución. Incluso si lo haces, se centrarán en Layla una vez que descubran su existencia. De una forma u otra, ella ya está influyendo en la historia".

Nadine palideció.

"Y al eliminarla a ella", dije. "Me borran a mí también".

Ambos me miraron fijamente.

"Pero tengo un plan".

Capítulo Diecisiete

Reed

CUANDO LLEGUÉ por primera vez a la ciudad, caminé por el sendero de la playa, explorando la zona y buscando buenos lugares para hacer surf. A unos cientos de metros al norte del muelle de San Clemente, el sendero pasaba por un estrecho valle y una carretera que desembocaba en un parque de aspecto agradable. Apartamentos y casas de playa cubrían las colinas limítrofes. Una gran zona de juegos, campos de hierba, palmeras y mesas de picnic llenaban el parque.

Se trataba de Linda Lane. A la playa -un paraíso para nadadores y practicantes de boogie board- se accedía por un túnel que discurría bajo las vías desde un pequeño aparcamiento. Con marea baja, se podía caminar por el agua desde Linda Lane hasta el muelle. Sin embargo, tanto con marea baja como alta, se podía ir fácilmente a pie o en bicicleta por el sendero desde San Onofre Park, pasando por San Clemente, hasta Dana Point.

Al igual que T-Street Beach y las demás playas de este tramo de costa, Linda Lane tenía su propia personalidad y encanto. Tranquila y apacible, era un lugar ideal para familias. De hecho, tenía ambiente de barrio.

Pero hoy no.

La tranquilidad se vio interrumpida en ese momento por coches de bomberos, una ambulancia y media docena de coches de policía y vehículos del Parque. El personal de emergencia permanecía junto al acceso al túnel y una multitud de uniformados se arremolinaba en la playa.

Hace poco más de media hora, Vaughn me había enviado un mensaje de texto, exigiendo que me reuniera con él aquí. Era urgente, dijo. Un cuerpo había llegado a la costa. Alguien a quien definitivamente querría ver.

Mientras conducía la corta distancia que separaba mi apartamento de Linda Lane, mi mente estaba fija únicamente en Avalie. No podía deshacerme de la sensación de que, fuera lo que fuera a lo que Vaughn me estaba arrastrando, de alguna manera estaba relacionado con ella. Me había dejado en el gueto del surf apenas seis horas antes -no en las condiciones más amistosas- y la mera idea de que le ocurriera algo me inquietaba. No, era peor que eso. Tenía un retorcimiento en las tripas que no se calmó en todo el camino hasta la escena.

Afortunadamente, Avalie no era la figura oscura y sin vida de la playa.

"Los surfistas lo vieron hace un par de horas y los socorristas lo sacaron".

Estábamos junto a una multitud de transeúntes junto a un muro que daba a las vías y a la

playa. Desde aquí, no podíamos ver mucho del cadáver.

"¿Cómo te has enterado?"

"Llevo todo el día intentando localizarle, desde que me dijiste que anoche no se presentó", explicó Vaughn, mirando hacia el cadáver. "Supongo que podemos aceptar su excusa para no encontrarnos".

¿Por qué este tipo tenía que ser tan gilipollas?

"Alguien en la playa lo reconoció tan pronto como fue arrastrado. Creo que esto era parte de su ruta habitual por la ciudad".

"¿Quién te ha llamado?"

"Tengo mis fuentes. Oídos y ojos en todas partes", respondió, mostrando ego en su tono. "Probablemente recibí la llamada antes que el Departamento del Sheriff".

"¿Cuánto tiempo estuvo en el océano?"

"No lo sé."

"¿Cuándo fue la última vez que alguien lo vio vivo?"

"Ayer, que yo sepa". Vaughn se encogió de hombros. "Le dije que se reuniera contigo en el Gueto del Surf".

"¿Cuándo fue eso?"

"Te lo dije ayer. Eso sería el martes", dijo despacio, como si hablara con un niño.

Respiré hondo y vi cómo metían el cuerpo en una bolsa para cadáveres. Quizá también hubiera sitio para Vaughn.

La advertencia de Avalie había permanecido en mi mente desde que se había alejado de mí esta mañana. Alguien nos había encerrado en ese contenedor. Por supuesto, tal vez no había ningún *nosotros*. Tal vez el gas venenoso era sólo para mí. ¿Y si me hubieran estado siguiendo y ella hubiera sido un daño colateral?

"¿Cómo le dijiste a este tipo que se reuniera conmigo?" le pregunté.

"Tengo mis maneras".

"¿Tiene... tenía un teléfono móvil? ¿Tiene a alguien que contactó con él por usted? ¿Cómo lo hizo?"

"¿Qué intentas hacer... microgestionarme? ¿Quieres mi trabajo?" Dijo Vaughn, claramente molesto. "Mira, yo hago mi parte. Tú haz la tuya. Yo no pregunto por los detalles de lo que haces. No te metas en mis asuntos".

Mientras lo medía, tuve que reprimir conscientemente mi ira. Aún tenía que trabajar con él en esta misión.

"Bien, déjame preguntarte esto. ¿Qué crees que le pasó?"

En la playa, subían el cuerpo a una camilla.

"Ahogado".

"¿Juego sucio?"

"Puede ser. Suele ocurrir". Vaughn se encogió de hombros. "Pero están teniendo un año récord de muertes de vagabundos en el condado. Se ahogan. Los atropellan los coches. Saltan al paso de los trenes en las vías... cuando el tren está en marcha. También hay sobredosis. Muchas. Y enfermedades. El Estado prevé que a finales de año entre el 8% y el 10% de la población sin hogar del condado habrá muerto".

"Mira, Vaughn. No necesito estadísticas. Quiero información sobre tu contacto. Dijiste que trabajaba para ti. Quiero saber cómo murió y si su muerte está relacionada con el trabajo que tengo que hacer mañana."

"Bueno, a diferencia de vosotros, no puedo saltar en el tiempo cuando me apetece y buscar

informes policiales dentro de una semana o un mes y volver aquí enseguida con todos los detalles. Soy un simple mortal, amigo. Un tipo que vive y respira en 2023. Soy muy bueno en lo que hago, pero estoy limitado en la cantidad de información que puedo reunir y la rapidez con la que puedo conseguirla".

Todo lo relacionado con Vaughn empezaba a molestarme. El cabrón tenía un chip en el hombro del tamaño de Detroit. Por ninguna razón que yo supiera, parecía tener una actitud poco cooperativa.

Durante toda mi carrera, siempre había sido el tipo de agente que apreciaban mis superiores. Me desenvolvía sin problemas en cualquier situación. Pero Vaughn tenía la extraña habilidad de sacar lo peor de mí. Nuestras interacciones parecían chispear de tensión, haciendo que cada intercambio con él fuera más exasperante que el anterior.

Supongo que lo que más me molestó fue que no le importara que se me pusieran los pelos de punta.

Lo mejor que podía hacer era centrarme en la tarea y no dejar que las personalidades estropearan los planes. Sólo me quedaba un día más de trabajo con él. Sólo un día más, me recordé a mí misma.

"¿Qué averiguaste sobre Avalie?"

"Pude relacionar el número que me diste con un dispositivo. El último ping que recibí fue a lo largo de El Camino Real. Pero ahora no hay señal. Sigo buscando. Mi gente mantiene sus ojos y oídos abiertos alrededor de San Clemente".

Pensé en hacer un comentario cáustico sobre la muerte de su gente en la playa, pero me contuve.

"¿Has comprobado si alguien más de la agencia fue asignado a un trabajo en esta zona?"

"Lo hice. Nada en el informe más reciente que recibí. Sea quien sea, es posible que sea una operadora deshonesto. No está en ningún sistema al que pueda acceder".

Me dijo que volveríamos a vernos, y la creí. En cuanto a si nuestro encuentro se produciría en este bucle del giro o en el futuro, no tenía ni idea. En ese momento, lo único que me importaba era esperar que nuestras misiones actuales no se cruzaran.

"El trabajo de mañana", dijo Vaughn, interrumpiendo mis pensamientos.

"Bien. ¿Cuándo se espera que vuelva la pareja?"

"A media tarde".

"¿El marido?"

"Estará con ella. Pero sabiendo cómo te gusta trabajar, puedo idear una situación en la que le llamen y deje a Nadine sola en casa".

"Hazlo".

Si podía evitarlo, no me gustaba involucrar a nadie relacionado con el objetivo. Sin daños colaterales. En cuanto a la propia Nadine, todos los agentes conocían las reglas. Renunciaron voluntariamente a sus vidas y se comprometieron a cumplirlas. Cuando alguien de mi sector llegaba para enfrentarse a ellos, conocían bien sus opciones. Pensé en Volpe. Por mucho que me hubiera gustado impartir justicia a su madame compinche, tuve que dejarla marchar, al menos por el momento.

"Apuntemos a las 8:00 pm", sugirió Vaughn. "El marido debería estar fuera de casa para entonces".

"¿Cuál es tu distracción?"

"¿En serio?" Me lanzó una mirada molesta. "Mira. Tú céntrate en tu trabajo. Yo me ocuparé del mío".

"Lo haré".

"Y tal vez, de aquí a entonces, puedas trabajar en tus habilidades directivas. Tal y como están las cosas, no son impresionantes".

Era todo lo que podía hacer para contenerme. Estuve tentada, *tan* tentada, de darle un primer plano de mis habilidades directivas... con un fuerte izquierdazo en medio de su gruñona vagina.

Capítulo Dieciocho

Avalie

ME RESULTABA incómodo pensar en ese Xander como mi abuelo, ya que en ese momento sólo era siete años mayor que yo. Los abuelos que yo conocía tan bien eran bastante mayores. Pero sus personalidades eran iguales a las de esta pareja.

Con Xander, tenía la ventaja de conocer tanto su pasado como su futuro. Era reconocido como un genio dentro de la industria tecnológica de principios del siglo 21st, y siempre pensé que gran parte de mi aptitud en ese campo tenía que estar genéticamente ligada a él. Pero incluso en su vejez, tenía un sentido innato de la protección. Así que no me sorprendió que ya tuviera un plan de emergencia -y un plan de contingencia para el plan de emergencia- para el escenario al que nos enfrentábamos ahora.

Si había una amenaza para Nadine, y la familia tenía que desaparecer, nadie los encontraría. Nadie.

Les había hablado del peligro inminente. Alguien había sido enviado para obligarla a regresar. Si no accedía, el agente asesino la eliminaría.

Xander estaba preparado. Quedarse en la casa de la Avenida Victoria era imposible. Disponían de suficiente dinero como para salir del país y vivir cómodamente fuera de la red en casi cualquier parte del mundo. Tenían una casa en Colorado y otra en Nueva York. Pero escapar a un lugar lejano tampoco funcionaría. Tenía que recordarles que los sistemas de seguridad y los guardaespaldas y la distancia no acabarían con la amenaza, aunque tenía teléfonos móviles desechables para sustituir a los que tenían, nuevos documentos de identidad y todo lo que pudieran necesitar.

Los asesinos estaban entrenados para perseguir. Eran cazadores, expertos en localizar a sus presas.

Mi estrategia pasaba por enfrentarme directamente a Reed y poner fin a la persecución. De lo contrario, el nombre de Nadine seguiría en la lista de asesinatos, y uno u otro asesino acabaría por alcanzarla.

Pero necesitábamos estar a salvo ahora mismo.

Xander lo tenía cubierto. El piso franco era un lugar seguro en San Clemente, comprado y acondicionado específicamente para situaciones como la que estábamos viviendo. No había ningún vínculo entre esa propiedad y Nadine o Xander. Incluso el coche que compró para ese lugar y que guardaba en el garaje era un Subaru wagon de 1978 con poco kilometraje, sin

instrumentación electrónica ni posibilidad de seguimiento por GPS.

Cuando llegó el momento, nos escabullimos.

La casa segura -una estructura de dos plantas y cuatro dormitorios encaramada a una colina en un barrio con vistas al extremo norte de San Clemente- tenía unas vistas impresionantes del Pacífico. En la parte trasera de la casa, había un spa enterrado en el patio privado vallado y orientado hacia el océano. El entorno, impecablemente ajardinado, garantizaba una privacidad absoluta. Fue una sorpresa saber que una propiedad tan hermosa había estado vacía desde su compra a finales del año pasado. Xander mantenía el lugar preparado para situaciones exactamente como ésta.

En una conversación que mantuvimos mi abuela y yo en el futuro, ella había mencionado el tiempo que pasaron en la propiedad de la Avenida Victoria, pero no mencionó este lugar. Ahora me entero de que Xander la compró como inversión y como lugar seguro al que escaparse. Sus otras estancias en San Clemente fueron en la otra propiedad. Nunca habían tenido que usar esta. Hasta ahora.

Los dos conocían mi plan para mañana. Ahora, todo lo que podíamos hacer era esperar.

Los tres nos sentamos en el patio y cenamos algo ligero, aunque nadie tenía demasiada hambre. Layla dormía plácidamente en una cuna portátil, colocada justo dentro de la puerta corredera. Xander encendió un fuego en la chimenea y nos acurrucamos a su alrededor. El sol ya se había ocultado tras la isla Catalina, pero sus persistentes rayos seguían encendiendo las nubes dispersas en el cielo del atardecer.

Como era de esperar, Xander y Nadine tenían muchas preguntas sobre mí y mis padres y sobre lo que había provocado este salto en el tiempo. Su curiosidad era comedida, por supuesto. Comprendían los viajes en el tiempo y esperaban con justificada preocupación que algún día apareciera alguien del futuro.

Fue una conversación difícil de asimilar. A finales del año pasado, fue mi abuela -la versión anciana de esta misma mujer- quien me había dejado boquiabierto cuando me contó por primera vez que existía un mundo alternativo en el que mi madre y yo no existíamos. Cuando ella viajó y decidió quedarse con el hombre al que amaba, el "pasado" establecido sufrió una transformación. La historia familiar se había reescrito y mi madre y yo habíamos llegado a existir.

Xander comprendió el aspecto alucinante de los viajes en el tiempo. Se inclinó hacia delante y bajó el gas de la chimenea.

"Era realmente escéptico, pero luego me encontré persiguiendo a Nadine hasta un tiempo y un lugar que apenas podía concebir. A veces todavía me cuesta creerlo". Sacudió la cabeza. "Pero lo que es aún más increíble es lo mal que olía la Inglaterra de la Regencia".

Nadine le dio un ligero puñetazo en el brazo y ambos rieron. "Durante este último año, he tenido que explicarte pacientemente una y otra vez el concepto".

"Bueno, más o menos con paciencia", bromeó, guiñándome un ojo. "Pero en serio, me sigue dejando alucinada. Y verte de pie en nuestra entrada casi me hace caer de pie".

Intentaba mantener un tono distendido, pero yo notaba la emoción en su voz.

Le sonreí. "Me reconociste. Confiaste en mí".

"¿Cómo podría no hacerlo? Miraos los dos".

Nadine me cogió la mano. Su boca se frunció como siempre que estaba muy preocupada por algo.

"Dime, Avalie. ¿Estás enferma? ¿Tienes lo mismo que yo?" Sus ojos se desviaron hacia la puerta mosquitera. "¿Lo tiene Layla?"

Lo comprendí de inmediato. Entre ese momento y el mío, la ciencia encontraría la cura para

muchos tipos de cáncer, pero no para el que padecía Nadine.

No esperó a que contestara. "Por si no lo sabes, tengo un tipo raro de linfoma que no responde a los tratamientos".

"Lo sé. Mi madre no lo tiene". la tranquilicé. "Me dijiste que se sometió a pruebas y permaneció bajo la atenta mirada de un especialista durante años. Pero nunca mostró ninguno de los síntomas.

Nadine y Xander intercambiaron una mirada de alivio.

"Ahora tiene cincuenta y seis años, goza de buena salud, es activa y no tiene ningún problema médico real".

Me apretó la mano. "Estoy tan contenta."

"Y en el futuro tampoco lucharás más contra esta enfermedad", le dije.

"¿No?" Intercambió una mirada con Xander.

Era una noticia que no sabía que compartiría. Su vida... *su vida*... sería diferente a partir de ahora. "No. Tú creías -o más bien, llegarás a creer- que viajar al pasado de alguna manera reiniciaba el reloj, deteniendo el avance de la enfermedad por completo".

Nadine se había criado en un hogar juvenil desde que sus padres murieron trágicamente en un accidente de tráfico cuando ella tenía doce años, lo que la convirtió en una menor tutelada por el Estado. Recibió su primer diagnóstico de cáncer a los veintidós años, tras años de pasar por alto sus síntomas. Por desgracia, la enfermedad tenía un pronóstico sombrío. Era una sentencia de muerte.

Los recuerdos de las largas conversaciones que habíamos mantenido al respecto inundaron mi mente. Nunca le había hablado a Layla, mi madre, ni del linfoma ni de los viajes en el tiempo. Nadine sólo confió en mí cuando me diagnosticaron una fase temprana de la misma enfermedad.

Contó que, en su vida futura, habían estado a punto de trasladarla a un hospicio cuando un administrador vino a hablar con ella y le explicó que había un nuevo ensayo que podría ayudarla. Nadine aprovechó la oportunidad. Admitió que en realidad no tenía esperanzas, pero no le quedaba otra opción. Recordaba haber pensado que, al menos, podría sustituir a uno de los animales que utilizaban para la investigación médica. Un par de días después, una mujer con una placa la visitó y la reclutó para el programa Quantum Commute.

"Cuando entré en el programa", cuenta ahora Nadine, "me dijeron que nunca podrían curarme. Sin embargo, la motivación para unirme era que mi cáncer podía remitir si saltaba en el tiempo. Habían descubierto que se podía detener el desarrollo celular durante la dispersión molecular y la regeneración".

"Así es. Compartiste todo esto conmigo en el futuro", recordé. "Dijiste que empezaron despacio al principio, saltándote hacia atrás sólo unos minutos cada vez... y luego hacia delante de nuevo hasta tu presente. Durante un mes, lo hicieron todos los días. Y luego otro mes. Empezaste a ponerte más fuerte y siguieron haciéndolo, mes tras mes. Las pruebas y los escáneres demostraron que funcionaba".

Nadine asintió. "Y el reinicio, como dijiste que llegué a creer, fue permanente".

"Pensaste que los repetidos viajes en el tiempo a los que te sometiste entre los veinte y los treinta eran la cura. Cuando yo nací, ya no presentabas síntomas".

"Y Layla no obtuvo la mutación genética".

"No."

Nadine volvió a mirar a su hija, dormida en la cuna. "¿Es feliz?"

"Mucho".

"¿Casado? ¿En una relación?"

Por supuesto, estas eran las cosas por las que normalmente preguntaban las madres. Mi propia madre no era diferente. Una de sus mayores preocupaciones era que yo no hubiera formado una familia.

"Sí. Está casada con mi padre. Supongo que seguirán casados mientras vivan. Son muy felices. Dos guisantes en una vaina. Inseparables".

"¿Cómo se llama?" Preguntó Xander.

"Callum. Callum Briar."

"¿Irlandés?", preguntó.

"¿Tienes algo en contra de los irlandeses?" Bromeé.

Se rió entre dientes. "No, de hecho, una joven irlandesa de Hythe, Inglaterra, fue quien nos salvó".

"Deirdre", dijeron ambos simultáneamente, compartiendo una sonrisa.

Era una historia que no había oído antes, y tomé nota mental de preguntarles sobre ella si alguna vez tenía ocasión.

"¿Los ves a menudo?" preguntó Nadine. "¿Los vemos? Espera, no respondas a eso".

Miró a Xander.

"¿Qué ocurre?", preguntó.

Se volvió hacia mí. "Dijiste que sigo viva en tu tiempo futuro, pero no quiero saber si Xander no lo está. Sólo cuéntame más sobre ti y tu madre".

"En primer lugar, *los dos estáis* vivos y bien", le dije. "En mi época, tienes noventa y un años, y aún caminas tres kilómetros al día *antes de* venir a buscar a Xander para pasear por tus jardines".

"¿Qué me pasa?", preguntó.

"Eres demasiado testarudo para que te operen de la cadera y la rodilla", dije señalando a Nadine. "Pero ella está trabajando en ti."

"¿Testarudo? Me sorprende", se rió entre dientes, pero enseguida se puso serio. "¿*Pero* te vemos a menudo?"

"Me ven todo el tiempo, y vemos a mis padres siempre que vienen de visita. Viven en una granja de caballos a las afueras de Cork, en Irlanda".

"¡Encantador! ¿Es ahí donde creciste?"

"No. Se mudaron allí hace sólo ocho años. Mi padre heredó la propiedad de sus padres y ellos aprovecharon la oportunidad de llevar una vida más sencilla", expliqué. "Les encanta. El clima del mundo se ha deteriorado mucho, pero donde viven sigue siendo bastante verde. La granja está lo bastante cerca de la ciudad de Cork como para ofrecer algo de cultura, pero su pueblo es lo bastante pequeño como para que todo el mundo conozca a su vecino".

"¿Y dónde vives?"

"Yo vivo en Los Ángeles. Vosotros vivís en Montecito, cerca de Santa Bárbara. Nos reunimos casi todas las semanas". Sentí que mi voz se engrosaba por la emoción. "Vuestra casa siempre ha sido mi segundo hogar. Vosotros dos lo sois todo para mí".

"Eh, ven aquí."

Se levantó y me puso de pie. Un momento después, me rodeó con sus brazos. Esta era la Nadine que recordaba. Todo afecto. Su abrazo tenía el poder de hacerlo todo mejor.

Me soltó del abrazo, pero se aferró a mis manos. Mientras me miraba, tenía lágrimas en las mejillas.

"Pero quiero saber de ti. Estás aquí. Supongo que eso significa que estás en la División de Transporte Cuántico". Su voz llevaba una nota de preocupación. "¿Tienes lo que yo tengo?"

"Tenía. Como dije, su cáncer parece estar en remisión permanente".

Ella asintió. "Pero, ¿y tú?"

intervino Xander, con una expresión feroz. "Nadine me dijo que todos los que fueron reclutados en el programa eran terminales. ¿Eso significa que tú...?"

"Me sometí a las pruebas genéticas cuando era muy joven. No apareció nada. Simplemente vivía mi vida... hasta finales del año pasado".

"¿Y?" Preguntó Xander.

"Tuve unos ganglios linfáticos agrandados que achacaron a un virus. Nada debilitante, pero fue entonces cuando interviniste". Apreté la mano de Nadine. "Querías que volviera a hacerme pruebas. Que viera a los expertos. Obtener segundas opiniones. En el futuro, la ciencia avanza demasiado rápido como para fiarse de los resultados antiguos. Habían pasado más de diez años desde mis últimas pruebas".

"¿Qué encontraron?" Preguntó Nadine.

"Tengo las mutaciones de la enfermedad. Esa era la verdadera causa del aumento de tamaño de los ganglios linfáticos".

"¿Algún otro síntoma?", preguntó.

"Ninguna. Pero fue cuando me hablaste de tu enfermedad. Habías perdido diez kilos en seis semanas. Experimentaste dolor neuropático. Entumecimiento en tus pies, piernas y manos. Otras cosas también. Yo no tenía ninguno de esos síntomas. Lo mío se detectó pronto".

"En mi caso, empeoró tanto que no podía andar. Cada día estaba más débil", dice Nadine. "¿Qué hicieron después de identificar la enfermedad?"

"Una mutación genética, no la enfermedad. Tras someterme a más pruebas, incluida una biopsia, me dieron las estadísticas. Los marcadores eran lo suficientemente altos para un diagnóstico oficial. También me dijeron que lo que tenía acabaría siendo terminal". Al ver las expresiones de dolor en los rostros de Nadine y Xander, me sentí obligado a compartir más. "Pero aún no había llegado a ese punto. Podía pasar una década antes de que la enfermedad se deteriorara hasta ese punto. Los médicos dijeron que tal vez para entonces habría una cura. Sin embargo, expresaron sus dudas, citando la rareza de este tipo de cáncer, y la reticencia del sistema sanitario 'con ánimo de lucro' a priorizar el bienestar de una población más pequeña."

"Algunas cosas nunca cambian", murmuró Xander.

"¿Qué hiciste después?" preguntó Nadine.

"Bueno, estuvisteis conmigo. Los dos estuvisteis conmigo en todo", les transmití. "Fue entonces cuando mencionaste por primera vez a los Viajeros Cuánticos. No tenía ni idea de que existieran los viajes en el tiempo. Insististe en que me metiera en el programa".

"Cuando me contrataron, los viajeros tenían que tener una enfermedad terminal. Venían a por ti, no al revés", dice Nadine.

"Cierto, pero algunas cosas han cambiado. Un recluta no tiene por qué tener una enfermedad terminal, pero tenerla mejora tus posibilidades de entrar. Y puede presentarse al programa si le remite otro agente", le expliqué. "Entre lo que me contaste y mi propia investigación, descubrí que los candidatos preferidos eran los que no tienen familia. Ni padres, ni hermanos, ni parejas que fueran a buscarlos. La agencia no quería que nadie hiciera preguntas en la sede mientras un viajero está en una misión. Además, a los mejores reclutas se les exige un cierto nivel de estudios, buenas notas en los exámenes y capacidad para rendir físicamente. Aunque, a nivel intelectual, yo sabía todo esto, hasta que no hice mi primer salto, no comprendí realmente lo duro que puede ser para el cuerpo un salto cuántico."

"¿Cómo reuniste todos esos requisitos?" Preguntó Xander. "Una comprobación de

antecedentes te habría relacionado con Nadine. Eso habría sido un problema para todos".

"No cuando presenté mis expedientes. Gracias a ti, ya desmontaba, montaba y programaba ordenadores antes incluso de empezar la primaria. No lo compartí con ellos, pero me he hecho una vida bastante buena como hacker informático. Mi forma legítima de ganar dinero es un estudio de artes marciales que dirijo en Los Ángeles". Me encogí de hombros. "Así que me inventé un nuevo expediente personal sin familia... junto con excelentes referencias, notas en los exámenes y todo lo que necesitaban. Conseguí entrar".

"Estoy muy orgulloso de ti", dijo Xander. Fue un momento de déjà vu para mí. Le había oído utilizar las mismas palabras y el mismo tono décadas atrás cuando les anunciara que me habían aceptado.

"Los viajeros solían estar organizados en divisiones específicas". Dijo Nadine. "¿En cuál entraste tú?"

"Bueno, acababa de terminar el entrenamiento básico cuando pirateé su sistema y encontré tu nombre en una lista de desaparecidos en acción", expliqué. "Todavía estaba esperando mi asignación a una división cuando vine aquí".

"¿Me estás diciendo que llegué a los noventa y un años sin que nadie me persiguiera, pero ahora quieren perturbar nuestras vidas?". Nadine sacudió la cabeza con incredulidad.

"Quizá sea la diferencia entre la línea temporal que tú experimentaste y en la que yo me encuentro. Lo más probable es que sea la consecuencia de numerosos cambios en la historia realizados por otros saltadores temporales que se rebelaron y se quedaron en el pasado. Pero no lo sé. A lo largo de mi formación, hubo frecuentes referencias a las *correcciones*. Corregir los errores cometidos por la agencia es algo muy importante para ellos".

Xander frunció el ceño. "Espera, ¿sólo has terminado de aprender lo básico y has vuelto aquí?"

Asentí, mirando a mi abuela. "Tuve que hacerlo. Habéis hecho un trabajo increíble evitando que os detectaran, pero cuando pirateé las listas de asignaciones y vi tu nombre, tuve que hacer algo de inmediato."

"¿Lo hablaste conmigo antes de reaccionar?" preguntó Nadine. "Quiero decir, ¿en el futuro?"

No quería admitir que en el momento en que descubrí su nombre en la lista de asesinatos - con un Asesino ya asignado a su caso- comencé inmediatamente a planear un salto en el tiempo para mí.

No podía esperar. Retrasar el salto cualquier cantidad de tiempo podría haber sido fatal. Si Reed conseguía llegar hasta Nadine antes de que yo tuviera la oportunidad de intervenir, no habría mañana para mí, ni para mi madre, ni para mi abuela. Todos desapareceríamos sin dejar rastro. Esa era una corrección que no podía dejar que ocurriera.

Así que inmediatamente requisé los dispositivos que necesitaría, revisé los manuales y cargué la información esencial en la memoria de Payam para este momento y lugar.

"¿Avalie?" Presionó Xander, irrumpiendo en mis pensamientos. "¿Viniste a hablar con nosotros antes de saltar en el tiempo?"

Como no quería preocuparles con la verdad, mentí. "Por supuesto. Planeamos cada paso de esto meticulosamente".

El intercambio de miradas entre ambos reveló su escepticismo. Comprendieron que, dijera o no la verdad, yo era un saltador del tiempo procedente del futuro. Poseía información crucial de la que ellos no disponían. Y me jugaba tanto como ellos.

Nadine me puso suavemente una mano en la rodilla. "¿Cuándo llegaste a San Clemente?"

"Sábado".

"¿Qué has estado haciendo?"

Pasar tiempo con un enemigo al que vine dispuesta a matar. Peor que eso, tener sexo con él. Salvarle la vida cuando fácilmente podría haberle abandonado. Enredarme en una compleja red de emociones.

Me alegré de que la oscuridad del patio ocultara mi cara sonrojada.

"¿Qué he estado haciendo? Déjame pensar. Haciendo turismo. Desde que pude meterme en el mar, intenté hacer surf. Ah, y me las arreglé para detener un robo en tu casa de la Avenida Victoria".

Todo eso era cierto, aunque eludiera los detalles más personales.

"¿Robo? ¿Cuándo?" Preguntó Xander. "El sistema de seguridad nunca mostró ningún allanamiento. Cuando llegamos, recorrí la casa. No vi..."

"Estoy bien, papá", le aseguré, usando el nombre cariñoso con el que siempre me dirigía a él. "Ese era mi plan. Algo que me prometí que haría por vosotros dos si alguna vez volvía a saltar a este año o lugar".

"¿Qué plan?" Preguntó Xander.

Me volví hacia Nadine y les conté lo que me había contado sobre su marcha de San Clemente a causa de un robo y su no regreso, a pesar de su afecto por la ciudad costera.

"Pensé que deteniéndolo..." Desplacé mi mirada hacia Xander. "Y asegurándome de que nunca se enterara, podría darle unos cuantos capítulos felices más en el sur de California".

Sacudió la cabeza y se echó a reír. "Y tengo el mejor sistema de seguridad que el dinero puede comprar".

Nadine se inclinó hacia él y le dio un beso en los labios. "Estás hablando con tu nieta. Un genio, como tú".

Todavía sonreía cuando se volvió hacia mí. "¿Cuántos eran?"

No quería preocuparle con los detalles, incluido el hecho de que mi costilla seguía magullada por el incidente. "Eso no importa. Estabas en Colorado. Según me explicaste, viste lo que pasaba en tu sistema de seguridad, pero no pudiste hacer nada. Llamar al Departamento del Sheriff tampoco sirvió de nada. Los ladrones eran demasiado rápidos y las fuerzas del orden demasiado lentas. Inmediatamente después, pusiste la casa en venta y los tres nunca volvisteis".

"Se parece a mi Xander", sonrió Nadine.

Hicimos una pausa y escuchamos el ladrido de los coyotes a lo lejos. Miré al cielo y al millón de estrellas que había sobre él.

"Pero nunca me hablaste de este piso franco".

Xander se rió. "¡Ja! Así que había algo que me las arreglé para mantener lejos de ti, Missy."

De repente, las lágrimas brotaron y se filtraron de mis ojos. No pude evitarlo. Si cerraba los ojos y no miraba sus jóvenes rostros, este momento podría ser cualquiera de las cien tardes que pasamos juntos en su patio de Montecito. Mientras crecía, Nadine usaba una docena de cariños, como *Calabaza* o *Cariño* o *Hermosa* o *Mi amor*. Pero para Xander, siempre fui *Missy*.

"¡Lo siento! Perdón!" Me disculpé rápidamente, al notar sus miradas preocupadas. Les conté algunas anécdotas sobre los momentos especiales que había pasado con ellos y nos reímos juntos de los moteos y apodosos.

Layla se revolvió en la cuna y Xander se puso en pie de inmediato para ver cómo estaba.

"Por favor, sácala", dijo Nadine cariñosamente. "Sé que es tarde y que esto va a alterar su horario de sueño. Pero, ¿qué posibilidades hay de que Avalie pueda tener a su madre en el regazo?"

Capítulo Diecinueve

Reed

PASÉ la mayor parte del jueves vigilando la casa objetivo. Sin embargo, a pesar de mi vigilancia, me perdí la llegada de la pareja.

Parte de la razón podría haber sido porque mi mente estaba en la prematura muerte del hombre de Vaughn. No creía mucho en las coincidencias, pero el vagabundo no me parecía una persona que pasara mucho tiempo en el mar.

Pero la razón principal era que pensaba en Avalie. Me encontré repitiendo cada momento que habíamos pasado juntos. Desde que se alejó de mí ayer al mediodía, no había sabido nada de ella. Eso me preocupaba.

Me puse en contacto con Vaughn un par de veces esta mañana, pero no tenía más información sobre su paradero. Su teléfono no funcionaba y no pudo localizarla. Le envié las cuentas falsas que había creado en Internet, junto con una foto suya. Un par de horas más tarde me informó de que, de momento, no aparecía nada. Utilizó la excusa de que en San Clemente no había cámaras de vigilancia en la mayoría de las calles, como en las grandes ciudades.

A pesar de todo, las palabras de despedida de Avalie no dejaban de repetirse en mi cabeza. Cuando le dije que necesitaba volver a verla, me dijo: "*Planéalo*".

¿Qué demonios significaba eso exactamente? ¿Quería decir que planeaba reunirse hoy? ¿Mañana? ¿En algún momento en el futuro? ¿O quería decir que nuestras misiones actuales se cruzaban y entraban en conflicto?

¿Y por qué demonios no aparecía en la información de Vaughn? No quería pensar en ella como una agente corrupta.

Hacia el mediodía, noté signos de actividad en diagonal a la Avenida Victoria. Las persianas de la casa empezaron a abrirse y las cortinas a descorrerse. A primera hora de la tarde, llegó un camión de reparto y el conductor se apresuró a bajar por el camino de entrada hasta la puerta lateral, cargado con un paquete.

A primera hora de la noche, las luces del interior de la casa empezaron a encenderse. Me di cuenta de que habían abierto un par de ventanas del segundo piso. Desde mi apartamento, podía oír débilmente el sonido de la música.

Vaughn me había dado su palabra de que urdiría una distracción para provocar la marcha del marido. Mientras el sol se ocultaba en el Pacífico, seguí esperando pacientemente en mi balcón a que el marido de Nadine se marchara. Finalmente, un todoterreno salió del garaje y subió

rápidamente la colina en dirección a El Camino Real. El ángulo y la oscuridad impedían ver el interior del coche.

Esperé unos minutos más antes de salir de mi apartamento y bajar los escalones hasta el nivel de la calle. Junto al coche, esperé a que una pareja de ancianos pasara a mi lado en dirección al embarcadero. En cuanto los perdí de vista, crucé la calle y me dirigí hacia la casa.

Desde fuera, nada había cambiado desde que salió el todoterreno. Las luces seguían encendidas, las ventanas abiertas y la música sonando. Aun así, tenía una sensación de inquietud. No había visto más que una sombra pasar junto a una ventana.

Sin embargo, este era el momento.

Bajé por el camino de entrada como si fuera el dueño del lugar y recuperé los códigos de acceso que Vaughn me había enviado por mensaje de texto. Sorprendentemente, al comprobar la puerta, descubrí que no eran necesarios. La puerta del garaje estaba abierta. Tiré de ella y entré.

Las luces estaban encendidas. El garaje estaba extremadamente limpio y ordenado. El todoterreno no estaba, por supuesto, y el único otro vehículo era un carrito de golf.

Sólo tenían un coche. Pensaba que todas las familias acomodadas de esta época tenían varios vehículos.

Crucé el suelo de cemento hasta la puerta que daba al interior de la casa. Una vez más, no estaba cerrada con llave.

Confiar en la gente.

Dudé antes de entrar, me vino a la mente el recuerdo de la joven madre que había dejado alegremente a sus hijos con nosotros en el sendero de la playa. Había dicho que San Clemente era una comunidad muy unida, donde todos se conocían y se cuidaban.

Si eso era cierto, ahora me preguntaba cuántas personas me habrían visto entrar en la casa y cuál de ellas estaría ya al teléfono con el Departamento del Sheriff... o localizando al marido de Nadine para advertirle de la presencia de un intruso.

No importaba. No necesitaría mucho tiempo. Mi tarea estaba clara. Nadine Finlay, una veterana agente con más de una década en la división de Guardianes de los Escribas de la agencia, había desaparecido en combate tras su última misión. Conocía bien las normas, el protocolo y las posibles consecuencias de sus acciones. Tenía la fuerte intuición de que, cuando se la confrontara, optaría por regresar. En comparación con Volpe y su extensa lista de crímenes, ella no suponía una amenaza significativa. No había anomalías registradas en los archivos, ni ondas de sus acciones que afectaran a la historia. No había robado nada, ni matado a nadie, ni se había hecho multimillonaria utilizando sus conocimientos del futuro. Supuse que comparecería ante el juez y que probablemente recibiría una leve reprimenda.

La cuestión crítica seguía siendo cuánto tardaría la agencia en permitirle saltar en el tiempo... y si lo harían. Ese veredicto sería sin duda importante para ella. Nadine pertenecía a la generación de agentes con enfermedades terminales; necesitaba viajar en el tiempo para seguir con vida.

Pero esa no era mi decisión.

Al abrir la puerta de acero, entré en un corto pasillo que conducía a unas escaleras. Las luces estaban encendidas. Al subir las escaleras, vi que la planta principal también estaba iluminada. La música salía de unos altavoces colocados en el techo. La letra hablaba de arriesgarse. *Elígeme a mí. Soy la elegida. La única.* Extrañamente apropiado, pensé.

De pie junto a la puerta, mis pensamientos se desviaron brevemente hacia Xander Nouri, el hombre con el que Nadine había decidido quedarse.

Vaughn me había proporcionado un dossier sobre él. Era un experto en tecnología, hecho a sí

mismo, rico y brillante. A pesar de ser relativamente joven -sólo tenía treinta y nueve años-, Alexander estaba teniendo un impacto significativo y positivo en esta década a través de inversiones socialmente responsables. El hombre daba prioridad a la humanidad sobre los beneficios, y sus inclinaciones políticas se alineaban con lo que se consideraría el lado "correcto" de la historia en el futuro. Los que le conocían le definían como una persona reservada pero con los pies en la tierra. Me lo imaginaba como el tipo de persona que me habría gustado conocer.

Pero también era precisamente el tipo de hombre que no querría cerca mientras maniobraba para quitarle a su mujer definitivamente.

Cuánto tiempo habían estado juntos era sólo una conjetura. Pero la última misión de Nadine fue en la Inglaterra de la Regencia. La había completado con éxito, pero nunca informó a la agencia. No era una situación rara, ya que a veces los agentes morían en misión. El hecho de que otro agente la hubiera visto en esa época había hecho que se reabriera su caso.

Yo creía que Xander y Nadine llevaban juntos algo más de un año.

Un año. ¿Era suficiente tiempo para justificar arriesgarse a las consecuencias y a un posible enjuiciamiento? ¿Podría el amor desarrollarse tan profundamente en ese periodo de tiempo? Quizá sí. Pero, ¿merecía cualquier relación con otra persona el sacrificio de su propia vida?

Me vino a la cabeza la cara de Avalie. Con qué facilidad nuestro romance podría haberse convertido en algo más. Si fuera sincera conmigo misma, es muy posible que nuestra relación hubiera sido tan problemática como la de Nadine y Xander. Es decir, *si* ella perteneciera a esta década. No podía negarlo. Me había enamorado de ella rápidamente. Y recordando que probablemente me había salvado la vida en el gueto del surf, sabía que ella también tenía que sentir algo por mí. ¿Cuánto tiempo había tardado? ¿Dos días? ¿Tres días? *Maldita sea*. Supongo que es todo lo que se necesita cuando conoces a la persona adecuada.

¡Mierda! ¿Por qué tenía que pensar en ella ahora?

Aparté la imagen de Avalie de mis pensamientos, pues necesitaba concentrarme en la tarea que tenía por delante. Subí las escaleras con cautela e intenté moverme en silencio, aprovechando la cobertura de la música. Xander Nouri, un experto en seguridad, había instalado un sistema de vigilancia en todas las habitaciones de la casa. Sin embargo, Vaughn me había asegurado que desactivaría todo el sistema cuando se marchara.

La cocina estaba vacía. También lo estaba el salón, a pesar del suave resplandor del televisor apagado que iluminaba el espacio. En la pantalla, un león hambriento y decidido perseguía sin descanso a una ágil gacela. Aunque el sonido estaba apagado, parecía que el ritmo de la canción que se estaba emitiendo se sincronizaba perfectamente con la tensa persecución que se desarrollaba ante mis ojos.

Mi mirada se desvió hacia las estanterías empotradas que rodeaban el sistema de entretenimiento. La extensa colección de volúmenes era un testimonio de los años de trabajo de Nadine como Guardiana Escribana. Su función en la agencia había sido asegurarse de que las obras literarias y los autores que las escribían permanecieran inalterados. Su profesión de guardiana contrastaba con mi trabajo de asesina.

En la televisión, la gacela escapó de algún modo de las garras del depredador. Viviría para ver otro día.

Dejé atrás aquella habitación y avancé en silencio por el primer piso. Había luces encendidas en todas las habitaciones, como si alguien lo hubiera planeado, lo que me permitía ver con facilidad todos los rincones.

Después de pasar por la cocina, un comedor, otra sala de estar, una despensa y una terraza acristalada, me di cuenta de que esta planta estaba vacía.

Al acercarme al vestíbulo y situarme en la base de la escalera, miré hacia arriba, escuchando. Nada. Alerta ante cualquier señal de movimiento, subí.

Las habitaciones y los cuartos de baño también estaban vacíos. La música también me envolvía aquí. Cuando llegué al dormitorio principal, empecé a preguntarme si Nadine no se habría ido con su marido cuando éste se marchó. Eso sin duda complicaría las cosas.

Empujé la puerta de una habitación contigua al dormitorio principal y me detuve en seco. No me lo esperaba.

Era una guardería.

Las paredes estaban adornadas con simpáticos personajes de dibujos animados. Una cuna, decorada en tonos pastel, estaba adosada a una pared, con una manta de bebé colocada sobre la barandilla. De un móvil colgaban pequeños peluches y un atrapasueños se mecía perezosamente con la brisa que entraba por una ventana abierta.

Observé la habitación. Una mecedora en un rincón estaba rodeada por dos estanterías contiguas llenas de libros infantiles. Un cambiador y pañales en una papelerera cercana. Eché un vistazo a la papelerera que había junto a la puerta. Había incluso lo que parecía un pañal desechable sucio.

Era la única habitación de la casa donde no había música.

No podía entenderlo. Estos dos tuvieron un bebé.

Joder. Esto *realmente* complicaba las cosas. ¿Por qué el imbécil de Vaughn no había dicho nada de esto? Tenía que saberlo. ¿Cómo se le pudo pasar? No era posible que pensara que un bebé era irrelevante.

Esta era la última habitación que quedaba por comprobar. No había nadie en la casa. Estaba bastante seguro de ello. Tal vez había una forma de entrar en un ático, pero yo no la había visto. Por el aspecto de las cosas, parecía que la pareja había subido al coche y se había ido. Lo más probable era que Nadine hubiera tomado la decisión de irse con su marido y se hubiera llevado a su pequeño.

Volví al dormitorio principal y dejé de buscar señales de Nadine para centrarme en las fotografías de una cómoda cercana. Varias de las imágenes enmarcadas mostraban a los padres disfrutando de un momento con su bebé. Una playa soleada. Un paisaje nevado y boscoso, con el bebé acurrucado en una bolsa. Otras eran fotos de antes de ser padres. Había una fotografía grande y la cogí. Un retrato formal de boda. Me quedé mirando la expresión de la cara de Nadine.

Había visto su foto en el archivo, pero nunca nos habíamos cruzado. Sin embargo, esa cara me resultaba familiar. La conocía. La *conocía*. Tomé otra foto. La pareja estaba de pie ante un altar, con los rostros rebosantes de alegría. Un imitador de Elvis presidía la ceremonia. El marco tenía una fecha grabada en la parte inferior. 2022.

¿Cómo se me ha podido pasar? Los pómulos altos, la forma de la cara, la sonrisa inconfundible. De repente, todo encajó. Nadine y Xander tenían un hijo. Su línea no terminaba aquí. No, definitivamente no terminaba aquí.

Mientras estaba de pie junto al tocador, mi teléfono zumbó con un mensaje de texto entrante. Si era Vaughn, tendría que dar muchas explicaciones. Pero no era Vaughn. El mensaje era de un desconocido.

Abrí el mensaje y lo leí.

- ¿Buscas a Nadine?

- ¿Quién es? Le contesté.

- *Avalie*

Joder. Joder. Joder. Joder. Respiré hondo y volví a fijar la mirada en las fotos. Era idiota. ¿Cómo había podido pasar por alto el parecido entre aquellos dos? Quizá lo ignoré deliberadamente. Tal vez no quería verlo. Creerlo. Reconócelo. No hacía falta ser un genio para darse cuenta de la conexión exacta entre Avalie y Nadine.

Avalie tuvo que haber ido por libre. La División no se arriesgaría a desplegar a un agente cerca de un antepasado. Establecer lazos con el pasado de uno estaba estrictamente prohibido. Era una grave violación del protocolo. Y como agente, ahondar en la historia de tu propia familia estaba explícitamente fuera de los límites.

Vale, ¿entonces no eran conscientes de la conexión?

- *¿Sigue ahí?*

- *¿Qué coño estás haciendo?* Respondí. *¿Qué buscas?*

- *Tenemos que hablar*

- *Puedes repetirlo*

Respiré hondo, intentando serenarme y pensar en lugar de dejarme llevar por mis emociones.

- *¿Dónde?* Escribí.

- *Su apartamento*

- *¿Cuándo?* pregunté.

- *Ahora*

Parecía ir un paso por delante de mí en todo momento. Me apresuré hacia la ventana más cercana. Miré hacia mi edificio. Todas las luces de mi apartamento estaban encendidas. Recordaba haberlas apagado antes de salir. En ese momento, Avalie apareció en el porche y me saludó con la mano antes de volver a entrar. Recorrí con la mirada el dormitorio principal en busca de cámaras. ¿Me estaba vigilando? ¿Había fallado Vaughn al apagar el sistema de vigilancia, o había un segundo sistema desconocido para él?

Estaba molesto. No, estaba completamente cabreado. Este tipo de cosas no me pasaban a mí. Me enorgullecía de no cometer errores. Pero Avalie había conseguido engañarme, y Vaughn estaba demostrando ser un desastre como adiestrador. Una vez que diera el salto a mi época, me aseguraría de que este fuera el último trabajo que realizara.

Obviamente, no tenía que preocuparme por ser precavido. Bajé las escaleras y salí por la puerta principal dando un portazo.

Malditos vecinos entrometidos.

Estaba cansado de esto, agotado de intentar adivinar los motivos de Avalie. Ya había tenido antes la oportunidad de matarme, pero no la aprovechó. Ya era hora de una conversación cara a cara. Quería saber qué demonios pretendía de verdad.

En el exterior, crucé la calle hasta mi apartamento y subí a toda prisa la escalera exterior hasta la puerta. No me sorprendió en absoluto que me dejaran la puerta abierta. Evidentemente, yo iba a ser el invitado y Avalie la anfitriona.

Antes de empujarla para abrirla, capto el sonido de unas risas en el interior. Dos mujeres mantenían una conversación y una de ellas comentaba que le gustaba el vino de caja.

¿En serio traje a Nadine aquí?

Entré en el apartamento y sentí que la habitación se cerraba sobre mí.

Mi corazón se aceleró mientras luchaba por comprender la abrumadora realidad de lo que estaba viendo. La incredulidad me invadió como un viento helado. Sólo duró un segundo, seguido de una intensa mezcla de dolor y nostalgia. Me invadió un dolor indescriptible por los momentos que había perdido. Por las conversaciones que nunca tuvimos. Por todos los acontecimientos importantes de mi vida que no pude compartir con la mujer sentada junto a

Avalie. Había toda una vida que ella no sabía de mí y que yo nunca había tenido la oportunidad de aprender de ella.

En ese fugaz instante, el tiempo pareció deformarse, fusionando el pasado y el presente, y el vacío que ella había dejado en mi vida se abrió como un gran abismo insalvable.

"Has vuelto", dijo Avalie, clavando sus ojos en los míos. "Espero que no te importe que mi amiga y yo hayamos pasado a tomar una copa de vino".

Mis ojos volvieron a la joven, que me miraba tímidamente mientras yo me quedaba en la puerta. Sentía los pies permanentemente clavados al suelo.

"Reed Michael", continuó Avalie, señalando a la mujer. "Te presento a mi amiga, Judy Serra".

Avalie la había traído aquí para enfrentarse a mí. Ella estaba aquí en la misma habitación conmigo.

La madre que había perdido cuando tenía diez años.

Capítulo Veinte

Avalie

REED RECONOCIÓ a Judy casi de inmediato, y su rostro adoptó la expresión de alguien a quien le acaban de sacar las entrañas a patadas.

No era la expresión que esperaba, y el sentimiento de culpa que me invadió tampoco era exactamente lo que esperaba.

Entonces, su mirada se volvió hacia mí.

Si las miradas mataran...

Esa era la mejor manera de describir a Reed ahora.

Ajena a las circunstancias y al duelo que se estaba desarrollando, Judy se levantó del sofá y le tendió la mano a Reed. Supuso que se trataba de un encuentro amistoso, probablemente esperando el mismo trato que había recibido antes, cuando le presenté a Xander y a Nadine.

Reed, por su parte, la miraba como si estuviera viendo un fantasma. Se le había ido el color de la cara mientras se acercaba lentamente a ella. La mano extendida de Judy desapareció en la suya. Para mí, su malestar era palpable, pero yo le conocía mejor que ella. Irónico, teniendo en cuenta que era su madre.

Quizás estuvo mal usar a Judy, pero estando desesperado no tenía otra opción.

Cuando descubrí el nombre de Nadine en la lista de asesinados, me vi acorralada, frenética por proteger a mi familia y asegurar mi propia supervivencia. Antes de llegar aquí, sabía que Reed había perdido a su madre de cáncer cuando tenía diez años. La ciencia y el programa que creó acabarían salvando a muchos pacientes terminales... como Nadine. Pero el proceso de desarrollo era lento, y Judy no había tenido la oportunidad de beneficiarse de él ella misma.

Sin embargo, el meticuloso plan que había ideado para ese momento ahora parecía, en cierto modo, tan mal pensado porque había llegado a conocerle. Había llegado a preocuparme por él. Como resultado, me sentí como un bruto por hacerle pasar por este dolor.

Pero seguía sin tener elección. Y Reed era un profesional, me recordé, cuando se trataba de infligir dolor.

"¿Le sirvo un vaso de vino o prefiere una cerveza?". le pregunté, con un tono despreocupado, como si no hubiera nada malo en el mundo y se tratara simplemente de una visita amistosa.

"¿Puedo verte en la cocina?", preguntó en su lugar, soltando la mano de Judy.

"Claro". Me volví hacia mi nuevo amigo, que se acomodó de nuevo en el sofá. "Por cierto, ¿por qué no echas un vistazo a los menús de los sitios de los que estábamos hablando y decides

dónde deberíamos cenar? Conociendo a Reed, seguro que se nos une e insiste en invitarnos a cenar".

"Me parece bien". Judy sacó su teléfono del bolsillo.

Seguí a Reed mientras salía de la habitación dando pisotones. Desde detrás de él, pude ver que las puntas de sus orejas y la franja de su cuello visible por encima del cuello de su camiseta estaban lo bastante rojas como para estar ardiendo. Cerró la puerta de la cocina en cuanto los dos estuvimos dentro.

Acercó su cara a la mía, nuestras narices casi se tocaban. "¿Qué *coño* estás haciendo?"

Sus ojos habían estado escupiendo fuego en la otra habitación. Ahora, había una fría furia en su rostro. Parecía peligroso... no, letal.

Mi entrenamiento como luchador se bloqueó. Me alegré de tenerlo, porque Reed era definitivamente un hombre al que temer.

"¿Tienes algo en contra de que traiga invitados a tu apartamento sin avisar?" Pregunté. "Dijiste que querías volver a verme".

"Sabes quién es, y podría romperte el cuello ahora mismo", gruñó. "¿Quién demonios eres? ¿Qué quieres?"

Está claro que aquí no se andan con rodeos.

"Ojo por ojo", dije fríamente.

"¿Qué *coño* significa eso?", espetó.

"Soy la nieta de Nadine y Xander. La hija de Layla. Como habrás notado, ya tienen un bebé. Y como ya habrás adivinado, salté desde el mismo año desde el que tú viajaste".

Dejé que la información calara hondo, observando su expresión, con la esperanza de que se echara atrás. Pero no lo hizo.

Sus ojos fríos y su expresión pétrea me dijeron que ya lo había determinado. Cuando caminaba por la casa de Nadine y Xander, lo vi recoger las fotos familiares de una cómoda en el dormitorio principal. Luego le envié un mensaje.

Xander hizo que le trajeran a casa un sistema de vigilancia de venta libre y lo instaló. Estaba separado de la unidad principal y no tenía ninguna de sus características. Al mismo tiempo, no podía ser desconectado por un extraño. Había sido capaz de ver el movimiento de Reed a través de la casa en mi teléfono. Así era como sabía cuando estaba fuera de su apartamento, y era seguro para mí y Judy sentirnos como en casa aquí. Por supuesto, ella no tenía ni idea de nada de esto.

Durante todo el día había ido a donde yo la había llevado, había hablado con quien yo le había pedido que hablara. Todo el tiempo, encantada de encontrar un interés entusiasta en su proyecto. Y cuando terminaron las reuniones, estaba totalmente dispuesta a salir conmigo a tomar una copa.

"Estoy aquí para impedir que asesines a mi abuela y cortes mi línea familiar", continué, satisfecha de que al menos estuviera escuchando. "Hoy temprano, Judy se reunió con Xander y Nadine. Además, Xander se puso en contacto con ciertos contactos que tiene. Ahora tienen todo lo que necesitan saber sobre Judy. Y actuarán si algo les ocurre a Nadine y a su hija durante su vida. Como dije, ojo por ojo".

Sabía que era un golpe bajo. Judy moriría a los cincuenta y un años, y Reed era muy consciente de ello. Pero nunca podría demostrarle lo que sentía por él. Por lo que a él respectaba, yo tenía un corazón de piedra, y todo lo que habíamos compartido no significaba nada.

"Es una medida a prueba de fallos, si sabes a lo que me refiero, dependiendo de lo que pase ahora".

Reed miró fijamente hacia la puerta de la cocina y luego volvió a mirarme.

Pero aún no había terminado. "Pero hay otro lado de esto. Hoy se hicieron promesas. Judy consiguió un inversor entusiasta para sus proyectos. Ella podría ser capaz de..."

"¿Qué proyectos?"

"Déjate de tonterías", espeté, igualando su tono.

Una ventaja de siete años en su trabajo podría significar la diferencia entre la vida y la muerte para la joven sentada en el salón de su casa. Según mis investigaciones, sus ideas no recibieron financiación hasta que terminó su trabajo de posgrado y ya estaba investigando para otra persona. Para entonces, tenía veintiocho años.

"Sabes tan bien como yo que tu madre es el cerebro del transporte cuántico. Su investigación y su brillantez son la base del programa. Sin ella, el viaje en el tiempo no sería posible hasta décadas después de que tú y yo nos hubiéramos convertido en polvo. Tu padre y tu hermano dirigen el programa ahora, pero sin ella, no sois nada. Es gracias a su sudor, sangre y cerebro que se construyó la agencia".

Sus ojos se abrieron brevemente y la sorpresa se reflejó en su rostro. Antes de que pudiera disimularlo, lo vi. Esta información no estaba disponible, al igual que la conexión de Reed con la familia era un secreto. Como agente activo sobre el terreno, no quería que los demás conocieran sus vínculos con la cúpula de la organización.

Pero lo sabía. El padre de Reed tenía antecedentes militares. Así fue como la agencia llegó a ser tan fuertemente financiada por el gobierno. Su hermano mayor era un genio científico, como Judy. Para el año 2079, él dirigía las cosas. La información era poder, y yo era experta en hacer lo que fuera para obtenerla, especialmente cuando la existencia de mi familia dependía de ello.

"¿Qué quieres?", gruñó.

"Perdona la vida de Nadine y cierra su expediente. Y no me digas que no puedes. Si alguien en la organización puede hacer eso, eres tú. A cambio, no habrá venganza. Además, Judy estará totalmente financiada. De hecho, empezará antes que antes. Continuará con su brillante trabajo, incluso tendrá tiempo para casarse y tener hijos". Le di un golpecito en el pecho. "Así, los dos viviremos. ¿Qué te parece?"

La puerta de la cocina se abrió. Judy estaba al otro lado, con la tez desvaída y los ojos muy abiertos, en evidente estado de shock.

"¿Cuánto tiempo llevas ahí parado?" La pregunta de Reed cortó el aire, su tono ahora era diferente. Oí en él una mezcla de frustración y preocupación.

"Lo suficiente", susurró la joven.

Capítulo Veintiuno

Reed

DURANTE MÁS DE UNA DÉCADA, había navegado por las complejidades de este trabajo, experimentando numerosos saltos que coincidían con diferentes momentos en los que mi madre estaba viva.

Aunque era especialmente hábil pensando por mi cuenta, siempre me esforzaba por seguir las directrices establecidas por la agencia en la medida de lo posible. Una de las normas a las que me adhería deliberadamente era la de evitar cualquier posible interacción con ella. Esta decisión no se debía únicamente a una ciega dedicación a la ley y el orden, sino más bien a una profunda reticencia a volver sobre la desgarradora ausencia que había dejado en mi vida.

La echaba de menos.

La cicatriz emocional que creó su muerte seguía demasiado viva. Nunca se había desvanecido, y nunca lo hará. Decidí conscientemente protegerme del dolor que inevitablemente resurgiría si volviera a encontrarme con ella.

Perder a mi madre resultó ser una experiencia difícil. Como muchos niños, no la valoraba lo suficiente cuando estaba cerca. Siempre pensé que sólo era mi madre. Nunca me di cuenta de que era la persona que me transportaba incansablemente entre el colegio, los deportes y las casas de mis amigos. Parecía justo que yo fuera la máxima prioridad en su vida, por encima de sus compromisos laborales y de todo lo demás. Mi hermano se quejaba a menudo de que él no hubiera recibido la misma atención en su juventud.

A pesar de que mi padre siempre estuvo cerca, mi madre ocupó un lugar inigualable en mis experiencias y mis recuerdos. Compartimos un vínculo que era exclusivamente nuestro. Nos comunicábamos en un lenguaje propio. Así que, por supuesto, era natural que las impresiones duraderas de sus últimos años estuvieran marcadas por la larga y dolorosa lucha a la que se enfrentó con su enfermedad.

Con el paso de los años, tras su ausencia, llegué a comprender mejor quién era. Mantengo un profundo aprecio por su legado. Como ha señalado Avalie hace un momento, no cabe duda de que era una potencia, por encima de sus colegas de la comunidad científica. Pero a pesar de todos sus notables logros, siempre fue, en el fondo, mi madre. Me dio a luz a los cuarenta y un años y estaba decidida a estar a mi lado como no lo había estado una década antes, cuando nació mi hermano.

Y entonces, Avalie la arrastró a mi vida. Para complicar aún más las cosas, parecía que Judy

había estado espiando nuestra conversación.

Se suponía que la gente que vivía su vida no podía comprender el futuro. Eso incluía incluso a la mujer que me miraba ahora, una mujer que fue pionera en el desarrollo del viaje en el tiempo desde el concepto a la realidad.

Le habíamos revelado la realidad de que el salto en el tiempo no era meramente teórico, sino que había sido ella quien lo había creado con éxito. En la agencia creada por ella y mi padre, al servicio exclusivo del gobierno de Estados Unidos como único cliente, se habían alistado numerosos agentes a lo largo de los años. Su misión consistía en viajar a diversas coyunturas históricas, llevar a cabo las tareas designadas y regresar a nuestra era contemporánea.

Se habían cometido errores, por supuesto. Objetos físicos abandonados. Agentes que aparecían en registros fotográficos. Y viajeros que se volvían rebeldes con el propósito de vivir una vida mejor que la que dejaron a finales del siglo 21 .st

Sin embargo, filtrar información sobre el futuro fue uno de nuestros mayores errores. Podía provocar ondas en la historia que, a su vez, desencadenaran una cadena de acontecimientos perturbadores. Incluso los pequeños deslices podían convertirse en grandes catástrofes.

Pero ocurrió. Y entonces, quizá inevitablemente, se convirtió en una de las principales misiones de la División corregir errores que nosotros mismos habíamos cometido.

Cuando Judy entró en la cocina, Avalie y yo nos apartamos instintivamente, retrocediendo y apretando las espaldas contra armarios opuestos. Parecíamos dos niñas, sorprendidas en el acto de cometer alguna travesura.

El asombro inicial de Judy al abrir la puerta había dado paso a la curiosidad. Ahora me señalaba directamente con el dedo.

"Así que eres mi hijo". Un atisbo de sonrisa se dibujó en sus labios. "Qué interesante. ¿Cuántos años tienes?"

"Treinta y seis."

Su sonrisa se amplió.

"En serio, deja que te lo explique", dije rápidamente.

"No es necesaria ninguna explicación, al menos no de tu parte. Intentarás mentirme". Se paró frente a mí, con la cabeza ligeramente inclinada, estudiándome como si fuera una rata de laboratorio recién salida de un experimento. "Escuché todo lo que ustedes dos dijeron".

"Lo que has oído no es todo", volví a decir, intentando restar importancia al desastre potencial que veía avecinarse.

"Llegaremos a eso más tarde. Sin embargo, conoceros a vosotros dos me confirma que el viaje en el tiempo no es algo que se encuentre en una novela de ciencia ficción. No es sólo una posibilidad lejana. En lo que estoy trabajando es una realidad".

Se giró y cruzó la habitación en dirección a Avalie.

"Hace años que sabemos que las leyes de la física permiten los saltos cronológicos -o los viajes en el tiempo-, pero el diablo siempre ha estado en los detalles", dijo, gesticulando en el aire. "La progresión del tiempo depende de la velocidad a la que nos movemos. Cuanto más rápido viajamos, más despacio pasan los segundos. ¿Entiendes lo que digo?"

Judy esperó a que Avalie asintiera con la cabeza y empezó a caminar.

"Si alguien fuera capaz de situarse cerca del borde de un agujero negro, donde la gravedad es excepcionalmente intensa, sólo transcurrirían unas horas para él mientras se desarrolla un milenio para alguien en la Tierra. Ahora bien, cuando regrese a nuestro planeta, ese individuo habrá viajado esencialmente -si "viajado" es la palabra correcta- a un futuro lejano". Miró de Avalie a mí y viceversa. "Es un fenómeno real, totalmente incontrovertible. Está aceptado y

forma parte de las principales enseñanzas científicas".

No la interrumpí ni intenté distraerla. El tiempo de la negación había pasado. En este apartamento, en esta noche, se había producido un cambio en la historia. Judy comprendió que no se estaba persiguiendo la cola con la investigación que estaba haciendo. Y, como señaló Avalie, su trabajo ahora tenía el potencial de progresar a un ritmo mucho más rápido.

Sin embargo, se me ocurrió que lo que acababa de ocurrir no había cambiado significativamente el panorama histórico general. Al fin y al cabo, seguíamos aquí. Eso era bueno.

Y por primera vez esta noche, la importancia de lo que Avalie estaba tratando de decirme me golpeó. Sin duda, ahora le esperaba un futuro alternativo a Judy. ¿Podría ser que su investigación pasara antes de la teoría a la aplicación real, permitiéndole beneficiarse de su propio trabajo en relación con su cáncer? ¿Podría convertirse ella misma en agente del programa Quantum Commute?

¿Era posible que tuviera a mi madre más tiempo mientras crecía?

A mí tampoco se me escapaban las complicaciones de esta situación. Mi padre no volvería a casarse a menos que mis padres se divorcieran, lo que podría afectar a la existencia de mis dos hermanastras. Y mi hermano, que se había hecho cargo de la empresa a los veintitantos años, podría tener más tiempo para su verdadera pasión: investigar en el laboratorio. Todas estas razones personales eran factores de peso en la ecuación. No importaban los cientos de otros actores indirectos vinculados de algún modo a la línea original de la historia. Algunas personas vivirían, otras no llegarían a nacer, e innumerables vidas se verían alteradas para siempre.

Ya era demasiado tarde para cambiar algo. El fallo de esta noche era irreversible a menos que tomara medidas inmediatas. Un agente tenía que viajar en el tiempo hasta hace una semana. Avalie tendría que ser detenida. Judy nunca podría conectar con Avalie y aprender sobre el viaje en el tiempo. La responsabilidad de todo esto recaía sobre mí. Tenía que iniciar los pasos necesarios. La pregunta seguía siendo, *¿lo haría?*

"¿Alguno de ustedes es físico?" preguntó Judy.

Avalie y yo negamos con la cabeza.

"Lástima".

A los veintiún años, Judy estaba absorta en su trabajo científico. En ese momento, sus pensamientos sobre el matrimonio y los hijos -a pesar de que yo estaba justo delante de ella- estaban en un segundo plano. La investigación que estaba realizando era su bebé. Era lo único que le importaba.

"Otros investigadores ya han creado modelos de viaje en el tiempo. Uno implica un agujero de gusano, un túnel en el espacio-tiempo que conecta un punto del cosmos con otro. Una especie de atajo a través del universo". Volvió a pasearse, dirigiéndose ahora tanto a sí misma como a nosotros. "Imagina acelerar un objeto en un extremo del agujero de gusano a una velocidad cercana a la de la luz y enviarlo de vuelta al lugar de donde procede. Esos dos extremos del agujero de gusano ya no están sincronizados cronológicamente. Uno está en el pasado; el otro, en el futuro".

Se volvió hacia cada uno de nosotros y nos sonrió animándonos, como diciendo: *"¿Seguís el ritmo? Por supuesto que sí, pero lo que más me rondaba por la cabeza en ese momento era que estaba siendo testigo de lo que se siente al estar en presencia de un genio. Esta era la mujer de la que, dentro de unos años, los científicos de la organización y de fuera de ella hablarían maravillas por su brillantez sin parangón. Una versión más antigua de este rostro que yo contemplaba estaba representada en un cuadro que adornaba la sala de juntas de la empresa. El*

edificio de investigación más reciente de nuestra sede llevaba su nombre. Y, sobre todo, era mi madre.

Judy gesticulaba con las manos, creando un modelo y explicando. "Ahora, si tú eres el objeto que se mueve entre estos dos puntos, estás viajando en el tiempo".

Su teléfono sonó con un mensaje de texto y lo sacó del bolsillo. Mientras leía el mensaje, se me ocurrió que su investigación se centraría en la comprensión de los bucles giratorios de las paredes de los agujeros de gusano, pero aún le faltaban años para ello. Al menos, hasta esta noche.

Judy frunció el ceño al ver el mensaje en su teléfono. Sacudió la cabeza y volvió a guardarlo en el bolsillo.

"Vale, ahora necesito que respondáis a algunas de mis preguntas". Empezó a salir de la cocina, pero me hizo un gesto. "Reed, abre otra botella de vino. Va a ser una noche larga".

La vi desaparecer por la puerta y mi mirada se detuvo incluso después de que se hubiera ido. Me volví hacia Avalie y fruncí el ceño. "Esto es obra tuya. Tú la trajiste aquí. Ahora tengo que averiguar cómo arreglarlo".

"No, no tienes. Déjalo estar. Algunas cosas son mejores cuando se reescriben. Algunas personas merecen ser salvadas, conservadas". Su voz temblaba. Mientras hablaba, sus ojos reflejaban la intensidad de sus emociones. "Sabes tan bien como yo que la historia no es una progresión lineal de acontecimientos, donde una cosa debe llevar absolutamente a otra, causa y efecto. Hay muchos escenarios y más posibilidades. Es hora de que abras los ojos y reconozcas algunas de ellas. Déjala vivir, Reed. Deja vivir a Nadine".

Con una mirada feroz que me dijo que considerara bien mis opciones, Avalie salió de la cocina.

Me di la vuelta y golpeé el mostrador con las dos manos. Hoy no debía ser así. Mi trabajo, mi misión, consistía en ser el cazador, en perseguir a las personas que provocaban una onda en la historia, en impedir que sus acciones se convirtieran en una ola.

En medio de mi frustración por este cambio, una chispa de esperanza parpadeó en mi interior. ¿Y si este encuentro con Judy se convertía en un catalizador para un bien sustancial en el futuro? No hacía mucho descubrí que su trabajo en física no se limitaba a los viajes en el tiempo. Tenía una gran cantidad de ideas inexploradas, conceptos en los que mi hermano también estaba interesado pero en los que no podía profundizar desde que asumió la dirección de la empresa. Áreas como las energías renovables, la computación cuántica, las imágenes médicas, la vigilancia medioambiental y un sinnúmero de campos más. Y luego estaban las razones personales de tenerla cerca para mí, para nuestra familia.

Cogí dos botellas de vino, tinto y blanco. Me detuve en la puerta de la cocina e hice un cálculo mental, intentando recordar si Judy tenía edad para beber en 2023.

Capítulo Veintidós

Avalie

CUANTO MÁS TIEMPO pasaba con Judy, más me atraía. No sólo era inteligente, sino también simpática. Y también tenía cierta gracia social. Era una persona que se sentía cómoda en su propia piel, obviamente feliz con lo que era.

Hoy, durante nuestra reunión con Xander y Nadine, Judy había pasado al modo de ventas, pensando que tenía que presentar su investigación para impresionarles y conseguir financiación. Otros a los que se había dirigido se habían mostrado abiertamente escépticos con las ideas que estaba promoviendo. Pero ella no sabía que mis abuelos ya estaban de acuerdo con la idea. Todo lo que tenía que hacer era decir el precio y ellos estarían más que dispuestos a financiar su trabajo.

Fue fascinante presenciar la transformación de Judy en una versión más segura de sí misma hace tan sólo unos minutos. Era una auténtica petarda. En cuanto se dio cuenta de quiénes éramos Reed y yo y comprendió nuestros antecedentes y el viaje que nos había traído hasta aquí, se convirtió en otra persona. Ahora tenía la sartén por el mango, y planeaba usarla. Tenía la sensación de que no nos dejaría en paz hasta que obtuviera las respuestas que buscaba.

Mientras me sentaba en el sofá, esperando a que Reed se uniera a nosotros, Judy se paseaba por la habitación con energía inquieta, claramente preparándose. Cada pocos segundos me echaba una mirada de reojo, asegurándose de que no me había desvanecido. A estas alturas no tenía ni idea de cómo funcionaba el viaje en el tiempo ni de qué método habíamos utilizado para llegar hasta aquí. Hace sólo un día, no podía imaginar encontrarse con alguien del futuro. Sin embargo, aquí estábamos. Y sabía perfectamente que no podía compartir esta noticia con nadie. Como Xander me había recordado antes, si hacías este tipo de afirmaciones a los incautos, pensarían que estabas loca.

Mirando hacia la cocina, esperaba que Reed no se limitara al vino. Me vendría bien algo más fuerte.

Había expuesto mis cartas con él, expresando lo que había que decir. Todo mi plan estaba ahora en marcha. No tenía nada más bajo la manga. Ahora, era el turno de Reed. Él aceptaría o rechazaría mi demanda. Sin embargo, lo cierto era que todo lo que había conseguido esta semana podía desbaratarse en un abrir y cerrar de ojos si decidía reiniciar el reloj enviando a un agente o volviendo él mismo a una época anterior.

Toda mi existencia pendía de la decisión de Reed de perdonarle la vida a Nadine. Las

amenazas que había hecho contra Judy y los planes de vigilancia que Xander tenía para ella me parecían inútiles ahora. Yo lo sabía. Reed lo sabía.

La simple maniobra de que un viajero del tiempo aterrizara aquí antes que yo podría cambiar las circunstancias. Podrían hacerme imposible localizar a Judy, por mucho que lo intentara. Pero aún más que eso, Reed era ahora consciente de mi identidad. Podría interceptarme en el mismo momento en que me uniera a la agencia, antes de que tuviera la oportunidad de venir aquí.

No importaba cómo analizara la situación, Reed tenía casi todas las cartas. Sin embargo, había una excepción: podía recurrir a medidas extremas, incluso eliminarlo. Y aún estaba dispuesta a dar ese paso si era absolutamente necesario. Siempre me había costado confiar mi vida a otra persona.

Aún así, eliminar a Reed no resolvería el problema de la lista de asesinatos. El nombre de Nadine seguiría en ella. Si Reed no regresaba, probablemente encargarían a otros agentes que averiguaran qué le había pasado y la asesinaran. No podía saber si tendría otra oportunidad de saltar en el tiempo e intervenir antes de que capturasen a Nadine. Una cosa era segura, por culpa de Judy carecería de cualquier tipo de influencia con otro agente como la que tenía con Reed.

Contaba con que tomara la decisión correcta. Mi mayor esperanza residía en la posibilidad de que sintiera un vínculo emocional con su madre y se sintiera motivado para hacer lo correcto.

La tensión que me embargaba se interrumpió brevemente cuando Judy dejó de caminar y me miró. "Entonces, Avalie, ¿a qué te dedicas?"

"¿Escritor de subvenciones?" Me aventuré.

Respondió con una mirada de soslayo y un gesto desdeñoso con la mano, indicándome que volviera a intentarlo.

"La verdad es que se me da fatal elegir carreras. Para gran decepción de mis padres, nunca pude llevar nada hasta el final, sobre todo en lo que se refiere a lo académico. Tengo dos carreras a medias sin ningún diploma del que presumir".

Se rió, sacudiendo la cabeza. "Estás aquí, así que definitivamente tienes mucho a tu favor. Así que cuéntalo. ¿A qué te dedicas? ¿O debería preguntarte en qué eres buena?"

"Bueno, el pirateo informático y las clases de artes marciales me mantienen con la luz encendida", confesé, reconociendo mi faceta profesional. Pero luego, pensando más a fondo, profundicé en quién era realmente, qué me motivaba y por qué seguía adelante, poniendo un pie delante del otro. "¿Pero como persona? Supongo que soy un rebelde nato. Sin duda, un marginado. Me siento cómodo moviéndome al margen de la sociedad. Esa ha sido mi vida. Pero también soy ferozmente protector con mi familia".

Hice una pausa, dejando que las emociones inesperadas me invadieran y luego se apaciguaran. Necesitaba mantener la compostura suficiente para hablar sin derrumbarme. Venir a San Clemente en este período de tiempo había resultado ser mucho más agotador emocionalmente de lo que jamás hubiera esperado. Conocer a Nadine y a Xander, abrazar a mi madre... estas experiencias habían puesto el listón muy alto. No es que no los hubiera querido antes; siempre había apreciado a toda mi familia, incluido mi padre. Sin embargo, después de la noche anterior y de hoy, sentí una conexión más profunda con las personas que solían ser. Fueran cuales fueran los lazos que compartíamos antes, ahora eran infinitamente más fuertes. La idea de que no tuvieran la oportunidad de vivir sus vidas me parecía aún más trágica. Estas preocupaciones pesaban mucho sobre mí, y estos pensamientos ni siquiera incluían la realidad de mi propio futuro, que sería inexistente.

Si Reed borraba a Nadine, también me borraría a mí.

"Mi amor es profundo, pero supongo que también soy lo que la gente de tu época calificaría

de radical. En el futuro del que vengo, el sistema ha fallado a la humanidad a muchos niveles. Los que se atreven a denunciar la injusticia social y la desigualdad suelen sufrir graves consecuencias. A mi manera, intento marcar la diferencia".

"¿Es ahí donde entra el pirateo?", preguntó.

Sonreí. "Ah, sí. Ningún sistema está a salvo de mí".

"Es muy interesante. Nunca había conocido a un hacker profesional en persona. Cuéntame algunas cosas en las que seas experta". Sacudió la cabeza y levantó una mano, impidiéndome contestar. "En nuestra sociedad, y a los ojos de la mayoría de la gente y, por supuesto, de la ley, el hacking y los hackers son vistos como un problema creciente. Pero a mí me fascina el futuro, y no hay absolutamente ningún juicio en esto. Así que espero que no te importe que curiosoee".

"Lo entiendo. Y no me importa". Nunca me gustó presumir. Pero en este momento, dada la situación, y conociendo el futuro de Judy, esto se sentía más como una conversación casual entre dos amigos.

"Algunas cosas no han cambiado. El gobierno de mi época considera que el pirateo es perturbador, y a menudo es exactamente eso. Me dedico al sabotaje nanotecnológico para detener la vigilancia intrusiva. Utilizo la explotación biométrica para falsificar identidades personales para otros intrusos. También creo identidades virtuales mediante manipulaciones de IA". Mis pensamientos se dirigieron a Payam y a cómo me había quedado corto en ese aspecto. Debería haber sido más inteligente con la encriptación y los escudos. "Y un montón de cosas más. Créeme, no querrás que empiece. Hablaré toda la noche".

"Déjame que te lo diga", afirmó Judy. "En los tiempos que corren, ningún trabajo de cuatro años, nueve o postdoctorado te convertirá en un experto en lo que haces".

"Tal vez, pero supongo que ninguno de esos títulos tiende a meter a alguien en la cárcel, tampoco". Me encogí de hombros. "En el lado positivo, mira lo lejos que me ha llevado".

"Todo esto es realmente impresionante", respondió sonriendo.

"Una cosa más. Por encima de todo, soy un luchador. Iré hasta el fin del mundo para proteger a la gente que lo es todo para mí".

"¿Estás hablando de Xander y Nadine?", preguntó.

Judy no se quedaba atrás a la hora de montar cosas.

"Nadine es mi abuela".

"¿Y ese adorable bebé?"

"Layla". Ella es mi madre. Por eso estoy aquí."

La voz de Reed interrumpió. "Avalie intenta impedir que me lleve a Nadine de vuelta al futuro, donde pertenece".

Desvié la mirada hacia la cocina. Allí estaba él, en la puerta, con dos botellas y unos vasos en la mano. Nuestras miradas se cruzaron, y una tensión palpable flotaba en el aire, intensificando la temperatura de la habitación.

"Pero eso no es todo lo que haces, ¿verdad?" dije con frialdad.

Me fulminó con la mirada, claramente poco dispuesto a ofrecer un retrato más sincero de su trabajo. Yo podría hacerlo por él. *Soy un asesino. Se dan directrices y yo las ejecuto al pie de la letra. Cuando llego, no hay negociación. O cumples mis órdenes o mueres. Soy una herramienta de la autoridad... al diablo la razón y el sentido común.*

Una máscara se había instalado en el rostro de Reed. Ya no era el hombre que había conocido, ya no era el hombre con el que había compartido momentos íntimos, e incluso con el que había tenido pensamientos románticos. En ese momento, era imposible saber hacia qué lado se inclinaba con respecto a Nadine. O Judy, para el caso.

"Dime, hijo. ¿A qué te dedicas?"

La palabra "hijo" casi me arranca una carcajada, pero resistí el impulso de reír. El rostro de Judy seguía serio, y el mismo tono y la misma actitud que me había dirigido a mí se concentraban ahora en Reed.

"Corrijo los fallos problemáticos de la historia", dijo, acercándose y depositando las botellas y los vasos sobre la mesa.

"¿Y cómo se hace eso?", preguntó.

Sin embargo, antes de que pudiera responder, el teléfono de Judy zumbó una vez más, desviando su atención. Leyó el mensaje y frunció las cejas con evidente preocupación. Luego nos miró a los dos.

"Realmente no entiendo estos mensajes. Me mandó un email antes, y ahora me está bombardeando con mensajes. ¿Por casualidad alguno de ustedes conoce a alguien llamado Vaughn?"

No lo hice. Sin embargo, eso no tenía mucho peso, dado que fuera de esta habitación, mi familia era la única conexión que tenía con ese periodo de tiempo.

La reacción de Reed fue muy distinta. Su rostro se sonrojó con evidente enfado mientras extendía la mano. "¿Puedo verlo, por favor?"

Sin dudarlo, le entregó su móvil.

"¿Quién es Vaughn?" Le pregunté.

"Mi controlador", respondió.

"¿Tu controlador?" Judy preguntó. "¿Qué significa eso?"

Reed y yo intercambiamos una mirada, ambos reacios a compartir más información por el momento. Para mí, era evidente que los textos le dejaban tan perplejo como a Judy.

"¿Por qué sigue contactando conmigo? ¿Cómo es que me conoce?"

"Eso es lo que intento averiguar", dijo en voz baja.

Aprecié este notable cambio en la actitud de Reed. A pesar de su persistente enfado, por una vez yo no parecía ser la causa y su frustración no se dirigía hacia mí.

"¿Cómo conoce a Judy?" Repetí su pregunta. "¿Por qué tiene su número? ¿Qué está diciendo?"

Antes, Reed parecía haber visto un fantasma cuando entró en su apartamento. Claramente no tenía ni idea de mis intenciones o de que Judy estaba aquí. Entonces, ¿cómo podía su controlador saber de nosotros?

A menos que...

Sabía que Payam había sido hackeado. Esa fue una de las razones por las que me deshice de mi teléfono. Pero mi asistente AI sabía de mi plan para reunirse con Judy hoy. Payam también tenía información de contacto de Judy.

"¿Qué dicen los textos?" Pregunté, poniéndome en pie.

Reed se desplazó a través de ellos, leyéndolos en voz alta. "Hola. Estoy comprobando cómo estás. Espero que tengas un buen día. Estoy aquí por si necesitas algo. No olvides el correo electrónico que te envié antes. Lo decía en serio".

Judy interviene. "¿Cuántos mensajes hay? ¿Cinco? ¿Seis? Habla como un adolescente. Muchos de ellos son un galimatías".

"Así es como habla Vaughn."

"¿Qué decía su correo electrónico?" Le pregunté a Judy.

"Llegó unos minutos antes de que me reuniera contigo", respondió, dirigiendo sus palabras hacia mí. "Dijo algo de que no me vendiera barato. Afirmó ser un inversor, y que tendría un

cheque en blanco para mi investigación si decidía ir con él. No le contesté".

Yo no era un agente experto, pero sabía que el papel de un controlador no incluía una participación como ésta. Su principal responsabilidad consistía en facilitar la misión, realizar gestiones locales y, desde luego, no poseer una clasificación de documentos superior a la del agente. Por otro lado, cotejé lo que decía Judy con la información de la memoria de Payam.

"Así que este tal Vaughn estaba al tanto de tu reunión conmigo", le dije a Judy. "Y tenía conocimiento previo de que estábamos discutiendo la financiación de tu investigación".

Reed le devolvió el teléfono. "¿Le dijiste a alguien adónde ibas hoy? ¿A nadie?"

"Ni un alma. Incluso después de reunirme con Xander y Nadine. El dinero de la investigación es un asunto difícil. He recibido más respuestas del tipo 'Gracias, nos pondremos en contacto contigo' de las que puedo contar. He aprendido por las malas a no celebrarlo ni hablar de ello hasta que el cheque esté cobrado".

Me volví hacia Reed. "Parece que Vaughn se está haciendo cargo. Está claro que sabe más que tú. Estoy convencido de que orquestó que los dos apareciéramos en Surf Ghetto".

"¿Cómo consiguió que fueras allí?"

"A través de *mi* controlador".

"Estáis hablando en clave", objetó Judy.

La mirada de Reed se clavó en la mía. "¿Cómo conseguiste que te asignaran un controlador? Tu misión no estaba autorizada".

"Mi asistente es IA, y fue hackeado esa tarde, antes de que tú y yo apareciéramos en ese desguace. Fue una trampa para eliminarnos a los dos".

Un nuevo texto iluminó la pantalla de Judy. Los tres lo leímos simultáneamente.

- *Querrás salir de ese apartamento antes de que empiecen los fuegos artificiales.*

Oí que aparcaban unos vehículos en la calle, y mis ojos se volvieron inmediatamente hacia el porche. Busqué la lámpara más cercana y la apagué. Reed hizo lo mismo con las luces del techo.

Judy nos mostró el siguiente texto.

- *No creas nada de lo que digan. Esos dos son agentes corruptos. Salgan. Estás a salvo conmigo.*

Reed sacó rápidamente a la joven de la línea directa de las ventanas y la puerta del porche y la sentó junto a la puerta de la cocina. Se dirigió rápidamente hacia la parte trasera de la vivienda, apagando todas las luces. Eché el cerrojo de la puerta principal, aunque eso no me hizo sentir más seguro. Una buena patada podría reventarla, y también había otras formas de entrar.

Ahora mismo, necesitaba identificar a quién nos enfrentábamos y a cuántos. La corredera del balcón estaba abierta. Me arrodillé, la atravesé y avancé sigilosamente hasta que pude ver la calle. Tres todoterrenos oscuros estaban aparcados en doble fila delante del edificio, bloqueando la entrada.

Entré de espaldas en el apartamento. Reed había trasladado a Judy al dormitorio, colocándola estratégicamente en un rincón junto a una cómoda. Les conté lo que había visto.

"Yo también recibí un mensaje de Vaughn", me dijo Reed. "Quiere que enviemos a Judy antes de ponernos manos a la obra. Y sabe que no podemos saltarnos el tiempo".

Uno de los hechos fundamentales del viaje en el tiempo era que, tras un salto temporal, era imposible otro traslado durante al menos tres días. Este intervalo permitía a las células del cuerpo humano recuperarse antes de sufrir otro desplazamiento.

"Sabe que así es como pudimos desaparecer de ese contenedor el martes por la noche". A pesar de nuestros objetivos contradictorios respecto a Nadine y Judy, con Vaughn tras nuestro rastro, Reed y yo estábamos unidos contra un enemigo común. "Tenemos que enfrentarnos a él y

a su equipo de frente, tal y como estamos".

"¿Por qué hace esto?" preguntó Judy en voz baja, dándose cuenta de la gravedad de la situación.

No conocía a Vaughn. Sus motivos seguían siendo un misterio para mí. Tenía tanta curiosidad como Judy por saber qué le movía.

"Responderemos a todas tus preguntas cuando salgamos de aquí", dijo Reed con voz tranquila, su expresión no revelaba nada de la tensión que yo sentía.

Lo que pensé en ese momento fue que era excepcionalmente hábil en lo que hacía. Parecía que ya había superado situaciones como ésta muchas veces. O tal vez simplemente era un gran actor.

"Entonces, por favor, decidme que sois como James Bond... o el señor y la señora Smith", dijo Judy con un deje de urgencia. Sus ojos se movieron entre Reed y yo. "Díganme que tienen artillería escondida en cada armario, lista para usar. Necesito saber que tenemos alguna posibilidad contra lo que Vaughn nos lance".

Vacíé el contenido de mis bolsillos sobre la cama y no vi armas pesadas, pero sí un par de inmovilizadores. Al mismo tiempo, Reed metió la mano debajo de la cama, cogió una bolsa pequeña y vació su contenido junto al mío.

Judy se asomó por el borde de la cama, examinando los aparatos que teníamos. Combinados, todos ellos cabían en nuestros bolsillos.

"Eso no está bien. No está nada bien. No sé qué hacen esos juguetes, pero tenemos un dicho: 'No traigas un cuchillo a un tiroteo'".

Otro mensaje iluminó el teléfono de Judy. Los tres nos quedamos mirando el mensaje.

- *Esos dos van a matarte. Lenta, dolorosa, paralizantemente, y luego zas. Te hacen daño.*

"¿De qué está hablando?" preguntó Judy.

"Tiene diarrea oral", respondió Reed. "Y le gustan las películas".

- *¿Qué dices, Judy? ¿Cómo vas a manejarlo?*

"¿Está tratando de distraernos?" Le pregunté.

Reed desapareció en la otra habitación, y supuse que su intención era evaluar el número de individuos a los que nos enfrentábamos.

"Mierda", murmuró Judy nerviosa, con la voz temblorosa. "Soy investigadora. Nunca imaginé que me encontraría en una situación como ésta. Realmente odio las armas y la violencia".

"Te mantendremos a salvo", le aseguré, intentando reflejar en mi tono algo de la serenidad de Reed. "Te lo prometo. Ambos somos expertos en manejar este tipo de situaciones".

Al menos lo era. Pero no iba a admitir que era nuevo en esto.

Reed volvió a la habitación. "La entrada está bloqueada."

"¿Alguien ha salido de los coches?" Pregunté.

Intercambió una mirada vacilante conmigo, reacio a responder con Judy presente.

Asentí con la cabeza. "Sabes, tú y yo no podemos saltar, pero ella es libre de irse".

"¿Adónde la enviamos?", preguntó. "¿Y cuándo?"

"A casa de Nadine y Xander", le dije. "Ellos ya la conocen, y ella a ellos. En este momento, sé exactamente dónde están".

"¿Puede Vaughn encontrarlos?" presionó. "¿Encontrarla?"

"No. Antes no podía. No debería poder ahora", le aseguré. Volviéndome hacia Judy, decidí decírselo. "Esto se va a poner difícil. No puedes quedarte aquí con nosotros. ¿Estás dispuesta a poner a prueba tu investigación antes incluso de completarla?".

"¿Qué tal un salto en el tiempo?" Reed preguntó.
"¿Tienes siquiera que preguntar?"

Capítulo Veintitrés

Reed

A PESAR de que Nadine abandonó su trabajo el año pasado, seguía siendo una experimentada viajera en el tiempo. Ella había manejado innumerables peligros en sus asignaciones a decenas de siglos. Confiar en ella en una situación como esta era una obviedad. Añadir a Xander Nouri y sus conexiones actuales aumentó aún más mi fe en ella.

Con tanto en juego para su familia, aquella pareja parecía la mejor y más segura opción para la protección de mi madre en un momento crucial como aquel.

Fascinada, Judy nos miraba con los ojos muy abiertos mientras le colocábamos un dispositivo para viajar en el tiempo. Aunque tenía un millón de preguntas, no disponíamos de tiempo. Un momento después, había desaparecido.

En cuanto desapareció, Avalie y yo nos enfrentamos a la cruda realidad de nuestra situación. Había visto a ocho personas fuera de los coches de abajo, y no se sabía cuántas más acechaban en las sombras.

"¿Qué quiere Vaughn?" Preguntó Avalie.

"Dinero y poder, supongo. Encaja con su personalidad".

"¿No pagan suficientemente bien?"

"Le pagan mucho. Créeme. Más de lo que ganamos tú y yo".

Pensé en la riqueza de Del Volpe y se me ocurrió que, si yo desaparecía, esos activos financieros podrían llegar por arte de magia a las cuentas de Vaughn. En nuestro negocio, mucho tenía que ver con la confianza, especialmente con los manipuladores. No era como si hubiera auditores revisando los libros. A menos que yo planteara una queja o lo etiquetara como un problema potencial, la deshonestidad podía convertirse en su nuevo pasatiempo favorito. Podía escatimar lo que quisiera o llevárselo todo. La confianza en nuestro mundo era como dejar la cartera en la mesa y esperar que al gato no le gustara el cuero.

"Entonces, ¿por qué hace esto? ¿Qué le motiva?"

"Mi conjetura es que quiere un poco de dinero extra, extra, extra. O un trabajo extra como cerebro del mal".

"Eso lo explica todo", dijo, poniéndose a mi lado.

"¿Estás considerando un cambio de carrera hacia el lucrativo mundo de la villanía?"

"¿Por qué no? Obviamente, pagan bien. Y puedo tener mi propio ejército de secuaces y coches de lujo". Sonrió. "Por cierto, ¿quiénes son el Sr. y la Sra. Smith?".

"Una pareja que vive calle arriba. Son buscavidas que se dedican a cortar el césped".

Me dio un codazo en el pecho. "¿No puedes darme una respuesta directa?"

"¿En serio no sabes quiénes son?"

"¿Preguntaría si lo supiera?"

"Llevas haciendo esto... veamos, ¿desde el domingo? Entonces, no sabías nada del período antes de venir aquí".

"Oye, déjalo. Hice lo que tenía que hacer".

Acercó su cara a la mía y me quedé mirándole los labios. Por una fracción de segundo, casi cedí al impulso de besarla. Qué rápido estaba olvidando lo que me había hecho.

"Vamos. ¿Quiénes son?", volvió a preguntar.

"Es una película. Son un matrimonio que vive en un barrio normal mientras compagina misiones encubiertas de espionaje con la felicidad doméstica. Ni siquiera saben que su pareja es un asesino. De alguna manera, se las arreglan para mantener su jardín desherbado y su impresionante alijo de armas oculto".

"Muévete, James Bond. La verdadera acción está ocurriendo en los suburbios".

"¿Y sabes quién es James Bond?"

"Por supuesto. Al menos, he oído su nombre".

"Pero nada más de la historia social o cultural de esta década", comenté.

"No hace falta que seas crítica", refunfuñó Avalie, lanzándome una mirada de reojo. "Tenía a Payam para que me diera esa información".

"Oh, tu asistente hackeado. Un verdadero premio."

"¡Huh! Al menos, tengo una excusa. Estaba trabajando con una entidad de IA. Que tal tu y tu manejador-el mal pagado y malvado Sr. Vaughn."

"Yo no le elegí", le recordé. "Me lo asignaron a mí".

"Excusas, excusas". Se encaramó al borde de la cama y rebuscó entre los objetos que había sacado de mi bolso.

Verla allí desencadenó el recuerdo del domingo pasado. Aquel día, ninguno de los dos pensaba en armas ni en patear culos. Lo único que tenía en mente era sexo, y estaba caliente. Me apresuré a alejar el recuerdo, obligando a mi cerebro a desactivar el impulso de flashback.

Concéntrate en las armas, me dije. Avalie sólo tenía un par de inmovilizadores. Claramente, ella creía en la calidad por encima de la cantidad. Mientras tanto, mi colección era el sueño de cualquier amante de los artilugios. Con esto, estaba preparado para cualquier situación que pudiera rivalizar con una batalla de ciencia ficción de alto riesgo.

No estaba seguro de si Vaughn planeaba lanzarnos un pequeño ejército o simplemente hacer una fiesta animada, así que mi estrategia era sencilla: coger lo que pudiera. Nunca se sabe cuándo un artilugio de alta tecnología puede salvar el día, o al menos hacer una salida llamativa.

"Tienes más juguetes que yo", dijo, con cara de nostalgia al hacer balance.

"Esa es una de las ventajas de graduarse en la Escuela de Formación Legítima. Te los dan cuando tienes el título de Agente de Buena Fe y vas a misiones autorizadas". Puede que sonriera un poco. "Me he ganado estos juguetes".

Ahí estaba yo, sonando severo, pero en realidad estaba preocupado por Avalie. Si bien es cierto que yo había sido entrenado para manejar situaciones como esta, ella estaba caminando en un campo minado. En este mundo, sin la formación adecuada, era prácticamente un imán de peligros. Y cualquier cosa podía ocurrir en los próximos minutos. No sabíamos lo que estos matones habían sido asignados a hacer. Podríamos estar ante una lluvia de balas en nuestro camino.

¡Maldita sea! Si hubiera alguna forma de transportarla a un lugar seguro...

"Corta el sermón, Sr. Goody Two-Shoes." Lanzó una mirada hacia la puerta. "Antes de que Vaughn y sus amigos entren, enséñame tus trucos. ¿Qué hacen estas cosas?"

Eché un vistazo al teléfono de Judy. Vaughn *seguía* escribiéndole mensajes. Decidí seguirle el juego y le respondí con la esperanza de ganar algo de tiempo.

A continuación, alineé mis armas sobre la cama como un científico loco mostrando sus preciados experimentos. "La mayoría de estos bebés están sincronizados biométricamente conmigo. Soy el único usuario. Sólo un par de ellos no lo están".

"Bueno, planeo ser tu sombra, así que explícate".

Más le vale, pensé. Señalé el primer aparato, un tubo corto, ligeramente más grande que sus inmovilizadores.

"Esto contiene enjambres de nanobots. Imagínatelo, nanobots diminutos que se transforman en cuchillas, dardos, escudos o cualquier otra cosa que necesitemos. Es la navaja suiza del espionaje". Me guardé el tubo en el bolsillo. "Pero es más para situaciones al aire libre".

"Vale, guárdalo para eso", murmuró. Empujó dos dispositivos del tamaño de una canica hacia mí. "¿Qué son?"

"Granadas EMP. Pequeños paquetes de alegría que emiten pulsos electromagnéticos, inutilizando los dispositivos electrónicos en las proximidades."

"Déjame adivinar. ¿Otra adición a tu colección de armas de exterior?"

"Entendido". Me los metí en el bolsillo. "Porque la División aparentemente piensa que sólo opero en la naturaleza".

"Ahora nos enteramos de la verdad", bromeó. "Eres alérgico a las tareas de interior".

"No siempre", respondí, acercando la siguiente arma. "Introduzca los explosivos de polvo inteligente. Hace exactamente lo que dice en el paquete. Ah, y está vinculado biométricamente a su servidor".

Cuando cogió el siguiente aparato, se lo arrebaté de la mano. "Mío".

"¿Qué pasa?", preguntó.

"Anillo de electrochoque. Este pequeño bebé está armado con electrodos no letales en miniatura para esos momentos de combate cuerpo a cuerpo".

"¿En serio?" Avalie sacudió la cabeza con incredulidad. "¿También necesitas un artillero para eso? ¿Qué ha sido de la lucha callejera a la antigua usanza?"

Definitivamente tenía una gran actitud. Recordando cómo me había volteado sin esfuerzo en aquel contenedor de almacenamiento hacía un par de noches, juzgué que tenía cierta experiencia en artes marciales. Pero esa noche tenía el elemento sorpresa de su lado. No esperaba que estuviera allí. Y cuando la vi, mi primera reacción fue confiar en ella. Pasara lo que pasara en este apartamento, ella estaría fuera de su alcance.

El tiempo apremiaba. Cogí el siguiente dispositivo. "Esta cosa desata un cono sónico expansivo que desorientará o convertirá a nuestros oponentes en entusiastas de la danza interpretativa".

"Parece que sería demasiado complicado y lento de activar", dijo, alcanzando inmediatamente los siguientes artículos. "Inmovilizadores. Espera, estos son míos".

"Sí, lo son. Aunque es un modelo antiguo, comparado con mi disruptor neural de última generación".

"Los llaman inmovilizadores. Y los míos son iguales a los tuyos".

"Los tuyos se asignan a los novatos. Mis disruptores neurales son los Ferraris de los inmovilizadores. Emiten señales dirigidas que interrumpen las vías neurales, causando parálisis

temporal o confusión".

Avalie se burló. "Los míos hacen lo mismo. Y recuerdo que mi dispositivo le dio en el culo a cierta persona". Se guardó el suyo. "Sácanos de aquí con vida esta noche, y podemos resolver esto con un buen viejo tiroteo".

"No lo llamemos tiroteo", sugerí.

Me lanzó una mirada capaz de derretir el hielo. "No me importa cómo lo llames. Mi inmovilizador contra cualquier rechazo de fantasía que tengas en la mano".

"Trato hecho".

No tenía ni idea de cuánto tiempo pasaría antes de que el equipo de Vaughn irrumpiera por la puerta. Pero me gustaba verla tan intrépida y preparada. Esta mujer nunca se escondería en un armario o debajo de la cama y esperaría a que el polvo se asentara. Al mismo tiempo, tenía que encontrar la forma de mantenerla a salvo.

Señalé los dos últimos objetos de la cama. "Drones asesinos. Piensa en ellos como en los James Bonds del mundo de los artilugios. Pueden usarse como armas o como dispositivos móviles de vigilancia de alta tecnología".

"Ah, genial", gimió, claramente no muy impresionada. "Otra complicada pieza de tecnología".

"Ahora, escucha. He manejado este tipo de situaciones antes. Soy un profesional. Tú, por otro lado..."

"Eres un novato. Lo entiendo".

"Quiero que sigas órdenes. Sé el compañero invisible".

"Intenta no convertirte en una víctima", añadió.

"Exactamente", recalqué. "¿Puedes hacerlo?"

"Lo intentaré".

"Intentarlo no es suficiente. Necesito tu promesa solemne".

Probablemente estaba cruzando los dedos a sus espaldas, pero asintió. "Tienes mi palabra".

"Bien". Ojalá tuviera a mano un detector de mentiras.

Justo entonces, otro mensaje de Vaughn iluminó la pantalla de Judy.

"¿Todavía le manda mensajes?" Avalie preguntó.

"No lo estará, después de esto", le dije, contestándole.

- ¡Vete a la mierda, Vaughn! Estamos listos para ti.

Capítulo Veinticuatro

Avalie

REED y yo estábamos de pie a ambos lados de la cama, él seguía insistiendo en que firmara una declaración jurada, cuando algo atravesó la ventana mosquitera. Golpeó el suelo antes de rodar por debajo de la cama.

Mis ojos apenas lo vislumbraron. "¿Qué coño?"

Cuando llegué al final de la cama, sonó un segundo golpe procedente de la cocina. Podría haber sido un ladrillo cayendo en picado sobre el fregadero. Una fracción de segundo después, se oyó un tercer golpe en el suelo de la sala de estar.

"Tal vez le enviaste un mensaje demasiado pronto", murmuré en voz baja.

Fuera lo que fuera lo que había debajo de la cama, hacía un clic inconfundible.

"Quédate atrás", advirtió Reed.

Sin vacilar, se agachó y agarró la barandilla lateral bajo el colchón. Impulsándose con las piernas, ejecutó una potente elevación, haciendo caer toda la cama.

Nos quedamos mirando el objeto. Era un bote plateado del tamaño de una botella de refresco. Y ahora, estaba silbando.

Reconocí el olor y sentí un escalofrío. Era lo mismo que Vaughn había intentado usar con nosotros en el gueto del surf. "Granada de gas. La tengo."

"No, lo tengo. Quédate atrás."

Yo estaba más cerca, así que ambos nos abalanzamos hacia el bidón. En el último momento, Reed me apartó hábilmente, recogió el artefacto y lo arrojó por la ventana. Cerré la ventana de golpe.

"Yo podría haberlo manejado", protesté.

"Te dije que te quedaras atrás. Sigue las instrucciones. Ve a buscar un rincón y no te metas en líos". Se dirigió hacia la puerta. "Han metido más botes. Yo me encargo".

Le observé con una mezcla de diversión y exasperación. "¿Quieres que ordene aquí dentro?".

Ya estaba fuera del alcance del oído.

"Supongo que hoy no toca sarcasmo", murmuré para mis adentros.

Cuando salí ya estaba en el salón. Me dirigí a la puerta de la cocina.

"No respire", gritó por encima del hombro.

Oh. Dios. Dios mío. Obviamente, me perdí la sesión de entrenamiento "No inhalar gas venenoso".

"Hay otro en la cocina", grité. El siseo era inconfundible. "Tira ese aquí".

De pie junto a la puerta, me mantuve firme, preguntándome si realmente me escucharía o si pensaría que podía desactivar el dispositivo con un palillo.

En mi opinión, el apartamento sólo tenía dos puntos de entrada directos, lo que nos daba cierta ventaja. A pesar de tener algunas ventanas, estar en el tercer piso significaba que cualquier intruso probablemente tendría que elegir entre la puerta al final de la escalera en el lado del edificio o la corredera del porche que daba a la calle. La puerta a la derecha de mi posición actual daba a la escalera exterior, mientras que justo delante, pasado el salón, estaba el porche.

"Ábrela", me alcanzó el grito de Reed mientras lanzaba el bidón a la cocina desde unos tres metros de distancia. La granada de gas rebotó y pasó rozándome, y cerré la puerta de un portazo.

La habitación se inclinó ligeramente. Había inhalado una pequeña cantidad de gas y me estaba pasando factura.

Reed se paró frente a mí. "¿Estás bien?"

"Perfecto. ¿Y tú?"

Miró hacia la puerta. "Llegarán en cualquier momento. Ve a la otra habitación".

"No voy a ninguna parte."

"Me lo prometiste".

"Mentí."

"Lo sabía". Reed frunció el ceño. "Quédate detrás de mí cuando pasen".

"Lo que tú digas".

"Lo digo en serio. Soy el único entrenado para esto, y no sabemos qué más nos lanzarán".

Efectivamente, oí el sonido de botas subiendo las escaleras hasta el rellano fuera del apartamento. "¿Crees que alguno de ellos estará armado?"

"Todos ellos, probablemente". Realmente sonrió. "Esto es América en 2023, después de todo".

Éramos un estudio de contrastes, cada uno a su manera. Después de que nuestro romance relámpago terminara abruptamente, intenté salvar a mi familia y a mí misma con una serie de mentiras. La maniobra me granjeó su resentimiento, sobre todo cuando involucré a su madre. A las dificultades entre nosotros se sumaba el hecho de que yo había contemplado la posibilidad de sacarle de casa desde el primer día. Por otro lado, Reed tenía el poder de dismantelar por completo mis esfuerzos si llegábamos vivos a este día.

Sin embargo, en ese mismo momento, a pesar de todo y contra todo pronóstico, me encontré profundamente enamorada de ese tipo. El hielo corría por sus venas, y sinceramente, no había nadie más a quien quisiera luchando a mi lado.

En ese momento, se oyó un golpe en el apartamento y el pestillo empezó a combarse. Un empujón más, y esa puerta sería historia antigua.

Mientras nos movíamos para impedir que entraran, dos hombres con máscaras antigás se colaron por la corredera del porche. Reed me apartó hábilmente, colocándose en posición para enfrentarse a los intrusos.

"¿Necesitas que prepare algunos aperitivos para tus nuevos amigos?" Le pregunté.

"Queso y galletas saladas sería perfecto", contestó, justo cuando el primer hombre se abalanzó sobre él.

Así que, después de todo, el sarcasmo no estaba fuera de la agenda.

El atacante tenía los músculos delgados y definidos de un gimnasta. Inmediatamente lanzó una patada voladora a la altura de la cabeza.

Reed lo esquivó y el atacante pasó de largo, aterrizando más cerca de mí. Cuando se puso en pie, le agarré de la muñeca y tiré de ella para mantenerlo en desequilibrio. Un rodillazo en las costillas lo dobló y un segundo rodillazo en la cara lo derribó definitivamente.

Reed me lanzó una mirada de sorpresa, pero entonces el segundo luchador se le echó encima.

Éste era ágil, rápido y claramente más hábil. Los dos se enzarzaron en un deslumbrante intercambio de golpes, bloqueos y paradas.

A pesar de mis ganas de saltar, Reed lo tenía bajo control. El asaltante cometió un error fatal, abalanzándose en el momento equivocado. Reed dio la vuelta a la tortilla y lo lanzó por encima del hombro. El hombre se estrelló contra la mesa de café, derribándola y haciendo volar copas de vino. Dos botellas rodaron por el suelo mientras Reed asestaba los golpes finales con certeros tajos en la garganta del matón.

En un abrir y cerrar de ojos, Reed estaba a mi lado. "¿Estás bien?"

"No si tengo que pagar esa mesa", bromeé.

resopló. Sin embargo, antes de que pudiera replicar, el pestillo se rompió y la puerta del apartamento se abrió de golpe.

El primero en entrar fue una figura imponente, un gigante cuyo tamaño llamaba la atención. Sus anchos hombros se tensaban contra los límites de su chaqueta de cuero y su imponente estatura llenaba el umbral de la puerta.

"Yo me encargo", dijo Reed.

"Estoy sorprendido", respondí con cara seria.

Antes de que el intruso pudiera recuperar el equilibrio tras la contundente patada, Reed respondió con una rápida patada frontal directa al pecho del tipo. El intruso tenía una palanca en la mano que no llegó a utilizar. Lo último que vi de él es que estaba navegando hacia atrás por encima de la barandilla. La caída desde la parte superior del rellano exterior debía de ser de unos diez metros más o menos, pero tenía una idea bastante clara de que el pavimento de la parte inferior no era un lugar cómodo para aterrizar.

El siguiente apuntó con una pistola al entrar. Mal movimiento.

"Entendido", murmuré, sabiendo ya que no tendría la oportunidad.

No lo hice. Reed me cortó.

"¿En serio?"

Antes de que el tipo pudiera cruzar completamente el umbral, Reed estaba sobre él como un tornado sobre una pequeña ciudad.

La jamba de una puerta funciona muy bien como punto de apoyo de una palanca. Agarrándose la muñeca, Reed la golpeó con fuerza contra el marco de madera astillada. El crujido de los huesos del antebrazo fue agudo, dejando la mano fuera de combate. La pistola cayó al suelo y, con una rápida patada, Reed la hizo derrapar.

Otro matón intentaba esquivar al pistolero, que se agarraba el brazo roto, retrocedía y aullaba de dolor. Los dos estaban momentáneamente enredados.

Antes de que se desenredaran, Reed empujó con fiereza el hombro unido al brazo roto, provocando un grito que probablemente se oyó hasta la playa. Pero no duró mucho, porque estaban jugando a seguir al líder por encima de la barandilla.

"Me aburro aquí", bromeé. "Dame algo que hacer".

"Avalie", su tono tenía un toque de advertencia. "Te lo dije..."

Antes de que pudiera terminar, dos tipos más irrumpieron por la puerta.

Reed esquivó hábilmente un ángulo de hierro que el primero le lanzó a la cabeza. Le clavó un puño en el plexo solar y le asestó dos puñetazos en la mandíbula.

El hombre que le seguía era pequeño, enjuto y rápido. Blandía un bastón plegable. Se agachó y golpeó con él a la velocidad de una cobra. Apuntaba más alto, pero el arma alcanzó a Reed en la espinilla, haciéndole tambalear momentáneamente.

Viendo su ventaja, retrocedió para dar un golpe en la cara de Reed.

Antes de que pudiera, agarré con una mano su bastón y giré hacia él. Mi codo conectó directamente con su frente, haciendo que su pequeña cabeza se echara hacia atrás. Después le di un rápido golpe en la garganta y se desplomó en la esquina.

Reed empezó a decir algo y, de repente, extendió la mano y me hizo girar hacia un lado. Choqué contra la pared a una velocidad que no me hizo sentir especialmente bien con la situación. Pero cuando miré al nuevo atacante, tuve unos segundos para evaluarlo.

Por decirlo suavemente, era una pesadilla de proporciones gigantescas.

Debajo de un gorro de punto negro le brotaba una larga cabellera canosa. Con una estatura cercana a los dos metros y ancho como un toro, el mono marrón que vestía parecía hecho a medida por un fabricante de tiendas local.

El monstruo me echó un vistazo, me descartó por intrascendente y se acercó a Reed.

Por primera vez desde que llegué aquí, estaba muy, muy preocupado. Me di cuenta de que era una situación que habría ignorado hace una semana. Reed era la persona que tenía que proteger.

Cuando el gigante se acercó a él, Reed intentó una patada frontal. No fue exactamente efectivo. En su lugar, se impulsó hacia atrás, donde tropezó con los cuerpos de los hombres que acabábamos de derribar.

Reaccioné con rapidez, cogí una botella de vino del suelo y la lancé directamente contra la enorme cabeza del monstruo. Sorprendentemente, hice contacto. La base de la botella golpeó con fuerza la parte posterior de su cráneo. Sin embargo, sólo conseguí llamar su atención y se dio la vuelta, avanzando pesadamente por la habitación hacia mí.

Había visto lo que había hecho la patada de Reed, así que no me sentía muy optimista para lanzarle una patada propia. Pensé en sus piernas, pero parecían troncos de árbol.

Opté por un arma más contundente, cogí el angular de acero que había dejado caer el musculitos y lo blandí contra la colosal figura.

El golpe en la cara fue lo bastante fuerte como para provocar un salto en la escala de Richter. Sin embargo, la cabeza sobredimensionada apenas se movió y los ojos ni se inmutaron.

"Es un problema. Con T mayúscula", comentó Reed en voz alta desde el fondo.

Cuando volví a blandir la barra, me la quitó de la mano con una enorme zarpa y me agarró por el cuello con la otra.

Cuando me levantó, sentí que los dedos me aprisionaban la tráquea.

Entonces, Reed estaba sobre la espalda del gigante. Tenía su brazo izquierdo alrededor de la garganta del hombre mientras golpeaba la cara con el derecho.

Desde mi posición ventajosa, colgado en el aire del puño de nuestro atacante, pude ver la acción de cerca. Al principio, el monstruo no pareció darse cuenta, pero cuando Reed le aplastó la nariz hacia un lado, llamó su atención.

El grandullón actuó como si nunca le hubieran roto la nariz.

Las mejillas enrojecieron de rabia y sus ojos ardían.

Me dejó caer al suelo, sin delicadeza, y volvió a coger a Reed.

En ese momento sólo tenía una forma de ayudar a mi compañero. Arqueando el cuerpo, le di

una patada en los huevos.

Creo que nunca había visto a nadie con los ojos tan saltones como los suyos. Volvió a sentarse sobre su trasero con tanta fuerza que todo el edificio tembló.

Con sus brazos alrededor de la cabeza del gigante, Reed tenía la palanca que necesitaba para terminar el trabajo.

"Bonito", dije.

"Sabía que podrías con él solo", dijo Reed, su voz en realidad mezclada con un toque de orgullo. "Pero tenemos más peces que freír."

Sabía que podrías con él solo. Tenemos más peces que freír.

Era estúpido emocionarse en un momento así, teniendo en cuenta la urgencia de la situación. Pero no pude evitar sentir una oleada de felicidad. Tanto si estaba autorizado como si no, éste era mi primer trabajo. Me encontraba cuidando de Reed, y la adrenalina seguía corriendo por mis venas a todo gas.

Reed echó un rápido vistazo a través de la puerta para ver si venía alguien más. Aproveché el momento y salí corriendo hacia el porche, escudriñando la calle en busca de posibles peligros. Fuera, no había señales de movimiento cerca de los coches. ¿Podría ser que cada uno de ellos hubiera subido hasta aquí para acabar con nosotros? Lo más probable era que el resto del personal contratado hubiera huido.

Al volver al salón, nos encontramos rodeados por las secuelas de la pelea. Había cuerpos esparcidos por todas partes. Los muebles estaban hechos astillas. Había agujeros en las paredes. El antes acogedor salón estaba irreconocible.

En un extremo de la mesa destrozada, mi vista se posó en el libro de Jane Austen. Estaba en el suelo, aparentemente imperturbable por el caos que lo rodeaba. Me acerqué, lo cogí y limpié los fragmentos de cristal de la cubierta.

"Quería dejar eso en casa de tu nuevo amigo", comentó Reed. "El de la playa".

"Bueno, quizá aún estemos a tiempo". Me metí el volumen bajo el brazo mientras me invadían los recuerdos. Fue gracias a este libro que Reed y yo nos conocimos. Jane Austen nos había hecho de casamentera. Reflexioné sobre lo diferente que habría sido todo si no hubiéramos conectado.

"¿Estás bien?", preguntó.

"Sí."

Mientras estábamos entre los escombros, uno de los jóvenes gimió y empezó a incorporarse.

Reed le empujó de nuevo y le puso un antebrazo en la garganta. "¿Dónde está Vaughn?"

Los ojos del matón se desviaron hacia el armatoste inerte que había cerca. El miedo parpadeó en ellos cuando volvió a mirarme a mí y luego a Reed.

"No voy a preguntar otra vez. ¿Dónde está Vaughn?" Reed exigió, su voz bordeada de impaciencia.

"En el barco".

"¿Todavía en el puerto deportivo?"

El joven negó con la cabeza.

"¿Qué barco?" pregunté.

"Conozco el barco", respondió Reed, mirando al joven matón. "Dime dónde está ahora".

Capítulo Veinticinco

Reed

EL BARCO brillantemente iluminado -antes el yate de Del Volpe y ahora, al parecer, el de Vaughn- estaba anclado a media milla de las playas de San Clemente. El cielo nocturno estaba claro como el cristal, con sólo unas pocas nubes al oeste. Aparte de eso, parecía que todas las estrellas del universo brillaban esta noche. El muelle, a sólo unos cientos de metros al sur de nosotros, también brillaba con luces desde los restaurantes de la orilla hasta la caseta de cebo del final.

Hubiera preferido una niebla espesa, pero esta noche no era posible.

Cuando Avalie y yo salimos del apartamento, las sirenas de la policía llegaban de todas partes. Fuera, la avenida Victoria empezaba a parecer una fiesta navideña, con la calle llena de gente. Aunque al parecer era cierto que la gente de la ciudad se vigilaba entre sí, me alegré de que eso no incluyera a ningún aspirante a héroe que se acercara y se metiera en medio de la pelea.

Después de coger todo lo que necesitaba, bajamos y nos mezclamos entre la multitud. Actuamos como si la conmoción y la destrucción fueran obra del apartamento de encima del nuestro. Y en cuanto llegó el primer vehículo del Departamento del Sheriff, un par de minutos después, nos dirigimos hacia la playa. Nuestro trabajo allí había terminado. Nos esperaba el siguiente capítulo.

Naturalmente, Avalie tenía su propia idea de las cosas. Insistió en hacer una parada, por si no conseguíamos volver. Así que caminamos por la ciudad hasta la dirección donde vivía Tina. Sólo estaba bromeando con ella en el apartamento, pero Dios nos libre de que un ejemplar usado de *Orgullo y prejuicio* de Jane Austen se extravié. Dejamos el libro en la puerta de la casa de la mujer.

Eso nos trajo aquí, arrodillados sobre tablas de paddle surf en un ondulante mar negro, a cincuenta metros del yate. Esperábamos que las tablas hicieran menos llamativa nuestra aproximación.

Avalie pasaba una mano por el agua, removiendo espuma azul. "Me alegro de haber tenido la oportunidad de ver este fenómeno bioluminiscente antes..."

"¿Antes de que nos vayamos? O antes de que nos maten".

"Iba a decir, antes de que nos coman los tiburones. ¿No están aquí ahora? ¿Tiburones tigre? ¿Grandes tiburones blancos?"

Estaba bromeando. Se le notaba en la voz. No quería decirle que un tiburón blanco de cuatro metros había sido visto nadando bajo el muelle a principios de año. Los surfistas seguían hablando de ello.

Esa noticia probablemente no haría ninguna diferencia para Avalie. La mujer carecía de miedo. Única en su especie, sin duda.

"Sigue agitando el agua con la mano así y averiguaremos si hay en el barrio".

De mala gana, sacó la mano de la espuma azul brillante y me observó mientras terminaba de preparar los drones. Eran del tamaño de una libélula, pero podían utilizarse para atacar o vigilar un objetivo. Sólo había dos, y había decidido que lo mejor sería utilizarlos para vigilar el yate antes de entrar.

Tardé menos de un minuto en sincronizarlos con mi teléfono y los activé. Las alas se desplegaron y los dispositivos se elevaron suave y silenciosamente del tablero. Inmediatamente desaparecieron en la oscuridad.

Los drones estaban controlados por voz y los dirigí en un amplio arco hacia el sur. Quería tener una buena vista de la sección de popa, donde abordaríamos el buque. Los mantuve a poca altura del agua, observando su progreso en una pantalla dividida de mi teléfono.

Avalie estaba inclinada hacia mí y miraba la pantalla. "¿Crees que es una buena idea, tenerlos volando tan bajo?"

"No quiero que vuelen más alto hasta que lleguen al..."

Me detuve en seco. La imagen de la boca abierta de un pez apareció en una de las pantallas y luego ese dron se oscureció.

"¿Era eso lo que creo que era?"

Inmediatamente trasladé el dron restante a una altura de unos metros por encima de la superficie del agua.

Se le escapó una carcajada y, prudentemente, no dijo nada más.

El dron llegó sano y salvo al yate y lo moví hasta donde podía ver la cubierta de popa y luego el resto del objetivo. Había cuatro hombres armados sentados en bancos en la cubierta central. A estas alturas, debían de estar alerta por la debacle de mi apartamento. En la cubierta superior, había una luz encendida en el puente, donde pude ver al capitán.

"¿Esas imágenes granuladas son lo mejor que puede hacer esa cosa?". Avalie estaba mirando mi teléfono. Hizo un gesto con la mano hacia el yate. "Puedo ver mejor el barco desde aquí".

"Sabes, creo que a los tiburones también les atraen las voces humanas".

Justo entonces, un quinto hombre se unió a los demás en cubierta. Llevaba una bandeja con vasos de algún tipo de bebida.

"Retiro todo lo que dije sobre las imágenes de los drones", murmuró. "Esos son claramente café moca en esas tazas".

"Vámonos."

"Bien. Me vendría bien uno de esos ahora mismo".

Cogí mi remo y me levanté. "Si esperas aquí, te traeré una".

"De ninguna manera", se burló, poniéndose de pie y metiendo su remo en el agua. "Ya voy. Hará frío para cuando vuelvas".

Remamos en silencio hacia el barco, rodeando la popa. La plataforma de baño estaba extendida y subimos con cuidado, empujando las tablas hacia la oscuridad.

De pie en la popa, me di cuenta de que Avalie aún sostenía su remo. Cuando le hice un gesto interrogativo, se inclinó hacia mí y susurró: "Esta arma y yo estamos sincronizadas biométricamente".

"Genial. Quédate detrás de mí".

Dos escaleras a cada lado del barco conducían a la cubierta donde estaban los hombres armados. Mi plan era subir y eliminarlos.

Podíamos oír sus voces. Creo que hablaban de béisbol. En cualquier caso, no parecían muy preocupados por nosotros.

Le hice un gesto para que me siguiera, pero se dirigió hacia la escalera opuesta.

No había forma de controlarla, pensé mientras ponía el pie en el primer escalón.

Casi de inmediato, el camarero que había traído bebidas antes reapareció en la cubierta entre nosotros. Llevaba comida en la bandeja y se volvió hacia mí. Cuando me vio, ambos nos detuvimos en seco.

Sorprendido, retrocedió un palmo, sujetando aún la bandeja con una mano, y se llevó la mano a la chaqueta.

La hoja de la pala de Avalie conectó con el costado de su cabeza con un sólido crujido. Se tambaleó momentáneamente y cayó al suelo. Por desgracia, también lo hizo la bandeja que llevaba. Oí que dejaban de hablar en la cubierta superior. Luego, pasos.

Eché un vistazo para ver dónde estaba Avalie. Estaba a un paso de mí.

Saqué el arma de ondas sonoras del bolsillo y la activé. Luego, tendiéndole la mano, la acerqué a mí.

Dos de ellos llevaban pistolas. Los otros dos tenían ametralladoras MP5. No tuvieron ocasión de usarlas.

Con Avalie a mi lado, apunté el pequeño aparato y liberé una onda ultrasónica que superaba los 400 metros por segundo y dirigía hacia ellos un campo silencioso, invisible y en forma de cono. Les dio de lleno.

Las armas cayeron a cubierta mientras se agarraban las orejas. Inmediatamente desorientados, dos cayeron de rodillas y luego sin sentido. Los otros dos cayeron por la borda.

"Gracias por sacarme de la línea de fuego", dijo Avalie.

Me dirigí a lo alto de la escalera y arrojé las armas por la borda.

Avalie apareció a mi lado mientras yo miraba a los hombres en el agua. El frío del Pacífico debía de mantenerlos conscientes, pero seguían confusos y sin coordinación muscular. De algún modo, eran capaces de mantener la cabeza por encima de la superficie.

"Todo ese chapoteo probablemente no atraerá a los tiburones", dijo.

"Probablemente no".

"Vale, dame algo que hacer".

"¿Qué le pasó a tu paleta?"

"Se rompió de alguna manera. Una locura, ¿eh?" Se asomó a la zona de comedor.

No tan loco como lo que estaba sintiendo ahora.

Aquí estaba esa mujer junto a la que acababa de luchar en una batalla campal en ese apartamento. Una mujer que había más que aguantado. Había pateado traseros allí. Una mujer que, con un entrenamiento mínimo, había logrado introducirse en la División de Transporte Cuántico y había viajado al momento exacto para mantener a salvo a su abuela. Para mantener a salvo a su madre. Para mantener a salvo a su familia.

Avalie era capaz. Supremamente capaz. No necesitaba un protector. Aún así, quería protegerla. Necesitaba protegerla.

"¿Y ahora qué?", presionó. "¿Ir tras ese tal Vaughn? ¿Dónde crees que está?"

Miré hacia las escaleras. "Primero, nos ocupamos del capitán del barco. No queremos que llame a la Guardia Costera cuando empiece el tiroteo".

Habíamos eliminado a cinco miembros de la tripulación, y con el capitán serían seis. La mayoría de los atacantes del apartamento parecían esbirros contratados. Podía haber miembros de la tripulación entre ellos, pero no tenía forma de saberlo. El joven musculoso que se enfrentó a mí la noche que maté a Volpe podría estar aún recuperándose en el hospital. Dudaba que estuviera ansioso por volver a trabajar en este barco. Era imposible determinar cuántos más había a bordo.

Tampoco estaba seguro de dónde se escondía Vaughn, pero tenía una buena idea. Cual podría ser su próximo paso era una incógnita. Pero una cosa sí sabía. Todavía no estábamos muertos.

Avalie señaló a los hombres, inconscientes en la cubierta. "¿Vas a usar tu juguete sónico en él también?"

Sacudí la cabeza. "Es un arma de un solo uso. No tenemos forma de recargarla en 2023".

"Yo me ocuparé de él", dijo.

Apartó la mirada, como un boxeador profesional que se esfuerza por salir en el décimo asalto. Iba vestida de negro, lo que probablemente ocultaba la sangre de los tipos a los que había golpeado en el apartamento. Pero tenía los nudillos despellejados, un moratón cada vez más oscuro en el pómulo y el pelo corto hecho un desastre. Era jodidamente guapa.

Y no había forma de retenerla.

"Usa esto". Extendiendo el anillo de electroshock hacia ella, le susurré: "Hazlo en silencio. Y ten cuidado. Podría haber más gente en este barco".

Subí los escalones de la cubierta superior detrás de ella y me coloqué a la sombra de un mamparo.

Cuando Avalie cruzó la cubierta y entró en el recinto del puente, la seguí, vigilando como un halcón. Tenía que quedarme cerca, por si me necesitaba.

Estuve a punto de entrar cuando un grito ahogado llegó a mis oídos. Pero antes de que pudiera moverme, ella salió. Desde mi posición, pude ver al capitán desplomado sobre los controles.

Cuando llegó hasta mí, Avalie se quitó el anillo y se encogió de hombros. "Bueno, esto no funcionó. Pero a ese tipo de ahí dentro le va a doler mucho el cuello cuando se despierte. En fin, ya estamos listos".

"Bien. Aparté la mirada, sintiendo alivio. Ella estaba bien.

Consideré la posibilidad de registrar el barco en busca de personal, pero descarté la idea. Si no venían a por nosotros ahora, no tenían muchas ganas de pelea. Sin embargo, para asegurarme de que nadie vigilaba nuestro paradero, activé una de las granadas PEM del tamaño de una canica. La lancé hacia el puente y vi cómo las luces de la consola parpadeaban y se oscurecían a medida que los pulsos electromagnéticos hacían su trabajo.

Mirando a Avalie, consideré la posibilidad de dejarla en el puente hasta que terminara mis asuntos con Vaughn. Sin embargo, seguía existiendo el riesgo de que otros miembros de la tripulación la arrinconaran allí. Lo más seguro era mantenerla a mi lado.

"Vale, sígueme. Tengo una buena idea de dónde estará Vaughn".

Volví a la cubierta inferior y conduje a Avalie más allá de la cocina. No se oía nada en la escalera que conducía a los camarotes de la tripulación.

No muy lejos estaban los escalones que conducían al pasillo donde se encontraban los camarotes. Al pasar, el spa y las salas de ejercicios estaban a oscuras. Sin embargo, sólo unos pasos más allá, sentí una oleada de energía detrás de mí.

Al girarme, vi a un hombre que agarraba a Avalie por el cuello y le apuntaba a la cabeza con una pistola. Lo reconocí como uno de los guardaespaldas de Volpe. El primero con el que me

había topado la última vez que subí a este barco. La cara grande y fea y el mal corte de pelo.

Su rostro era ilegible, pero me invadió un frío pavor.

"Esperaba volver a verte, amigo", dijo con frialdad, pinchando la sien de Avalie con la boca de su pistola. "Qué bien que hayas traído a éste también. Ahora, vamos a ver al jefe".

"Me alegra ver que últimamente no estás en paro", dije, ganando tiempo. "Tu último jefe debió darte una gran recomendación".

"No tuvo la oportunidad, en realidad".

"No me dijiste que tenías amigos en este yate", me dijo Avalie.

"Oh, sí", gruñó el matón. "Somos viejos amigos. Ahora *muévete*".

Mientras consideraba mis opciones, sentí una sacudida de miedo ante la posibilidad de que aquel bruto la matara en el acto. Parecía evidente que estos hombres habían recibido instrucciones de hacer precisamente eso en mi apartamento.

"De acuerdo. ¿Dónde?" Pregunté.

El guardaespaldas apuntó con su pistola hacia las escaleras. En cuanto lo hizo, Avalie levantó la mano y le golpeó en el cuello con su inmovilizador.

Los ojos del hombre se abrieron como platos y, cuando le quité la pistola de la mano, ella le dio un fuerte codazo en la cara. Cayó desplomado. No pude evitar romperle la cara de un pisotón.

Antes de que me diera cuenta, había tirado de ella, envolviéndola en mi abrazo. Permanecimos un momento en silencio y sentí que sus brazos también me rodeaban.

Pero entonces, la realidad se abrió paso a través de la bruma. De mala gana, la dejé ir.

"Ahí me descuidé. No debería haberme sacado ventaja", admitió.

"Lo has hecho muy bien", la tranquilicé. "No te lo pienses dos veces".

"Supongo que mi viejo inmovilizador todavía hace el trabajo."

"Definitivamente. Ahora, vamos a buscar a Vaughn".

Sólo tardamos un minuto más en llegar a las escaleras que conducían a la fila de cabañas. Subimos directamente. Sorprendentemente, la puerta del camarote del fondo estaba abierta.

Pasamos cautelosamente las puertas cerradas y estábamos a pocos metros de la cabina principal cuando una voz nos llamó.

"Adelante", dijo Vaughn. "No quiero que hagan más daño."

Estaba de pie junto a la abertura de la pared exterior del camarote. El balcón al aire libre estaba vacío de los muebles que había cuando me enfrenté a Del Volpe. Había una ametralladora MP5 sobre una mesa auxiliar.

"Hora de comportarse, niños. Actúen civilizadamente".

Lo primero que pensé en ese momento fue *cuándo* había colocado el arma sobre la mesa y *por qué*. ¿Era porque creía que había perdido la batalla? ¿O confiaba en mi reticencia a hacer daño a un hombre desarmado, a pesar de los estragos que había causado esta noche?

¿"Civilizado"? Enviaste asesinos a sueldo a mi apartamento", le recordé.

"Tuve que hacerlo. Estás fuera de control". Me señaló con el dedo. "Nunca he visto un desastre de misión como este en todo el tiempo que llevo trabajando como controlador. Y todo el desastre está en tu tejado, colega".

Este tipo tenía todo el latón de un narcisista clásico, pensé.

"Mírate", continuó. "Llegas a la ciudad como si fuera una fiesta. Comer, beber, surfear, repetir. ¿Qué coño? ¿Llamas a eso conducta profesional? ¿Pensaste siquiera en quién podría estar intentando interferir en tu misión? Actuaste como un novato, dejando que este se enganchara contigo. Peor que un novato. Como un maldito quinceañero".

"Parece *que tienes* una fiesta aquí, Vaughn."

"No te preocupes por eso, amigo. Estoy operando completamente dentro de mis derechos. De acuerdo con el Manual de Procedimientos de la División, Protocolo Sección M, punto 12C, el facilitador de operaciones -ese soy yo- liquidará y dispondrá de los activos del objetivo de manera oportuna y ordenada, teniendo cuidado de no crear una perturbación histórica negativa."

"O sea, que no hay nada ahí de que los manipuladores saqueen el erario y se enriquezcan".

"¿Cuándo se te va a meter esto en la cabeza? Es asunto *mío*, no tuyo, gilipollas".

Señalé vagamente los alrededores. "Yo diría que esta misión no te ha hecho ningún daño. El yate de Volpe. Su fortuna. Por lo que sé, podrías tener a esas adolescentes encerradas en uno de estos camarotes. No, yo diría que parece que te va muy bien, de hecho".

"Permítanme dejar esto muy claro, vaquero. Estoy siguiendo el protocolo ... por el libro. "

Avalie se dirigió hacia el otro extremo del camarote.

"No te sientas como en casa, surfista", dijo Vaughn, su voz goteaba sarcasmo. "No te quedarás mucho tiempo".

"¿Según las normas?" Me quejé. "Intentaste matarnos con gas venenoso en ese contenedor".

"Puede que sí. Pero ya te habías pasado de la raya", dijo. "¿Y ni siquiera te diste cuenta de cómo me presenté personalmente para ver con mis propios putos ojos cómo vosotros dos rompíais todo el protocolo en la playa?".

Aquel día en que me vio enseñar a Avalie a hacer surf. Para entonces ya conocía su verdadera identidad, pero guardó silencio al respecto.

Vaughn señaló a Avalie. "Ese inmovilizador suyo me delató. Fue entonces cuando supe que tenía que involucrarme. Era mi obligación cortar las pérdidas de la División antes de que todo el futuro de la humanidad se fuera a la mierda".

me burlé. "No te importa el futuro. Has estado socavando la misión desde el principio".

¿"Socavar la misión"? Vaughn soltó una carcajada. "Esto no se trata de mí, amigo. Se trata de ti. Esta misión estaba condenada al fracaso desde el momento en que entraste en mi zona horaria. Has roto todas las reglas, todos los procedimientos".

Oírle despotricar no significó nada para mí. Ya sabía lo que tenía que hacer.

"¿Cuál es la mayor preocupación de la División? La sección R, punto 7, establece que los agentes evitarán todo contacto con cualquier antepasado o versión anterior de sí mismos. ¿Qué has estado haciendo? Has estado retozando por todo San Clemente con tu propia madre. ¡Tu propia *madre*!"

Vaughn era muy consciente de la formidable fuerza en que se convertiría en el futuro la mujer que intentaba reclutar. Aunque convencerla de que se uniera a él le ofrecía numerosas ventajas, se sentía perfectamente satisfecho incluso sin ella, gracias a la fortuna de Volpe.

"Y ésta. Viene aquí, usando un asistente de IA que un niño de cinco años podría haber hackeado. Otra violación del protocolo. Menos mal que lo cogí. No se sabe qué tipo de caja de Pandora se habría abierto si la gente equivocada se hubiera hecho con él".

El adiestrador siguió tachando puntos mientras dirigía sus comentarios hacia mí.

"¿Pero quieres hablar de esta misión? Afróntalo, vaquero, esta tarde tuviste la oportunidad de acabar con el objetivo asignado, pero la pifiaste".

"Como te gusta decir, Vaughn, eso es asunto *mío*. No tuyo".

"Incorrecto". Lea la sección T, punto 23. *El facilitador intervendrá en caso de incumplimiento por parte del agente de las funciones asignadas.* ¿Fracaso? Es peor que fracaso. La has cagado a lo grande. De hecho, te has convertido en un agente corrupto. Y esta..." Señaló a Avalie. "Ella no es sólo pícaro. Está completamente desautorizada. Sección V, artículo..."

"A la mierda esos protocolos", espeté. "Intentaste matarnos dos veces. Eso no es intervención".

"Eres un peligroso operador deshonesto. Y esta Mata Hari es la amenaza para toda la humanidad". Me señaló con el dedo. "Sé lo que quiere la División, y no eres tú. Quieren agentes que piensen con la cabeza, no con la polla. Así que, fuera de aquí. Vosotros dos. Cuando haga mi informe, estáis fritos. ¿Me oís? Tostada. Y ella está frita. Todos ustedes están fritos. Así que meted el rabo entre las piernas y largaos de aquí. Estáis acabados. Estáis acabados."

Señalaba la puerta, pero ninguno de los dos se movió.

"¿Qué vas a hacer?" gritó. "*FUERA DE AQUÍ!*"

Saqué la pistola del guardaespaldas del cinturón que llevaba en la parte baja de la espalda, apunté con el arma directamente entre los dos ojos sorprendidos de Vaughn y apreté el gatillo.

Capítulo Veintiséis

Avalie

REED y yo dejamos el bote del yate en la playa, junto al muelle de San Clemente, y paseamos entre los silenciosos restaurantes y la desierta estación de tren hacia la avenida Victoria. La ciudad costera dormía a esas horas, con los negocios cerrados.

No estaba preparada para discutir con Vaughn lo que había ocurrido en aquel yate. Tampoco sentía que Reed estuviera preparado. Hubo momentos en los que realmente no tenía ni idea de cómo se desarrollarían las cosas. Siendo un novato, no estaba familiarizado con las reglas y citas que Vaughn estaba soltando. Aun así, sospechaba que había algo de verdad en lo que decía, aunque teñido de su propia agenda.

"Voy a echar de menos este pueblo", murmuró Reed, lanzando una mirada melancólica a su alrededor.

"Quizá te envíen de vuelta y puedas volver a verlo", le ofrecí, tratando de inyectar algo de optimismo al momento. Me alegré de que cambiara de humor.

"Teniendo en cuenta el desastre que estamos dejando atrás, y sin un controlador para limpiarlo, sospecho que el Departamento del Sheriff tiene mi cara pegada en cada esquina".

"Pero tal vez la noticia no se extienda a otras ciudades de playa de la costa de California", reflexioné. "Mirando el mapa, hay por lo menos una docena de otros lugares donde podría hacer algún daño serio".

"Oye, no hice todo eso solo", replicó Reed con una media sonrisa.

Le devolví la sonrisa, pero por dentro se me apretó el pecho con el peso de preocupaciones no expresadas. Reed y yo nos habíamos enfrentado a numerosos retos esta noche, pero no podía quitarme de encima la certeza de que aún quedaban asuntos pendientes.

Nadine. Judy. Layla. Yo. Y por supuesto Xander. Demasiadas vidas y futuros pendían de un hilo, dependiendo de las decisiones que Reed decidiera tomar.

Habíamos estado enfrascados en nuestras acciones de tratar de seguir vivos y atar cabos sueltos, como lo veía Reed. Pero cuando se trataba de lo que más me importaba -la razón por la que salté atrás en el tiempo- no había oído ningún compromiso por su parte. Y esto hizo que cada músculo de mi cuerpo se tensara, que mi corazón pesara.

Hubo múltiples ocasiones en las que me había salvado la vida esta noche, y hubo algunos momentos en los que yo hice lo mismo. Pero al margen de todo eso -no importaba lo que sintiera por él- lo que importaba ahora era mi familia.

"¿Tenemos que pedir un coche para que venga a recogernos, o están lo suficientemente cerca como para que podamos ir andando hasta la casa?"

No tenía sentido dar un paso más ni prolongar esto. Me giré y le miré. Estábamos al borde de un pequeño parque cerca de la parada del tranvía.

Respiré hondo. Entonces, en un momento fugaz, los recuerdos de toda la semana que había pasado con él me invadieron, amenazando con abrumarme. Lo que sentía por él era demasiado profundo. El vínculo que compartíamos, la forma en que nos complementábamos, era fresca y cruda y no se parecía a nada que hubiera experimentado antes. En ese breve instante, me di cuenta de que nunca habría otro Reed en mi vida.

"Nada ha cambiado", susurré, con la voz temblorosa por la emoción. "No puedo llevarte de vuelta con ellos a menos que lo sepa".

"Lo entiendo. Pero a estas alturas, ya lo sabes. *Deberías saberlo*". Sus palabras llegaron de forma explosiva, sorprendiéndome. Se inclinó más cerca, su cara a escasos centímetros de la mía. "¿Sabes cuáles eran mis opciones cuando nos enfrentamos a Vaughn?"

"¿Qué eran?"

"No podía haber hecho nada", dijo. "Simplemente alejarme y dejarle vivir. Reiniciar esta semana. Reiniciarte a ti. Reiniciarlo a él".

Me puso las dos manos sobre los hombros y su mirada penetró en la mía.

"Independientemente de lo que dijera, todas sus amenazas habrían desaparecido en un abrir y cerrar de ojos. Su autoridad nunca habría superado la mía", subrayó. "Pero, ¿qué hice? Maté a ese hombre. Aunque se lo merecía, maté a un hombre desarmado. ¿Y sabe por qué?"

Respiré hondo, obligándome a contener mis emociones. Necesitaba darle la oportunidad de explicarse, de expresar sus sentimientos, de convencerme de que aquellos que me importaban estarían a salvo, en lugar de dejarme especular.

"Quiero esta nueva oportunidad. Quiero que Judy se abra un nuevo camino. Quiero que Nadine y su marido tengan la vida que una vez tuvieron. Sé y acepto que habrá complicaciones. Mi vida, mi futuro tal como lo conozco, será diferente, podría tomar una trayectoria muy distinta. Pero pase lo que pase, salgan como salgan las cosas, para mí todo merece la pena. Porque tenerte en mi vida lo es todo. No quiero perderte, Avalie".

Me fundí en su abrazo, sus brazos me envolvieron con una fuerza tranquilizadora, conectándose con el momento presente. Sus labios rozaron mi frente con ternura, provocándome una oleada de calor. Levanto la cabeza, lo miro y nuestros labios se encuentran en un beso suave y prolongado.

"Sabes -susurré cuando por fin nos separamos-, la decisión de traerte a la casa es suya, no mía. Depende de Xander y Nadine".

"Lo comprendo. Y espero que entiendan que quiero ver a mi madre una vez más", dijo en voz baja.

Me golpeó con fuerza. Asimilé sus palabras con una claridad que escocía. A pesar de este cambio en la historia, la incertidumbre de la enfermedad de Judy se cernía sobre él. No había garantías de que viviera para ver envejecer a Reed, y mucho menos de que fuera una presencia constante en su vida.

"Les llamaré", dije.

Asintió y se alejó unos pasos para darme la intimidad que necesitaba. No me sorprendió que Xander contestara al primer timbrado. Había reconocido el número y me había enviado un mensaje antes para decirme que Judy estaba a salvo en su casa.

"¿Estás bien?", preguntó.

Antes de que pudiera responder, el teléfono se puso en manos libres y la voz de Nadine se unió a la conversación, haciéndose eco de la misma preocupación.

"Sí, Reed y yo estamos bien", les tranquilicé.

"Supongo que todas esas sirenas alrededor del Pier Bowl tenían algo que ver con vosotros dos", comentó Xander.

"Culpable de los cargos", admití. "Pero era necesario. ¿Cómo está Judy?"

Me acerqué a Reed y puse el teléfono en altavoz. Sabía que querría oír la respuesta.

"Hambrienta, sedienta y débil desde que llegó. Como era de esperar", dijo Nadine. "Pero las preguntas no han disminuido".

Judy intervino desde su lado. "Piensa que es la oportunidad de trabajar con el diseñador en el prototipo". Hizo una pausa. "Los efectos posteriores son demasiado pesados. Sin embargo, puedo trabajar totalmente en eso".

Miré la cara de Reed y vi su sonrisa. Sin duda era un hijo orgulloso. Pero también estaba inquieto. Con las manos metidas en los bolsillos, volvió a alejarse, dejándome espacio.

"Nadine. ¿Puedo hacerte una pregunta?"

Ella entró en la línea, sólo a sí misma. "¿Qué pasa?"

"¿Podemos ir a la casa? ¿Puedo llevar a Reed allí? Entiendo perfectamente si prefieres que no", añadí rápidamente. "Sé que Xander puede hacer arreglos para que Judy se reúna con Reed en otro lugar que no sea tu casa y..."

"Has estado con él toda la noche", me interrumpió Nadine. "A través de todo el peligro. ¿Confías en él?"

Miré fijamente la espalda de Reed y mi corazón se compadeció de él. Entendía por lo que estaba pasando en ese momento. Impaciente por volver a ver a su madre, pero también sabiendo que este encuentro no encerraba ninguna promesa. Antes de esta noche, el futuro era como él lo conocía y como lo vivía. Ahora era una entidad desconocida, llena de nuevas aventuras. Pero también de nuevos peligros.

En ese momento, Reed se dio la vuelta y nuestras miradas se cruzaron.

"Sí, confío en él", le dije a Nadine.

"Entonces tráelo a la casa. Xander enviará un auto para ustedes dos".

Capítulo Veintisiete

Reed

Julio de 2079

EN LA ESQUINA de la Quinta con Broadway, en pleno centro de Los Ángeles, las luces de neón pintaban la noche en tonos azul eléctrico y carmesí. La ciudad zumbaba a mi alrededor, una cacofonía de voces y máquinas que se entremezclaban en la humedad. El aroma de la comida callejera flotaba en el aire, tentando mis sentidos. El ritmo de la música resonaba en los clubes cercanos, y el bajo del más cercano retumbaba en mi pecho como un segundo latido.

Miré la hora por enésima vez. Me moví nerviosa, buscando entre la multitud su figura familiar.

Llegó tarde. No, llegué temprano. Estaba tan ansioso por saber cómo le había ido hoy que no pude esperar en nuestro apartamento como me había pedido. Tuve que venir aquí y saludarla cuando salió de la sede de la División.

Los carteles holográficos parpadeaban y cambiaban, proyectando imágenes vacilantes sobre el pavimento. Levanté la vista, momentáneamente cautivado por el deslumbrante espectáculo, pero mi atención volvió rápidamente a la puerta por la que sabía que ella saldría.

Se habían infringido las normas y se presentaron declaraciones falsas a mi regreso. Mi relato de lo sucedido en San Clemente en 2023 no fue excepcional en lo que a los libros se refiere. Del Volpe y Nadine Finley estaban controlados. Vaughn, mi controlador, se había vuelto corrupto y también había que eliminarlo. No había nada en el informe sobre Avalie, nada sobre conocer a Judy. Traje de vuelta las armas de Avalie y borré cualquier registro de que las hubiera tomado prestadas. Nunca había viajado en el tiempo.

Oficialmente, este último salto no era diferente de cualquier otro que hubiera hecho en mi larga década de misiones como Asesino en la División de Cercanías de Quantum.

Esto es lo que, como dijo Avalie, hizo por mí formar parte de la familia de los fundadores de la empresa. Nadie cuestionó nada. Mi informe fue aceptado como un hecho. Punto.

Y tenía una nueva novia. Avalie Briar acababa de terminar su entrenamiento básico. Esta noche, la esperé mientras recibía su colocación en la División.

Ambos reconocimos su importancia, sobre todo en relación con su futuro bienestar, dado que compartía las mutaciones de Nadine. En esta nueva iteración del tiempo, el cáncer de mi madre

se había curado. Judy lo atribuyó a su decisión de colocarse entre los sujetos iniciales de las pruebas contrarreloj del laboratorio. El desmontaje y reensamblaje repetitivo de la materia humana desempeñaba un papel crucial en el tratamiento. Sin embargo, Avalie se mostraba reacia a someterse a experimentos de laboratorio. Prefería participar en el programa activo. Y ahora me preguntaba qué sector.

El lugar que ocupaba un agente dentro de la organización no dependía únicamente de su elección, sus antecedentes o sus recomendaciones. Por el contrario, la decisión se tomaba meticulosamente tras un proceso de elaboración de perfiles psicológicos y físicos. Se examinaban y analizaban todos los aspectos de la personalidad, las aptitudes, los puntos fuertes y los puntos débiles de un agente para determinar cuál era el que mejor encajaba con sus habilidades dentro de la organización.

Este riguroso procedimiento garantizaba que cada miembro fuera asignado a una sección en la que pudiera destacar y contribuir de la forma más eficaz a los objetivos generales de los Quantum Commuters. Era un sistema diseñado para maximizar el éxito, garantizando que la persona adecuada estuviera en el lugar adecuado en el momento adecuado, minimizando los riesgos potenciales y optimizando los resultados de la misión.

Por desgracia, todo esto significaba que yo no tenía ningún control sobre el resultado. Sabía lo peligrosos que eran los trabajos que hacíamos, en toda la organización. Por muy preparado que estuviera un agente, los riesgos siempre eran altos.

Y ahora, todo lo que podía hacer era esperar.

Masajeando la tensión de mi cuello, volví a mirar la hora. A medida que los minutos se alargaban hasta lo que parecía una eternidad, la actividad en la calle empezó a disminuir. Aun así, permanecí inmóvil, sin apartar los ojos de la puerta del edificio.

Y entonces, como un espejismo que se materializa desde las profundidades de mi anhelo, la vi. Salió por la puerta y atravesó la multitud. Su pelo corto y oscuro reflejaba la luz de neón y brillaba como el oro. Una sonrisa se dibujó en la comisura de mis labios cuando se acercó y su presencia llenó el espacio que nos separaba como una promesa cumplida.

Extendió la mano hacia la mía y, de repente, todo lo demás se desvaneció. En ese momento, sólo estaba Avalie y la abrumadora certeza de que, fuera cual fuera el futuro, lo afrontaríamos juntos.

"Siento haber tardado tanto", dijo, con voz suave.

Sacudí la cabeza, incapaz de contener la emoción que me embargaba.

"No importa". La estreché entre mis brazos un momento antes de soltarla. "Cuéntame lo que pasó".

"Tengo mi destino", dijo, con un brillo en los ojos y las comisuras de los labios levantadas. "Empiezo el entrenamiento especializado la semana que viene".

"Me estás matando. ¿Qué pasa?"

"Adivina".

Intenté pensar en el grupo menos peligroso entre los viajeros, pero ninguno me satisfacía. En lugar de eso, me centré en la personalidad de Avalie, en el valor que demostró al saltar atrás en el tiempo, enfrentarse a retos desconocidos, enfrentarse a mí y proteger a su familia.

"Los Guardaespaldas", dije finalmente.

Su barbilla se hundió en el pecho por un momento y luego se echó a reír. Su risa sincera y genuina me reconfortó el corazón.

"Eres tan inteligente".

Cuando empezamos a alejarnos, el mensaje de mi madre fue el primero que nos llegó. Como

directora general de la empresa, Judy ya tenía los resultados de Avalie y la estaba felicitando. Nadine y Xander fueron los siguientes en llegar, con mensajes llenos de orgullo y ánimo por el logro de su nieta. Además, nos recordaban la comida familiar en su casa el próximo fin de semana.

"Por fin vas a conocer a mis padres", me dijo. "Llegan de Irlanda mañana".

"Y conocerás a mi padre y a los gemelos", respondí.

Como sospechaba que ocurriría, mis padres se divorciaron. Mi padre se volvió a casar, pero se divorció de nuevo. Siempre tuvo problemas con sus decisiones matrimoniales, pero su amor por sus hijos nunca flaqueó. Afortunadamente, mis hermanas gemelas siguieron siendo una presencia constante en mi vida. Mi hermano se dedicó a su pasión por la investigación, donde encontró su mayor felicidad. Todos ellos, incluida Judy, fueron invitados a la comida de este fin de semana.

La relación de mi madre con Nadine y Xander comenzó hace cincuenta y seis años, evolucionando desde el apoyo económico y la amistad hacia algo parecido a un vínculo familiar.

A nuestro regreso de la aventura en San Clemente, Avalie y yo nos sorprendimos al saber que había habido algunos momentos en nuestra historia personal en los que realmente nos habíamos cruzado, gracias a la conexión entre mi madre y los abuelos de Avalie.

"¿Cuál crees que será mi primera misión?", preguntó mientras empezábamos a caminar.

"Veré si puedo aprovechar mi influencia con los jefes de la organización para que viajemos juntos".

"Estoy de acuerdo", dijo, con los ojos brillantes. "Siempre y cuando podamos traer a Payam".

"Diablos, no. La capacidad de ese pedazo de chatarra es menor que la de un loro".

Avalie no estaba dispuesta a renunciar a su asistente de inteligencia artificial. Ahora que vivía con ella, era consciente de todas las horas que pasaba reeducando su lógica y su personalidad.

"Payam te conquistará. Dale tiempo".

Le di un beso en la sien. Ese pedazo de mierda la había traicionado una vez. Tardaba en perdonar. "Volvamos a los trabajos. ¿Qué deberíamos buscar?"

"Una operación encubierta. Podríamos hacernos pasar por una pareja, infiltrándonos en una organización criminal".

"Mientras el guardaespaldas protege su identidad encubierta, el asesino reúne información y elimina objetivos clave", añadí.

"Genial. O una misión de rescate", sugirió.

"Por el secuestro de una destacada figura política", añadí.

"El guardaespaldas se centra en garantizar el regreso de la víctima sana y salva", dice Avalie con entusiasmo. "El asesino rastrea a los autores y desmantela su operación".

"También podríamos emprender una misión... que nos exija una carrera contra el tiempo".

"Eso sería increíble. Algo así como lo que acabamos de hacer en San Clemente". Ella sonrió.

"Por cierto, ¿alguno de estos trabajos son como el Sr. y la Sra. Smith?"

Tiré de ella más cerca, abrazándola con fuerza. "No somos como el Sr. y la Sra. Smith. Somos mejores".

"Mucho mejor", susurró, sus labios se encontraron con los míos en un tierno beso.

Nota del autor

Estimados lectores,

Esperamos sinceramente que hayan disfrutado leyendo *Bórrame*, el segundo libro de nuestra serie El viajero cuántico. Muchos de ustedes, cautivados por el viaje iniciado en nuestro primer libro, nos escribieron preguntándonos por el siguiente capítulo de Nadine y Xander. Fue vuestra curiosidad y entusiasmo lo que nos inspiró para escribir esta novela.

Si es la primera vez que leen May McGoldrick/Jan Coffey, se preguntarán por qué nos aventuramos en el mundo de los viajes en el tiempo después de años de tejer historias de romance histórico, thrillers de suspense y westerns. La respuesta está en un viaje profundamente personal.

A principios de 2022, yo (Nikoo) recibí el difícil diagnóstico de cáncer de mama metastásico. Esto ocurrió diecinueve años después de mi batalla inicial contra la enfermedad. Mientras me someto al tratamiento, un viaje que continuará el resto de mis días, mi marido Jim y yo encontramos consuelo e inspiración, como siempre hemos hecho, en nuestra pasión compartida por contar historias.

Durante esos primeros meses cruciales, mientras lidiábamos con el peso de mi pronóstico, las semillas de esta serie echaron raíces en nuestras conversaciones. Estos libros se centran en viajeros cuánticos, personas que se enfrentan a enfermedades terminales. Las historias ofrecen una exploración única de la vida, el tiempo y la realización personal. Al igual que sus creadores, estos personajes encuentran consuelo y propósito a través de viajes al pasado, prolongando sus vidas de formas inesperadas.

En el primer libro, *Jane Austen No Puede Casarse*, elegimos el pueblo de montaña de Elkhorn como escenario para la parte de Colorado de esta historia. Quienes hayan leído nuestras novelas del Oeste de Nik James conocerán el lugar. Pensamos que sería divertido volver a visitar esta ciudad de la plata un siglo y medio después de que el pistolero Caleb Marlowe recorriera sus calles.

Jane Austen es una de nuestras autoras favoritas de todos los tiempos. No hace falta que le digamos a nadie que es una de las escritoras más importantes de su tiempo. Su nombre es tan conocido y sus historias nos resultan tan familiares como las de cualquier otro autor en lengua inglesa. Pero se nos ocurre que si Austen supiera que iba a morir a los 41 años, ¿cómo habría actuado? ¿Habría escrito con la misma pasión? ¿Con el mismo genio? Y añadido a ese conocimiento, ¿qué pasaría si le diéramos la oportunidad de pasar sus últimos años en brazos de un hombre que la amara? Sabemos que nunca se casó, pero ¿y si se le diera esa oportunidad? ¿Elegiría la seguridad? ¿O un legado de grandeza literaria?

Si no lo ha leído, esperamos que lo haga.

En respuesta a vuestras cartas, Nadine y Xander regresan en nuestro segundo libro, ambientado en el San Clemente actual. Recién llegados al sur de California, no hemos podido resistirnos a compartir con nuestros lectores el encanto de este paraíso costero.

Jim y yo afrontamos cada día con gratitud, conscientes de la fragilidad de los momentos de la vida. Apreciamos la conexión que compartimos con cada uno de ustedes, nuestros queridos lectores, que nos permiten el privilegio de entretener y, con suerte, enriquecer sus vidas a través de nuestras historias.

Te deseo paz y salud... siempre.

Como autores, siempre hemos escrito nuestras historias para ustedes, nuestros queridos lectores. Si le ha gustado "*Bórrame*", deje una reseña en línea y dígaselo a un amigo, dígaselo a dos amigos, dígaselo a muchos amigos. Y por favor, visítenos en nuestra página web - www.MayMcGoldrick.com - para ver la lista completa de nuestros libros y para tener la oportunidad de seguir nuestro viaje contra el cáncer en mi blog.

Por último, si aún no lo has hecho, suscríbete a nuestro boletín y síguenos en BookBub.

Also by May McGoldrick, Jan Coffey & Nik James

NOVELS BY MAY McGOLDRICK

16th Century Highlander Novels

[A Midsummer Wedding \(novella\)](#)

[The Thistle and the Rose](#)

Macpherson Brothers Trilogy

[Angel of Skye \(Book 1\)](#)

[Heart of Gold \(Book 2\)](#)

[Beauty of the Mist \(Book 3\)](#)

[Macpherson Trilogy \(Box Set\)](#)

[The Intended](#)

[Flame](#)

[Tess and the Highlander](#)

Highland Treasure Trilogy

[The Dreamer \(Book 1\)](#)

[The Enchantress \(Book 2\)](#)

[The Firebrand \(Book 3\)](#)

[Highland Treasure Trilogy Box Set](#)

Scottish Relic Trilogy

[Much Ado About Highlanders \(Book 1\)](#)

[Taming the Highlander \(Book 2\)](#)

[Tempest in the Highlands \(Book 3\)](#)

[Scottish Relic Trilogy Box Set](#)

[Love and Mayhem](#)

18th Century Novels

Secret Vows

[The Promise \(Pennington Family\)](#)

[The Rebel](#)

[Secret Vows Box Set](#)

Scottish Dream Trilogy (Pennington Family)

[Borrowed Dreams \(Book 1\)](#)

[Captured Dreams \(Book 2\)](#)

[Dreams of Destiny \(Book 3\)](#)

[Scottish Dream Trilogy Box Set](#)

Regency and 19th Century Novels

Pennington Regency-Era Series

[Romancing the Scot](#)

[It Happened in the Highlands](#)

[Sweet Home Highland Christmas](#) *(novella)*

[Sleepless in Scotland](#)

[Dearest Millie](#) *(novella)*

[How to Ditch a Duke](#) *(novella)*

[A Prince in the Pantry](#) *(novella)*

Royal Highlander Series

[Highland Crown](#)

[Highland Jewel](#)

[Highland Sword](#)

[Ghost of the Thames](#)

Contemporary Romance & Fantasy

[Jane Austen CANNOT Marry](#)

[Erase Me](#)

[Tropical Kiss](#)

[Aquarian](#)

[Thanksgiving in Connecticut](#)

[Made in Heaven](#)

NONFICTION

[Marriage of Minds: Collaborative Writing](#)

[Step Write Up: Writing Exercises for 21st Century](#)

NOVELS BY JAN COFFEY

Romantic Suspense & Mystery

[Trust Me Once](#)

[Twice Burned](#)

[Triple Threat](#)

[Fourth Victim](#)

[Five in a Row](#)

[Silent Waters](#)

[Cross Wired](#)

[The Janus Effect](#)

[The Puppet Master](#)

[Blind Eye](#)

[Road Kill](#)

[Mercy](#) (novella)

[When the Mirror Cracks](#)

[Omid's Shadow](#)

[Erase Me](#)

NOVELS BY NIK JAMES

Caleb Marlowe Westerns

[High Country Justice](#)

[Bullets and Silver](#)

[The Winter Road](#)

[Silver Trail Christmas](#)

Acerca del Autor

Nikoo y Jim McGoldrick, autores superventas del *USA Today*, han escrito más de cincuenta novelas trepidantes y llenas de conflictos, además de dos obras de no ficción, bajo los seudónimos de May McGoldrick, Jan Coffey y Nik James.



Estas populares y prolíficas autoras escriben novelas románticas históricas, de suspense, misterio, westerns históricos y novelas juveniles. Han sido finalistas del Premio Rita en cuatro ocasiones y han recibido numerosos galardones por sus obras, como el Premio Daphne DuMaurier a la Excelencia, un Medallón Will Rogers, el Premio de la *Revista Romantic Times* a la Elección de los Críticos, tres Premios Golden Leaf de la NJRW, dos Medallones Holt y el Premio del Club de Prensa de Connecticut a la Mejor Ficción. Su obra está incluida en la colección Popular Culture Library del Museo Nacional de Escocia.

